

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

EL PENSAMIENTO HISTORICO
DE
ALFONSO TEJA ZABRE

TESIS QUE PARA OPTAR EL TITULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA PRESENTA
ANDREA CECILIA SANCHEZ QUINTANAR

MEXICO

1966



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis mejores amigos y maestros:
Modesto Sánchez Vázquez y
Elvira Quintanar de Sánchez*

0241

P R O L O G O

“Lo que importa es expresarse con valor . . . Tratar por cuenta y riesgo propios . . . de aclarar por sí mismo y para los demás el significado de las propias actividades del espíritu es la única forma de salvación intelectual . . .”

Edmundo O’Gorman.

La vida humana, ha dicho Ortega y Gasset, es un permanente hacerse. Incorporado a mis convicciones este concepto, implica la aceptación de una responsabilidad superior: la de hacer la propia vida, ya que la existencia del hombre no está predeterminada, ni es un proceso inalterable. El mismo ser humano habrá de ser el único encargado de decidir, constantemente, las determinantes de su vivir y, por lo tanto, será también responsable de sus preferencias y decisiones, fundamentalmente ante sí mismo.

Con sólo postular sin exponer en todo su alcance estas ideas, debo afirmar que es el estudio de la HISTORIA mi preocupación básica y, por ello, mi responsabilidad. Intento comenzar a cumplirla con el trabajo que presento, en el que se aplica un criterio del que-hacer histórico que, si bien no es originalmente mío, responde a mi manera de pensar actual.

Una de las tareas del estudioso de la Historia, podría decirse que la principal, es la de “desestereotipar” la imagen que comúnmente se tiene del pasado, despojándola de apreciaciones simplistas que deforman la acción y el pensamiento y que persisten sin embargo como verdades incuestionables, para examinarlo bajo un nuevo sistema de ideas, una perspectiva distinta, partiendo siempre de la real objetividad que los mismos materiales ofrecen y que se constituye en condición y límite de su interpretación; tomando en cuenta que la conclusión particular a que ha de llegar el historiógrafo estará en todo caso condicionada

por su circunstancia, que no es permanente y que, por consecuencia, no ofrecerá la posibilidad de alcanzar conocimientos eternos o siempre valederos sobre los hechos por él examinados.

Con estos elementos conceptuales como pauta me propongo estudiar la obra histórica de Alfonso Teja Zabre, con la pretensión de descubrir la especial significación que pudiera haber tenido en la historiografía mexicana y, acaso, ejemplificar un periodo de la interpretación de nuestro pueblo.

El interés por el estudio de este tema surgió de los trabajos realizados en el Seminario de Historiografía Moderna Mexicana que dirige el doctor Juan A. Ortega y Medina de quien recibí, en la proyección y desarrollo del trabajo, generosa orientación y estímulo; se afirmó mi decisión de afrontarlo en la confianza que el doctor O'Gorman otorga a los entusiasmos juveniles cuando alienta a encarar los propios problemas con resolución para encontrar, a través de ellos, el propósito de las tareas intelectuales, y tuvo, al ser terminado, la amable colaboración del maestro Eduardo Blanquel con oportunas observaciones.

A todos ellos expreso aquí, más que mi gratitud, mi compromiso de un sostenido esfuerzo de superación.

Finalmente, una advertencia imprescindible:

El uso frecuente del plural en el pronombre personal de la primera persona en el tratamiento del tema se justifica porque el estudiante de la historia es partícipe del objeto de su estudio; su individualidad se integra en la comunidad, presente e histórica, local o universal, que es motivo y fin de sus reflexiones. Es, pues, en mi manera de pensar la forma idónea de quien, por oficio ha de pasar, desde el principio, del YO al NOSOTROS.

INTRODUCCION

Es conveniente adelantar algunas aclaraciones acerca de los motivos de mi preferencia sobre el tema, así como sobre el método seguido en su planteamiento y desarrollo.

En el estudio de la obra de un hombre en particular, es correcto tomar en cuenta la circunstancia —tiempo y espacio históricos— en que se desenvuelve su producción intelectual. Es decir, la EPOCA o complejo de hechos dentro de los que se hallan— determinándolos o explicándolos— las *ideas*, tradicionales o renovadas, integradas en sistemas, y el *lugar* en el que esas ideas operan, el área de su vigencia con sus particulares características económicas, políticas y sociales.

En el caso de Alfonso Teja Zabre resulta especialmente importante presentar el período social en que transcurre su vida, pues se trata de una de las etapas importantes de la Historia de México.

Teja Zabre nació, justamente, al producirse la primera reelección del General Díaz, que inició la cadena del continuismo presidencial porfirista, y su infancia y su juventud transcurren plenamente insertas en las condiciones culturales de ese régimen. Sus 22 años presencian el inicio de la Revolución de 1910 y participa de la experiencia revolucionaria, al igual que todos los miembros de su generación, al vivir y sentir los acontecimientos y poder reflexionar más tarde sobre sus vivencias cuando la violencia de la lucha hubo trascendido. Su madurez, mental y física, es paralela con la etapa de estabilización constructiva del movimiento transformador. Presencia el apogeo de la obra revolucionaria durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y su estancamiento "institucional" posterior. Su muerte ocurre en 1962, cuando frente a una profunda conmoción mundial el país lucha por liberarse de una creciente dependencia económica, lucha en la que se revela, con mayor claridad, el obstáculo central que para su desarrollo le presenta el imperialismo de su vecino país del norte.

Puede afirmarse que Teja Zabre es un hombre cuya vida se ubica en el lapso de la historia contemporánea; y que su obra, por eso mismo, es utilizable como indicio para el estudio apasionante, por vivo, del México actual.

Al decir "México actual" estoy refiriéndome al período de la vida mexicana que se inicia con la Revolución de 1910 y hago, así, una división temporal que pudiera parecer arbitraria, pero de cuya razón de ser hablaré posteriormente.

Entiendo, también, que México no sólo es una entidad territorial, una estructura de gobierno y un conglomerado humano, sino, además, la sucesión de todas sus etapas históricas con sus características económicas, políticas y sociales y su dinámica de cambio y transformación; es UN PROCESO. Y si nosotros, como he afirmado y reitero, somos parte de ese proceso, habremos de desentrañar su SENTIDO para contribuir a precisar el por qué y el para qué de nuestra vida personal y adquirir conciencia de nuestra responsabilidad dentro de la Sociedad y del Estado.

Es a la Historiografía "a la que corresponde ir ofreciendo la respuesta adecuada de acuerdo con las exigencias vitales de un presente siempre en fuga." (1) Saber lo que México significa hoy es compromiso de comprender lo que ha significado antes y a ello tenemos que orientar las aportaciones historiográficas. Por eso he pensado que tiene valor el estudio de la obra de Alfonso Teja Zabre; pues a través de su manera de concebir la Historia de México, puede llegar a descubrirse, saberse y comprenderse el objeto de su pensamiento —localizado en el tiempo, claro está— y abrir así un camino al ambicioso proyecto de conocer a nuestro pueblo con el auxilio de los estudios monográficos-analíticos como el que ahora presento con el carácter de tentativa de iniciación.

En el primer capítulo se presenta un esquema de la época en que Teja Zabre vive, para destacar la realidad socio-política y las corrientes del pensamiento que lo influyen, aun cuando no las adopte íntegramente. Si en sus trabajos se encuentra reflejada la nueva mentalidad vigente, ello no significa que se haya propuesto erigirse en representativo del ideario mexicano del siglo XX, pues en muchas ocasiones se advertirán diferencias inconscientes, no buscadas ni deseadas. El hombre, insisto, no puede despojarse de su ser histórico

1) Edmundo O'Gorman. *La Historiografía en México, 50 años de Revolución* México. Fondo de Cultura Económica, 1962, IV-194.

cuando plasma sus percepciones o sus aspiraciones en lo que escribe: "tanto como naturaleza soy historia", dijo alguna vez Talleyrand. Por eso mismo es oportuno aclarar que mi ángulo de enfoque no enmarca con rigor sólo sus supuestos y conclusiones explícitamente declarados, sino que comprende también lo que no puede considerarse afirmado y atribuible, pero que, con perspicacia indagadora, puede encontrarse subyacente y entre líneas, no obstante que parezca ajeno a su intención.

En el segundo capítulo me propongo precisar los conceptos que sobre Historia son antecedente o supuesto de sus apreciaciones y analizo el método empleado en sus investigaciones, tratando de entresacar el punto de referencia indispensable para entender cabalmente sus temas generales; temas que, a su vez, son objeto de estudio en el tercer capítulo, para terminar con lo que pudiera decirse que es su visión de conjunto de la Historia de México.

En todo caso, emerger y hacer visibles y actuales los rasgos generales del saber histórico anterior que nos permita una mejor comprensión de la historiografía mexicana contemporánea, es el motivo y la razón de ser de mi trabajo.

Soy consciente de que las conclusiones a las que llegue deben tener la relatividad inevitable de la perspectiva personal y de que podrán ser modificadas no sólo al paso del tiempo, por mí misma, sino con el simple cambio de visión de quien las examine, aún en esta misma época. Las verdades, ha dicho Ortega y Gasset, tienen "...una doble condición sobremanera curiosa. Ellas por sí preexisten eviternamente, sin alteración ni modificación. Sin embargo, su adquisición por un sujeto real, sometido al tiempo, les proporciona un doble cariz histórico: surgen en una fecha y tal vez se volatilizan en otra." (2)

El cambio de visión se da, dentro de una misma época, porque en ella coexisten diferentes actitudes vitales que corresponden al "deber de las edades" de los jóvenes, de los hombres maduros y de los ancianos; lo que "...significa que toda actualidad histórica, todo 'hoy', envuelve en rigor tres tiempos distintos, tres 'hoy' diferentes, o dicho de otra manera, que el presente es rico en tres grandes dimensiones vitales, las cuales conviven alojadas en él, quieran o no, trabadas unas con otras y, por fuerza, al ser diferentes, en esencial hostilidad." (3)

- 2) José Ortega y Gasset. *¿Qué es Filosofía?* Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 28.
- 3) *Ibid.*, p. 43.

En épocas de crisis como la de México en 1910, esas "dimensiones vitales" no se condensan necesariamente en edades cronológicas, sino que se expresan en conceptos diferentes de la vida que comparten por igual jóvenes y ancianos. Es así como pueden encontrarse, dramáticamente conjuntados en un solo hombre, la pervivencia de un pasado que es ya caduco, la conciencia de un presente en plena vigencia y la pre-visión de un cercano futuro, al alcance de la mano. Este es el caso de Alfonso Teja Zabre. ¡Trágica situación del intelectual de larga vida, cuyas raíces se hunden en el "positivismo liberal" de los últimos años de la pasada centuria y cuyos últimos alientos alcanzan a ver el despertar de una nueva conciencia, de una nueva imagen de su propia circunstancia, la del relativismo histórico, después de haber pasado toda su existencia tratando de enmarcar en un formato ideológico un presente siempre móvil!

* Esta es también la situación de la historiografía de la primera mitad de nuestro siglo, en México. El divorcio radical del estudio histórico respecto de la especulación filosófica, impidió la comprensión cabal de nuestra historia. Sólo a raíz de ese fenómeno excepcional que se ha llamado Revolución Mexicana, ha sido posible obtener una distinta concepción de la propia vida. La Revolución vino a poner en crisis la perfecta armonía a la que se suponía había llegado un país en pleno desarrollo. El supuesto camino hacia el progreso era falso y así lo probaron la miseria extrema del pueblo y la crisis de valores de una superestructura cultural que no se ajustaba a la realidad que regia. El asombro que produjo el estallido revolucionario obligó a buscar las causas de un equívoco de tan funestos resultados.

Pero la Revolución Mexicana no fue un fenómeno espontáneo, surgido por sí mismo y de la nada. Como todo fenómeno histórico, el movimiento revolucionario de 1910 tenía sus orígenes en el pasado. "Afirmando enérgicamente los anhelos que explican el triunfo del movimiento iniciado en 1910 y la apertura que ese triunfo significó para ideas nuevas valientemente traducidas a instituciones y programas de acción social nunca antes ensayados, es necesario ver que en todos los órdenes, pero peculiarmente, por su índole, en lo relativo a la esfera intelectual, la Revolución hunde raíces en el pasado que la vinculan, no ya tan sólo al devenir nacional, sino más amplia y generosamente, al gran proceso de la Historia Universal." (4).

No es posible pensar a México como un fenómeno aislado del resto del mundo. Tenemos que darnos cuenta de que, al mismo tiempo

4) O'Gorman. *Op. cit.*, p. 193.

que un fenómeno local de apariencias políticas y económicas ponía en crisis todo un concepto vital, las nuevas corrientes del pensamiento universal (especialmente el existencialismo y el historicismo) hacían factible la explicación, hasta entonces no intentada, de lo que estaba sucediendo en nuestra Patria.

Por fin se admite que la comprensión de lo propio no se logra a través de lentes ideológicos que deforman la realidad, en vez de aclararla; que el conocimiento de sí mismo —individuo o pueblo—, sólo es posible mediante la inmersión en el hecho de ser NOSOTROS para descubrir las causas que determinan los problemas que se afrontan. Y aparecieron las especulaciones sobre “lo mexicano” para abrir rutas mejores hacia lo que es propio y esencial en el hombre y en la Historia. “Sabemos, decía Samuel Ramos, que una cultura está condicionada por cierta estructura mental del hombre y los accidentes de su historia.” (5) Es decir, que para saber lo que ES la cultura mexicana, resulta necesario conocer su historia.

La importancia de la historiografía era evidente.

Al iniciarse el segundo tercio de la centuria actual los estudiosos de la filosofía apenas se atrevían en esa inmersión de nuestro ser, indispensable para la autocomprensión. Los historiadores, en cambio, no emprendían la adquisición de un nuevo concepto de la historia de México, elaborada a la luz de la propia visión. La historiografía no tomaba el ritmo y se debatía en un dramático estira y afloja ante la obligación de superar el pasado, ya que no a olvidarlo.

La tradición de los “abuelos” liberales, y de los positivistas —combatida y substituída ya en el terreno filosófico—, pesaba aún demasiado en los historiadores de nuestro siglo, convirtiendo a la historia en instrumento de partidarios políticos, o concibiéndola como gigantesco rompecabezas en el que la máxima aportación habría de ser agregar un trocito más en el empeño de completar la imagen total de nuestro pasado. Además, los historiadores de la etapa inmediata posterior a la Revolución, parecían negarse a ver otro modo de explicar la historia que no fuera el que les señalaban los fundamentos de las ideologías “ajenas” a las que se hallaban adscritos; ajenas por inadecuadas a las condiciones de nuestra realidad y no por haberse originado en el extranjero o por no ser de propiedad nacional.

Por fortuna, la superación de ese absurdo divorcio de la Histo-

5) Samuel Ramos. *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*. 2a. ed. aumentada, México, Editorial Pedro Robredo, 1938, p. 9.

ria y la Filosofía coloca a la historiografía de México ante un campo abierto para hacer un adecuado examen del pasado mexicano, no como simple variación interpretativa —¡una más!— sino como estudio de nuestro ser. Transcendida ya la vacilación, por la crisis, y desplazados del primer plano los problemas que demandaban urgente solución en las tareas de la reconstrucción revolucionaria, muchos destacados historiadores y filósofos han comenzado a cimentar las nuevas estructuras historiográficas. Nos han hecho saber que el historiador, para serlo, tiene que profundizar en su circunstancia; conocer y entender los valores propios del tiempo y el lugar en que le tocó vivir, y tomar como base ese conocimiento para develar su pasado, vigente siempre en el presente.

Si se acepta que una de las características de nuestra época en nuestros pueblos “subdesarrollados” —“superexplotados”, como sería mejor decir— es el intento de autognosis, se admitirá que no es arbitraria la delimitación temporal que del material de estudio se hizo en esta tesis. La reflexión sobre sí mismo es consecuencia de la Revolución y la transformación del hombre, sobre la base de conocerlo, se convierte en el centro de interés de las preocupaciones intelectuales.

Con el criterio de EPOCA, aún cuando también hubiera sido útil el criterio de GENERACION, fue seleccionado el material de la obra de Alfonso Teja Zabre, eludiendo el enjuiciamiento que sobre él ya pudiera haberse escrito, para evitar los inconvenientes con que las ideas pre-establecidas menoscaban el valor de la investigación.

CAPITULO I

TEJA ZABRE Y SU EPOCA

La obra de Alfonso Teja Zabre se encuentra, justamente, en la transición de dos períodos contrapuestos de la Historia de México, y por tanto, en la concurrencia de diversas corrientes ideológicas: las que corresponden al Porfiriato, por una parte, y las de la Revolución de 1910, por la otra. De ahí el imperativo lógico de esbozar, previamente, las condiciones de la época para averiguar en ellas los orígenes de su pensamiento; con tanta mayor razón cuanto que esas condiciones son determinadas por el movimiento revolucionario en su etapa de violencia que, si bien incide en lo político, pone en duda el valor de los valores vigentes para dejar al mexicano ante sí mismo, ante un futuro en blanco —la soledad, que diría Octavio Paz— con la responsabilidad angustiosa de organizar la autonomía de su propio vivir.

La formación intelectual de Teja Zabre se corresponde, en su iniciación, con el último período del Porfiriato, en que las aparentes cualidades del régimen comienzan a verse como grandes falsedades, mientras paradójicamente, una conveniente libertad cultural permite poner en tela de juicio sus fundamentos ideológicos.

El Porfiriato.

Se percibe como carácter dominante en todos los momentos del México del siglo XIX el forzoso empeño de encontrar sustentación a la recién adquirida independencia política; la búsqueda de bases ideológicas consistentes que sirvieran como punto de partida para la obligada construcción de la nueva nacionalidad.

Recién consumada la revolución de 1810 se presentaron dos perspectivas divergentes, dos rutas abiertas a ese fin: una pretendía conservar las formas culturales de la época colonial, modificándolas en la superficie al colocar a los criollos nacionales en los puestos directivos antes vedados para ellos; la otra, en cambio, intentaba una reforma

básica de la sociedad y del Estado con el prestigio de la doctrina liberal que dió su razón de ser a la Revolución Francesa.

La fórmula liberal de cambios y transformaciones chocó, constantemente y a lo largo del siglo, con una realidad social imposible de ser cambiada con simples disposiciones legales. A pesar de lo cual, o quizá precisamente por ello, los principios del liberalismo subsistieron para mezclarse más tarde con los del positivismo.

A esta lucha de un molde ideológico que quiere hacer caber dentro de sus concepciones de mundo y vida una realidad que, por diferente, se resiste, se retrae y se desvía, ha de atribuirse la sabida sucesión de acontecimientos sangrientos de cuartelazos, rebeliones y batallas entre pequeñas debilidades militares y humanas de las que surgían, a veces, grandes individualidades que destacaban por la razón misma de su escasez y la poca importancia de la acción y de los contendientes.

La doctrina liberal fracasaba. El país se debatía en dramáticas guerras internas y la desesperación era ya el clima generalizado al no poderse encontrar el camino definitivo de la reconstrucción. Es en este momento cuando llega a México el ideario del positivismo y cuando aparece el caudillo capaz de restablecer el orden anhelado con la unificación, en torno a su recia personalidad, de las facciones en pugna, suscitando la esperanza de poder satisfacer a todas las tendencias.

En apariencia los propósitos de los liberales reformistas habían cristalizado. El pueblo mexicano marcharía, por fin, por la senda del "progreso" que fue promesa implícita de su autonomía política.

Sin embargo, orden y progreso se fundamentaban, como justamente lo ha visto Octavio Paz, en la negación que la Reforma hacía de la propia personalidad al desconocer la tradición colonial rechazando el catolicismo, y la raíz indígena con la supresión de la propiedad comunal; al mismo tiempo que presentaba una aportación positiva, que se consolidaría, a su hora, como factor antitético del gobierno porfirista: el principio de la libertad del hombre como persona. "La nación mexicana se fundaría sobre un principio distinto al jerárquico que animaba a la Colonia: la igualdad ante la ley de todos los mexicanos en tanto que seres humanos, que seres de razón. La Reforma funda a México negando su pasado. Rechaza la tradición y busca justificación en el futuro". (1).

1) Octavio Paz. *El Laberinto de la Soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959. (Vida y Pensamiento de México) p. 114.

Así, el Porfiriato tiene desde sus comienzos las características de la inautenticidad histórica como consecuencia natural de una visión anterior que falseaba la realidad; por ello, su propia contradicción lo destruye. En efecto, "todo programa de gobierno descansa en una teoría moral, es decir, en una doctrina social que condiciona el derecho y la educación y que produce un régimen económico que es, al mismo tiempo, su sostén principal y su finalidad última". (2). En el caso del Porfiriato, el Positivismo fue la doctrina sustentante del régimen que, si bien en Europa expresaba a la burguesía en un momento dado de su historia, en México era sólo el instrumento de que se servía un grupo minoritario para mantenerse en el poder, "una casta que se mostraba incapaz de transformarse en clase en el sentido estricto de la palabra". (3).

El Positivismo, por una parte, limitaba pragmáticamente la vida al postular la supervivencia del más apto de acuerdo con la teoría evolucionista, y por la otra, producía la enajenación del mexicano por la cultura, enajenación que se reflejaba en todos los aspectos.

Si las formas económicas, políticas y sociales no eran ya adecuadas a la situación real que las había producido —y a la cual pudieron serle útiles— la cultura, que como creación del hombre está estrechamente ligada a la situación material de éste, no expresaba tampoco a su creador, y aun lo sojuzgaba al imponerle módulos que no correspondían a su condición de ser. "La ceguera ante los valores de la cultura popular, y la reducción de la educación a una minoría sin contacto con el pueblo; la dedicación a imitar las culturas europeas; el paulatino olvido de la tradición propia; la falsía de una religiosidad externa y farisaica; el empaque de una moral convencional ciega a la injusticia; el culto verbal a una ciencia inexistente; el romanticismo sensiblero, evocador de sentimientos imaginarios; el arte cursi, hueco, casi pomposo: todo expresaba el divorcio entre la vida espiritual... y una cultura que ya le era ajena. (4).

Hasta entonces, la historiografía mexicana por su parte, se dedicaba a servir intereses políticos, llegando a deformar los acontecimientos para rehacerlos de acuerdo con la propia interpretación de quien la hacía; o bien, ya en plena influencia positivista, se ocupaba

2) Vicente Lombardo Toledano. "El Sentido Humanista de la Revolución Mexicana". En *Universidad de México*. México, D. F., T. I, No. 2, Diciembre de 1930, p. 96.

3) O. Paz. *Op. cit.* p. 121.

4) Luis Villoro. "La Cultura Mexicana de 1910 a 1960", en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. X, No. 2, Octubre-Diciembre, 1960, p. 198.

de hacer responder el proceso histórico mexicano al esquema prefabricado de los tres estados comtianos. De cualquier manera, obedeciendo también al imperativo del cientificismo positivista, la fórmula histórica más socorrida era la erudita, que pretendía y aún pretende encontrar en el puro investigar la razón de ser de la historia misma.

Genaro García, Juan B. Iguíniz, Juan E. Hernández y Dávalos, y otros bibliógrafos realizan así sus aportaciones, entregando la importante obra de publicación de documentos desconocidos, pero sin pasar más allá, por temor a desvirtuar la sagrada imparcialidad que debía ser virtud suprema de cualquier aspirante a historiador, según los cánones establecidos.

Mas el panorama de un período histórico no puede ser totalmente llano y sin alteraciones; menos aún cuando sus fundamentos son falsos. Hubo en este período voces disidentes que se levantaron para advertir el peligro que nuestra nacionalidad corría, de no obtener una independencia cultural para asumir la responsabilidad de hacer nuestra historia y cultura por cuenta y riesgo propios. La más importante de estas llamadas fue la del maestro Justo Sierra, quien supo ver la historia de México como una realidad autónoma, viva en el tiempo, y no sólo como el reflejo pasivo de un esquema ideológico surgido en otra circunstancia. Sierra es representativo de una corriente que pretende, por vez primera, interpretar a México a través de una doctrina filosófica, y realiza así la obra máxima de la historiografía positivista mexicana: *México, Su Evolución Social*. En ella se conciliaba ya a la filosofía con la historia —si bien a la luz de las categorías de la evolución—, y se aceptaba la legitimidad de la interpretación en el examen de la historia de México. “Acaso sin plena conciencia de lo que hacía, Sierra introduce la Filosofía de la Historia como una posible respuesta a nuestra soledad y malestar” (5). La importancia de la obra de don Justo reside, entonces, en ofrecer una solución al problema del ser de México, presentándolo como la resultante de una conjunción histórica, en la que se mezclaban el pasado indígena y el colonial para integrar una nueva entidad: el pueblo mexicano. Una nueva ruta historiográfica estaba abierta.

En el Porfiriato.

El pensamiento de Teja Zabre recibe y asimila las fórmulas políticas del liberalismo y las filosóficas del positivismo. “El ambiente

5) Octavio Paz, *Op. cit.* p. 121.

ideológico de mi época juvenil —nos dice él mismo—, estaba impregnado de los principios, los símbolos y los mitos de la Revolución Francesa; la calificación de 'jacobino' tenía más bien aureola de prestigio; Robespierre se llamaba sin ironía el incorruptible y Marat era el amigo del pueblo. . ." (6). El impulso liberal se mantuvo en Teja durante toda su carrera de historiador, si bien en algunos periodos, largos e importantes por cierto, esta tendencia se transformó en un marxismo de tipo muy especial para su momento. Pero en general, puede decirse que las ideas políticas de Teja Zabre están encuadradas dentro de los lineamientos del liberalismo, en cuanto éste tiene de confianza en la bondad innata del ser humano.

Del positivismo, en cambio, no puede decirse que haya quedado en Teja Zabre una huella perdurable, exceptuando un cierto sentido providencialista que, en última instancia y según mi opinión, puede compaginarse con el marxismo —a pesar de lo que algunos de sus postulantes pudieran objetar en contra—, al aceptar el ideal de un futuro perfecto —llámese Estado Positivo o Sociedad sin Clases—, y que por lo demás es común a cualquiera de los utopismos del siglo pasado.

Arturo Arnáiz y Freg afirma que Teja Zabre ingresó al trabajo histórico por el camino de la literatura. En rigor, no puede decirse que su participación en el Certamen que el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía realizara en 1910 para celebrar el Primer Centenario de la Independencia, tuviera el móvil de un puro afán literario. *Los Héroes Anónimos*, poema con primer premio en el concurso y la primera de sus publicaciones, independientemente de su valor poético, deja traslucir el interés de presentar el pasado de México desde un nuevo ángulo que supera lo que hasta entonces se había tenido como apropiado. (7).

Al referirse al hombre común que hizo posible la Independencia, el poeta y futuro historiador no omite, ciertamente, a los grandes caudillos ni resta méritos a sus hazañas, pero logra su intento de llamar la atención hacia los que hasta entonces fueron ignorados, los "héroes anónimos", el pueblo mismo, cuya importancia, si no menospreciada, había sido olvidada, quizá intencionalmente.

La situación política de nuestra Patria, manifiestamente inestable, se pretendía cubrir con fiestas de conmemoración de fasto inusi-

- 6) Alfonso Teja Zabre. *Leandro Valle, un Liberal Romántico*. México, Imprenta Universitaria, 1956, Publicaciones del Instituto de Historia, Núm. 36, p. 11.
- 7) Para mayores datos sobre las obras del autor consúltese la bibliografía.

tado, para distraer al pueblo de los problemas vitales que padecía. Y en este ambiente contradictorio, *Los Héroes Anónimos* recordaban que no es posible la exaltación de una nación sin contar con el pueblo, su objeto y su base.

La Revolución.

Las patentes contradicciones del régimen porfiriano eran cada vez más graves, y en la medida de su creciente gravedad la amenaza de un estallido de violencia era evidente. Se esperaba y se temía como un simple movimiento político; pero esta apariencia encubría inconformidades compulsivas originadas "...en la protesta del espíritu humano condenado a la inacción, a causa del empleo total del esfuerzo humano en la búsqueda de los bienes elementales de la vida biológica". Lombardo Toledano penetrando en los orígenes causales de la Revolución ha expresado que: "...cuando (la desigualdad económica) rebaja al hombre en su dignidad y eleva los bienes materiales a la categoría de *desiderata* de la existencia, engendra siempre una inconformidad vigorosa que asume todas las formas, desde el alegato filosófico hasta la lucha armada". (8).

Sería imposible, pero también innecesario para mi tesis, resumir todas las acciones, militares y políticas, de la etapa violenta revolucionaria. Me abstengo de tocarlas, porque son las consecuencias de esa tragedia popular las que interesan, por cuanto pudieron haber influido, y aun determinado la dirección que el pensamiento mexicano habría de seguir posteriormente. Hemos de señalar, eso sí, que mientras los revolucionarios aprendían las duras lecciones que implicaba el intento de reorganización radical, iban configurándose las nuevas ideas.

La Revolución de 1910 insistimos, no fue, no podía ser, un movimiento espontáneo surgido de la nada. Sus orígenes, como en todo fenómeno histórico, se hunden en el pasado y están ligados íntimamente a todo el proceso de la historia de México. Tampoco la lucha armada surgió como resultante de una ideología que la precediera y guiara, sino como consecuencia de las contradicciones internas del régimen porfiriano en todos sus aspectos.

Pero así como puede afirmarse con certeza que el movimiento revolucionario de principios de este siglo no tuvo un cuerpo de doctrinas que condujera su desarrollo, ni mucho menos previera las formas concretas de su organización futura, también es necesario con-

8) Lombardo Toledano. *Op. cit.* p. 93.

signar que se produjo un movimiento intelectual paralelo al acontecer político, que analizaba los valores caducos del antiguo régimen, y lo sometía a un ajuste de cuentas con el pasado, enfrentándose por primera vez a una realidad desconocida por falsamente interpretada y que exigía una explicación técnica suficiente para poder integrarse en el todo de la historia universal.

Una revolución no es sólo el movimiento armado y el cambio de gobierno con las modalidades que a éste se le den, sino la transformación fundamental de todos los aspectos de la vida; es un proceso que pasa por una serie de etapas anteriores, coincidentes y posteriores a lo que convencionalmente se llama revolución armada, violenta. "Toda revolución pasa por una fase de latencia y preparación; por otra de desencadenamiento y revelación... más o menos explosiva; por otra de ascenso; por otra de estabilización plagada de oscilaciones, desviaciones, avances y retrocesos, y por otra de condensación y aparente declive hacia la nueva normalidad en la que precisamente se definen y concretan las verdaderas creaciones revolucionarias y maduran las obras de la nueva cultura, a la vez que se extiende y afianza la nueva ética social implícita en todo movimiento auténticamente revolucionario". (9).

En la Revolución Mexicana de 1910 la renovación espiritual no se dio como etapa antecedente del movimiento sociopolítico, sino que se produjo en simultaneidad con él, pues la cultura se hallaba también en situación crítica, en lógica correspondencia con la que había en los otros aspectos de la sociedad y del estado. "El movimiento cultural refleja el social en el plano del espíritu; el movimiento social vuelve concreto el cultural, en la realidad". (10).

La transformación cultural que se inicia alrededor del año 10 continuaría en los años posteriores hasta nuestros días, hoy mismo, en que se percibe evidente el esfuerzo de desenajenación contemporánea en "confrontaciones" y pugnas ideológicas.

La primera etapa de "revolución cultural" es de negación y destrucción; negación de la pretendida y aceptada validez universal del positivismo que se había generalizado y puesto en boga; destrucción de las proyecciones de la doctrina en la mentalidad habitual, aun cuando ni la una ni la otra tuvieran ni la intención ni la implicación de construir un nuevo orden socio-cultural.

9) Emilio Mira y López. *Problemas psicológicos Actuales*. 2a. ed. Buenos Aires, Editorial "El Ateneo", 1941, p. 223 ss.

10) Villoro. *Op cit.* p. 104.

El positivista configuraba al ser humano exclusivamente por su capacidad racional; olvidaba que el hombre no es sólo razón, sino también voluntad, intuición y sentimiento. Era lógico, dialécticamente, que surgiera una reacción reivindicadora del espíritu, con base en las filosofías de la intuición y de la emoción. El pensamiento bergsoniano se conoció en México a través del Ateneo, joven y brillante generación que se apropia la tarea de ajustar a otras dimensiones del saber el pasado espiritual de México. La metafísica vuelve por sus fueros y en la recién inaugurada Universidad se restaura el interés por la Filosofía como ciencia estricta. "La obra de la generación de los intelectuales de 1910 tuvo, pues, la significación que tiene toda renovación espiritual en la historia de los pueblos. Subvirtió los valores en que se apoyaba la conducta: no conformidad, sino rebeldía creadora, sentimiento de responsabilidad ante lo injusto, afán de vuelo ante los obstáculos del destino aparente". (11).

El momento, por su importancia, era difícil. Los intelectuales se hallaban ante una encrucijada en la que, si bien habían cumplido con destruir valores caducos, no vislumbraban el camino a seguir. Precisamente por eso el futuro se presentó como un campo abierto en el que podía construirse todo, desde los cimientos, a partir de la nacionalización de la cultura.

Dos son las personalidades que se destacan como inaugurales de la nueva era: Antonio Caso y José Vasconcelos; talentos representativos de la generación del Ateneo, encuentran que es necesario, para comenzar, la formación de un nuevo tipo de hombre, en el que el egoísmo pragmático de la razón y de la ciencia sea superado por la vida emotiva, el desinterés y el espíritu caritativo del cristiano. Anhelos de vida espiritual que quiere restablecer el humanismo por la emoción y la intuición —es decir, la estética—, pero en el que se aceptan los grandes valores del cristianismo y del socialismo.

J. C. Orozco con sus Franciscanos, Diego Rivera con *La Muerte del Peón*, Goitia con su *Tata Jesucristo*, en la pintura; los mismos Caso y Vasconcelos en la filosofía, y otros más en todos los aspectos de creación de la cultura, todos pretenden despertar en el mexicano el amor a sus semejantes para acabar con ese permanente estado de guerra que caracterizó a México desde su nacimiento como nación independiente. Caso exhorta a las juventudes revolucionarias a que practiquen la caridad. "Las nuevas generaciones, les dice, tienen que realizar lo contrario de lo que hicieron los hombres del porfiriismo: en

11) Lombardo Toledano. *Op cit.* p. 104.

vez de egoísmo, y economía, heroísmo y sacrificio... si la Revolución debe ser caridad, si nuestra individualidad debe realizarse por la revolución, nuestra individualidad, nuestra originalidad, será nuestra humanidad, nuestra particularidad residirá en nuestra universalidad".

Así es como los pensadores contemporáneos de la Revolución simplificaban los problemas de un pueblo, con ingenuo optimismo, opinando que "las revoluciones podrían evitarse con ayuda mutua y comprensión; bastaba anteponer el amor al odio, los intereses colectivos a los propios. La revolución podría ser substituída con la evolución si los mexicanos, en vez de destruirse entre sí, se ocuparan en conocerse mejor y en descubrir la fuente de sus males". (12).

Antonio Caso abre un nuevo trayecto a la perspectiva del conocimiento histórico negándole categoría científica y lo concibe como un saber *sui generis* con valor propio; delimita su jurisdicción separándolo de la filosofía y distribuye incumbencias: lo universal como propio de la filosofía y lo particular como objeto de la Historia.

Vasconcelos, intuicionista y esteticista, engloba en esta su visión el concepto de la historia que privó en aquel momento: el pasado es susceptible de aprehenderse a través de la emoción estética, y la historia tiene, por lo tanto, el carácter de creación artística por la cual ha de llegarse a la realización de la Raza Cósmica. Pero ensaya encontrar ideas y valores universales para México y es por eso vínculo del periodo negativo de la intelectualidad revolucionaria con el positivo creador, que así se gesta, y que habría de llegar, más tarde, a fincar en el mismo *estar siendo* la justificación de la existencia.

Mas para alcanzar esta postura, aún habría de pasar tiempo. Antes se habrán dado actitudes de optimismo por el que quienes piensan la revolución descubren ante sí un espectáculo pintoresco, desconocido hasta entonces, o del que no se habían percatado: el pueblo mexicano en su medio natural y propio, protagonista del hecho histórico, en un paisaje de colores y de aromas, de sabores y texturas, surgido al primer plano al conjuro de la conmoción nacional.

Integrado a una clase media estereotipada por falsos conceptos, juicios y apreciaciones, el intelectual cobra conciencia de lo precario de su posición, pero aún no puede identificarse con ese nuevo personaje, el pueblo, cuyos estilos de vida le son ajenos todavía. Lo ve, lo examina, lo siente cerca, y en la lucha se inclina conmovido por sus penas; pero al pensarlo, al expresarlo, lo considera sólo como par-

12) Rosa Krauze de Kolteniuk. *La filosofía de Antonio Caso*. p. 182.

te "del mundo en torno, Es la circunstancia vivida, ese marco *en el cual* transcurre la vida, lo que primero se hace patente; más aún no la vida propia de ella". (13). De ahí que la creación cultural de toda esa etapa sea preponderantemente intuitiva y sensorial: Revueltas en la música, Diego Rivera en sus murales de la Secretaría de Educación, José Clemente Orozco en la Escuela Nacional Preparatoria, Martín Luis Guzmán y Mariano Azuela en su producción literaria, López Velarde y José Juan Tablada en sus poesías...

Necesariamente, y como consecuencia lateral, el objeto de la historiografía se presenta como problema: ¿quién o qué era este pueblo mexicano que de pronto se hacía presente a la reflexión de los pensadores? ¿Cuál había sido su origen? ¿Qué significa en el presente? ¿Hacia dónde se encamina, si es que va a alguna parte?

Los ateneístas responden a estas interrogantes integrando el proceso histórico mexicano al del mundo cuando piensan a Iberoamérica como entidad continuadora de la cultura occidental, iniciada con la cultura grecolatina, que se impone en los países de América y se constituye en tradición española a la cual era necesario volver para no falsear la propia personalidad. Nuestra personalidad se había desfigurado al adoptar las ideas materialistas del positivismo que, según Vasconcelos, eran el instrumento del que se valía el imperialismo norteamericano para su penetración en Hispanoamérica, ya que postulando, como postula, la supremacía del más fuerte, prácticamente propiciaba la entrega en bandeja de plata del jugoso bocado de los pueblos iberoamericanos, alentando teóricamente la expansión de la potencia del Norte. A este peligro había que oponer la fuerza de la tradición de la cultura de Occidente, a cuyo estudio era menester volver reivindicando el valor de la conquista y de la colonización españolas. Relatos amenos y llenos de sabor colonial como los de Luis González Obregón y don Artemio de Valle-Arizpe, tienen el signo de esa reivindicación.

Pero Vasconcelos va más allá. Al acendrado indigenismo de fines del siglo XIX opone y propone a los pueblos americanos una meta, un ideal, la formación de la Raza Cósmica en la que habría de lograrse "el fin último de la historia", que consiste "en la síntesis de la totalidad de los pueblos y culturas", para realizar así "la plenitud de la historia". (14). Más aún; el filósofo idealista da un pun-

13) Villoro. *Op. cit.* p. 200.

14) Abelardo Villegas. *La Filosofía de lo Mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, Vida y Pensamiento de México, p. 92.

to de partida para nuevos modos de pensar y de interpretar la historia de México cuando afirma que "es menester llenar un requisito previo, es necesario autoafirmarnos, definirnos, que es al mismo tiempo definir nuestros propósitos" para cumplir el destino de realizar la síntesis de todas las razas. De otro modo dicho, era necesario adquirir conciencia de nosotros mismos, de nuestro propio ser, para adquirir la autoconfianza requerida por nuestros impulsos colectivos de superación.

Ni a Caso, ni a Vasconcelos, ni a sus contemporáneos correspondería precisar cuál tendría que ser el camino a seguir para encontrarnos a nosotros mismos; pero al combatir las inoperantes doctrinas del pasado, despejaban el campo para todos los proyectos de construcción, de creación y de realización ahora multiplicados.

En la Revolución.

Teja Zabre había cursado en la Escuela de Jurisprudencia los estudios para obtener el título de abogado (1904-1910); trabajaba como Secretario de don Genaro García, director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía; ejercía la abogacía como defensor de oficio (1911) y como Agente del Ministerio Público (1912), y practicaba la docencia impartiendo cátedras de Historia de México en el Colegio Militar, y posteriormente en la Escuela de Aspirantes. Colaboraba en *El Heraldo de México* (desde 1921), *El Demócrata* (desde 1923) y en *El Universal* (a partir de 1925); variedad de actividades que lo asemeja a los polígrafos de fines del siglo pasado.

No escuchó la palabra de don Justo Sierra en la inauguración de la Universidad de México, pero conoció al maestro y sus obras, que dejaron huella en su pensamiento. Tampoco oyó las lecciones de los filósofos del Ateneo aun cuando siguió a distancia sus elucubraciones y aprovechó sus enseñanzas.

Da la impresión, en suma, de ser un intelectual que llega tarde siempre, o se anticipa demasiado al momento de auge de la vigencia de las corrientes del pensamiento. Sus estudios en el Instituto Científico y Literario de Pachuca lo conforman con el patrón de un positivismo caduco ya, mientras que su capacitación en la Escuela de Jurisprudencia lo colocan atrás del momento de creación de los ateneístas. Así se le verá más tarde adelantarse en algunos aspectos al historicismo, pero cuando éste se presenta no lo acepta plenamente, lo deja pasar, y quizá por eso no se atreve a penetrar en los grandes temas de la historia mexicana.

Es que su vida —hay que tenerlo presente— abarca un lapso de tiempo muy largo; de un tiempo crítico de transformaciones que le imponen adaptaciones y readaptaciones al ritmo de un ambiente de incertidumbre. Que por lo demás, y en términos generales, no creemos que nadie deba aferrarse a las verdades de hoy mutilándose para poder adoptar las de mañana.

Si se acepta que todo hombre es él, con sus características constitucionales y temperamentales, pero además es su sociedad como componente de su personalidad, es socio, parte y partícipe de un ambiente mutable de continuo, se admitirá como correcto que el estudio de la obra de Teja Zabre se haga, por decirlo así, dinámicamente; es decir, siguiéndolo por las sinuosidades de su pensamiento aún allí donde pudiera haber sido contradictorio.

Se trata de uno de esos casos de pensamiento aislado, sin filiación definida, pero que tampoco son inmunes a los "ismos" de la lucha ideológica social y toman sin compromiso fragmentos de todas las posturas, con la buena fe de aprovechar de todo lo que se considera que es mejor, en tanto no se disponga de un sistema teórico integral y coherente que supere lo objetable. La elíptica de su evolución define una etapa de la historiografía mexicana y en sus inicios, literatura e historia son, por igual, sus formas de expresión.

A éste comenzar a hacer corresponden las primeras ediciones de su *Vida de Morelos* y la *Historia y Tragedia de Cuauhtémoc*, así como, en el terreno de la literatura, sus novelas *Alas Abiertas* (1920) y *La Esperanza y Hati-ké* (1922).

La Post-Revolución.

El gobierno del general Alvaro Obregón ha sido considerado unánimemente como el principio de la etapa creadora de la Revolución Mexicana. La década de 1920, en efecto, se iniciaba con los mejores auspicios de optimismo por el porvenir. Intelectuales y obreros, campesinos, funcionarios, profesionistas, artistas y la población toda, trabajaban con decisión entusiasta por consolidar los anhelos revolucionarios plasmados en la Constitución de 1917.

Por fin se creía saber lo que se quería y el modo de lograrlo, un conjunto de principios jurídicos que contienen la necesidad y el medio de satisfacerla, una nueva doctrina, *un nuevo humanismo*, en suma; aspiración y norma establecidos con autoridad definitiva por el

Constituyente de Querétaro en los artículos 27 y 123 de nuestro derecho básico.

Entresacado el contenido de esos preceptos para hacer una ordenación provisional de los principios revolucionarios, creo que pueden quedar concretados así:

1.—La vida humana es el valor supremo, y por tanto, las obras políticas, económicas y sociales deben estar orientadas hacia la creación de condiciones favorables para la existencia y desarrollo del ser humano; no constituir un fin en sí mismas.

2.—La libertad del hombre es el supuesto indispensable para la realización de ese valor supremo que es la vida; considerando la libertad como el conjunto de posibilidades comprendidas entre los límites de la sociedad y los de la naturaleza. Consecuentemente, la economía y la educación habrán de organizarse en función del bien público y no de los particulares, para garantizar socialmente esa libertad.

3.—Un estado democrático es la forma política apropiada para garantizar esa libertad; en consecuencia, los gobernantes han de basar el ejercicio de sus atribuciones en el conocimiento y en la comprensión de las necesidades biológicas, psicológicas, sociales y culturales del pueblo mexicano, con lo que, además, se justifica el carácter intervencionista del Estado, en la medida en que propenda a garantizar la satisfacción de esas necesidades.

4.—La integridad del Estado mexicano es la base de la independencia y la dignidad del pueblo frente a las demás naciones de la tierra, así como el fundamento de la eficacia en el mantenimiento de su existencia como nación soberana, la defensa de la libertad y la conservación y el mejoramiento de la democracia; por lo que será necesario salvaguardar la soberanía territorial, la soberanía política, y la autonomía económica, declarándose el Estado mexicano contrario a cualquiera de las formas en que el imperialismo pudiera presentarse.

5.—La nacionalidad mexicana es base, fundamento y justificación del Estado, de la sociedad, de la ciencia y la cultura, si se considera que los caracteres psicosomáticos de la población son la fuerza creadora de todos los bienes y valores, ya sea por el proceso de la originalidad o por el de la reelaboración de las formas de vida asimiladas. De esta manera, las formas de vida, propias y asimiladas, po-

drán incorporarse en la personalidad básica del hombre, donde serán perfeccionadas y desarrolladas ulteriormente. (15).

Parecían haber empezado a cumplirse estos principios durante los primeros cinco años posteriores al triunfo del Constitucionalismo; pero al mediar la década de 1920 la lucha de facciones se desata otra vez, y el panorama halagador de un futuro propicio al éxito se desvanece. Durante el gobierno de Plutarco Elías Calles se habla de una nueva dictadura, de la supresión de las libertades, y aun cuando la realización de las reivindicaciones obreras y campesinas indicaba, ciertamente, un avance de los ideales revolucionarios, las críticas que se hacían al régimen alcanzaban a todos los gobiernos emanados de la Revolución, minando la unidad nacional. Y la sombra de un pasado estático en la forma de contrarrevolución se hace presente.

En la década que se inicia en 1930 el desconcierto es aún mayor. El régimen cardenista logra llevar a su culminación algunas de las más preciadas conquistas revolucionarias: restablecimiento económico de la población rural, protección al trabajador, inicio de nacionalización de la economía con la expropiación petrolera. Pero también ahora aparecen inconformidades de quienes participaron directamente en el movimiento de 1910, especialmente al ser reformado el Artículo 3o. de la Constitución, que daba a la educación una orientación socialista.

¿Es que habían de adoptarse, una vez más, soluciones ajenas a nuestra realidad para resolver los problemas en ella suscitados?

Ni el criterio marxista aceptaba como posible el establecimiento de una educación socialista en un régimen de tipo burgués, contradictorio con los postulados del marxismo. La reforma gubernamental no parecía sincera en cuanto que su acción, en general, no estaba inspirada en los principios socialistas que decía seguir; "... arma de lucha, la educación socialista creó muchas enemistades inútiles al régimen y suscitó las fáciles críticas de los conservadores. Asimismo se mostró impotente para superar las carencias de la Revolución Mexicana. Si las revoluciones no se hacen con palabras, las ideas no se implantan con decretos". (16)

Posteriormente el gobierno cardenista acomete una resurrección del entusiasmo revolucionario; las conquistas agrarias, las luchas obre-

15) Cfr. Modesto Sánchez Vázquez. *Ideario de la Educación Mexicana*. Apuntes inéditos.

16) Octavio Paz. *Op. cit.* p. 139.

ras, la reestructuración de la economía nacional hacen renacer las esperanzas y el fervor popular. Mas para la mayoría de los pensadores revolucionarios esta radicalización creciente se apoyaba en un marxismo inútil, por demagógico, y en lo que se juzgaba como un afán científicista pasado de moda. "Quizás una de las tragedias más grandes de la Revolución consistió en que el momento de mayor adelanto revolucionario no coincidió con el momento de mayor generosidad y optimismo de la inteligencia". (17).

La crisis provocada por la tentativa de educación socialista condujo a efectuar una revisión de los postulados revolucionarios que, a mi modo de ver, resultó contraproducente, al permitir que el miedo a la reacción de los conservadores interviniera en la actividad gubernamental de los gobiernos pseudorevolucionarios que se estancaban en una política de simple administración que impidió la continuación del proceso renovador, anquilosando el impulso popular y sometiénolo a la enajenación absoluta en su relación con la oligarquía revolucionaria en el poder.

A partir de 1940 el Estado que, de acuerdo con las normas constitucionales "...Dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste". (18), empieza a representar intereses contrarios a los populares traicionando los principios revolucionarios originales al entregar gran parte de la economía nacional al imperialismo norteamericano, desviar la ideología revolucionaria en la cultura y en la educación y controlar la elección de los órganos representativos en la política, anulando las garantías de libertad establecidas en la Carta Magna, hasta el extremo de dar obligatoriedad a leyes secundarias y reglamentos por encima de las normas jurídicas constitucionales.

¿Cuál ha sido la posición de los intelectuales en este momento de nuestra vida?

"Una vez cerrado el período militar de la Revolución muchos jóvenes intelectuales —que no habían tenido la edad o la posibilidad de participar en la lucha armada— empezaron a colaborar con los gobiernos revolucionarios. El intelectual se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto (sic), del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder. La tarea era inmensa y había que improvisarlo todo... Con la excepción de los pintores —a los que

17) Villoro. *Op. cit.* p. 214.

18) *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, en vigor. Tit. 2o., Cap. I, Art. 39.

se protegió de la mejor manera posible, entregándoles los muros públicos—, el resto de la 'inteligencia' fue utilizado para fines concretos e inmediatos; proyectos de leyes, planes de gobierno, misiones confidenciales, tareas educativas, fundación de escuelas y bancos de refacción agraria, etc. . . . La diplomacia, el comercio exterior, la administración pública, abrieron sus puertas a una inteligencia que venía de la clase media". (19).

Esta última afirmación nos da la clave de la posición de los intelectuales que forman las generaciones postrevolucionarias. La inmensa mayoría de ellos pertenecen a la clase media; es decir, que difícilmente pueden compartir las necesidades y, por tanto, los anhelos de las clases populares, y aunque cuentan con la ventaja de poder observarlos desde fuera, de manera objetiva e impersonal, no parecen poder llegar a sentirlos, para entenderlos y comprenderlos en toda su dimensión.

Luis Villoro ha llamado a este fenómeno "extroversión de los intelectuales revolucionarios" y lo hace consistir en el repentino descubrimiento del espíritu popular, multicolor y profundo que los llevó a creerse íntimamente identificados con el pueblo, así como a intentar expresarlo en todas las formas del pensamiento y la creación. Es el momento en que "México se atreve a ser. La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo mortal, al otro mexicano". (20) Pintores y literatos supieron hacerlo, ya lo hemos dicho, en forma magistral, logrando además —con Orozco y Siqueiros, por ejemplo— ahondar en lo que de humano tiene el mexicano, para extraer de ahí valores más amplios que lo vinculan al espíritu del mundo.

Pero las realizaciones en el arte no fueron seguidas en línea tan recta ni han tenido un desarrollo tan claro en otros aspectos de la cultura. El entusiasmo de los hombres cultos no era suficiente para organizar el caos que la violencia había dejado tras de sí. Con excepción de la gran obra que José Vasconcelos realizó en la Secretaría de Educación Pública, la intelectualidad mexicana no se mostró capaz de constituir un sistema de ideas coherentes para esos fines "concretos e inmediatos" para los que era requerida. Al dejar de ser la Revolución un hecho instintivo, el sentido del movimiento no se veía con claridad, e incluso empezó a perderse en medio de las luchas de facciones que renacían ahora con la fuerza de la acción política.

19) Octavio Paz. *Oj cit.* p. 140-141.

20) *Ibid.* p. 134.

El escepticismo frente a las desviaciones de la Revolución produjo una interiorización del movimiento cultural, que a la larga habría de rendir frutos positivos. Lo que se considera el "fracaso revolucionario" obliga a preguntarse por las causas de fondo del continuo equívoco histórico de México: ¿Es que hay algo en la constitución esencial del mexicano que le impide avanzar, cada vez que se lo propone? ¿Es que las dolorosas luchas de tantos años no podrán tener jamás un resultado satisfactorio?

Lo que sucedía era que la contienda política constituía sólo la forma externa de graves inquietudes que no se habían calmado al trasponerse la violenta marea de la Revolución, sino que renacían precisamente como consecuencia de ella. Este pueblo mexicano tenía ya largo tiempo de experiencia y de engaños, de participar en las campañas políticas sin entender sus causas, movido sólo por un impulso de rebeldía frente a una situación injusta. Pero en el movimiento revolucionario de 1910 por primera vez se habían logrado plantear los problemas reales del país y se concretaron los anhelos populares.

Hasta el momento mismo del estallido violento, la situación conflictiva en que México se encontraba desde un siglo atrás trataba de resolverse acudiendo a soluciones originadas en distintos lugares para problemas distintos, que no servían, no podían servir, para ser aplicadas a una realidad que exigía respuestas emanadas de sí misma. Por ello es que este fenómeno histórico puede llamarse con toda propiedad Revolución Mexicana, puesto que sus planteamientos respondieron "...a imperativos de la propia realidad que se impuso a sí misma con toda violencia; por eso no se entendió al principio, y por eso todavía muchos se preguntan su significado" (21).

Si los problemas de México no eran iguales a otros, aunque se parecieran, era menester buscar soluciones originales, elaborando programas de acción de acuerdo con criterios realistas. Esta es la primera y la más importante lección de la Revolución de 1910; el descubrimiento de nosotros mismos y la necesidad de penetrar en nuestros orígenes para asimilar nuestra tradición y encontrar ahí las bases de un proyecto salvador que proporcionara una visión propia del mundo y de la vida, y nos integrara a la universalidad.

Implícita en las soluciones aportadas en los postulados constitucionales de 1917 se encuentra la necesidad de conocer al *ser mexicano*. La crisis violentísima de aquel periodo de nuestra historia, tantas

21) Villegas. *Op. cit.* p. 19.

veces citado, obligó a volver los ojos al pasado para buscar allí la razón de que un país que gozaba de una tranquilidad tan estable y de una economía tan aparentemente próspera, se viera de pronto sacudido por una explosión brutal. Las causas económicas y sociales de la Revolución —inmediatas, conocidas y aparentemente válidas para explicarla—, no fueron suficientes para entender el proceso vital de un México que parecía ir contra su historia misma, al estancarse primero en un período de inmovilidad, para avanzar después en saltos gigantescos, más allá de lo que sus fuerzas y experiencia le marcaban como posible. Entonces se pensó en buscar la razón de estas contradicciones en el interior del ser mexicano, mediante un “ensimismamiento” que permitiría analizar las crisis pasadas, para poder superarlas y dar a México, partiendo de las propias condiciones de su medio y de sus hombres, los elementos y el ritmo que le permitieran un desarrollo seguro y completo.

Al volverse la mirada al interior del propio mundo, en ese movimiento intelectual llamado “búsqueda de lo mexicano”, se encuentra que la causa de su enajenación cultural está dentro de sí mismo y no en el mundo exterior, no en un modo falso de vivir derivado de las viejas tradiciones prejuiciadas.

La etapa del nacionalismo extrovertido ha pasado; la sorpresa de un nuevo fracaso determina que los asombrados ojos del hombre de cultura se fijen en sí mismo.

En sus resultados para la cultura, pues, la Revolución de 1910 tuvo la virtud de nacionalizar nuestra actitud ante los problemas. A partir de entonces lo mexicano pasaba a primer término, a ocupar el lugar que nunca había tenido, oculto por un equivocado afán de universalidad mimética. Se hacía necesario ahora entender ese ser propio a través de la asimilación de nuestro pasado, a través de la correcta interpretación de nuestra historia. Es decir, la idea que del *sí mismo* tuviera cada quien habría de partir, necesariamente, de lo que como pasado histórico se considerara como determinante de ese sí mismo.

En efecto, si aceptamos que es la nuestra una cultura derivada, que no reconoce una sola raíz, es indispensable estudiar la multiplicidad de la mezcla autóctona con la cultura europea, que a su vez es combinación complejísima de diversos antecedentes históricos, seres diferentes, por tanto. Como magníficamente nos hace ver Samuel Ramos, habíamos olvidado la cultura original, por efecto de una auto-denigración, que se convirtió más tarde, antitéticamente, en una reacción nacionalista que llegó incluso a caer en el extremo contrario; la

hostilidad abierta hacia la cultura europea. Hostilidad que se acentuaba aún más cuando, al mirar la perspectiva del desarrollo histórico de nuestro país, caíamos en la cuenta de que era la imitación irrazonada la que nos llevaba al fracaso.

Era indicado entonces rastrear en los caminos de la propia historia, analizar sus hechos y darles otra interpretación, siempre partiendo de los hechos mismos para no deformar su significado con el uso de un sistema de ideas, que por serle ajeno no era apropiado para comprender todas sus dimensiones. Este análisis y esta interpretación serían la base del conocimiento de sí mismo que México estaba necesitando.

El estudio histórico debía cobrar entonces una gran importancia y los historiadores estaban ante la expectativa de ser un grupo privilegiado dentro de la intelectualidad. Pero al mismo tiempo que el intelectual se replegaba en sí mismo para conocerse, se distanciaba del pueblo. Si bien los intelectuales defienden de este modo la más importante herencia de la Revolución, hacen su situación ciertamente difícil, pues "...preocupados por no ceder sus posiciones —desde las materiales hasta las ideológicas—, han hecho del compromiso un arte y una forma de vida..." (22), descontando, claro, honrosas y por fortuna numerosas excepciones.

Durante un largo período —el de la institucionalización de los regímenes revolucionarios—, la posición de los historiadores mexicanos da la impresión de que "no se atreven" a emprender la tarea que el momento les imponía como propia. No puede suponerse que no tuvieran la capacidad requerida para hacerlo, ya que puede constatarse que en los últimos años empieza a configurarse un nuevo concepto de la historia: revisar los hechos históricos no por el simple afán de hacerlo, sino para encontrar en ellos un sentido que contribuya a la comprensión del propio presente. Para hacerlo, el historiador debe estar consciente de que posee bases de enjuiciamiento de las que no puede prescindir porque forman parte de su circunstancia vital.

Quizá por eso en la actualidad son más bien los filósofos quienes se ocupan de la historia, mientras que muchos de nuestros historiógrafos siguen fijados a los conceptos de la historia erudita, en posición anacrónica, y otros más se han separado de las nuevas concepciones ideológicas, convirtiéndose en solitarios cultivadores de su vocación.

22) Octavio Paz. *Op. cit.* p. 19.

El movimiento de autognosis, tan brillantemente promovido por Samuel Ramos, parece haber encontrado nuevos elementos de desarrollo con sus continuadores, especialmente Leopoldo Zea y sus discípulos. "...la reflexión ha esclarecido el mundo circundante, primero; nuestro modo de encontrarnos en él, después; se ha asomado por fin al inconsciente colectivo. Mucho falta por comprender, pero el paso substancial ha sido franqueado." (23).

Así como nuestro panorama socio-político se ha transformado hasta caer en la demagogia paradójica de la "Revolución institucionalizada", la cultura también ha cambiado, y después de pasar por esa autoafirmación y adquirir la confianza en sí misma que tanta falta le estaba haciendo, parece volver a estancarse y, lo que es aún más peligroso, a enajenarse otra vez, de espaldas a nuestra vida, por incapacidad de expresar, reconociéndola, nuestra circunstancia.

Aunque en realidad puede decirse que el mundo entero está presenciando una crisis de valores en el arte, en el pensamiento, en la existencia misma y, dado el contacto cada vez más estrecho entre todos los pueblos de la tierra, es posible que la síntesis resultante de esa confrontación dialéctica no se presente en una sola entidad nacional, sino que se encuentre por igual en todo el ámbito universal, a partir de las características peculiares de cada pueblo. No es correcto aventurar una opinión profética; anhelamos sólo que este período crítico no llegue a desembocar en una nueva enajenación del ser humano.

En la Post-Revolución.

La creación intelectual más fecunda de Alfonso Teja Zabre se inicia alrededor de 1930 y se mantiene hasta el momento de su muerte. Coincide con la radicalización del ideal revolucionario y se continúa en paralelo con lo que hemos llamado "desilusión revolucionaria"; esto es, con el ensimismamiento de una inteligencia decepcionada que abandona sus primeros entusiasmos y su comunión con el pueblo.

En este tiempo, Teja Zabre participa en la vida política del país y colabora en la redacción del *Código de Procedimientos Penales para el Distrito y Territorios Federales*, del *Código Penal, para el Distrito y Territorios Federales* y de la *Ley Federal del Trabajo*. Ingresa también al servicio del gobierno de la República como Jefe del Servicio de Información de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

23) Villoro. *Op. cit.* p. 207.

La trayectoria de su pensamiento no coincide por completo con los lineamientos generales de la evolución ideológica antes señalada. Sólo al principio se identifica, creo que sinceramente, con el ideario socialista que entonces se aceptaba. A esta identificación corresponde la publicación de sus ensayos de historia de México, entre los cuales el primero de ellos —*La Biografía de México* (1933)—, nos da su idea de la historia y su concepto de México que serán examinados posteriormente; la *Breve Historia de México* (1934), que sirvió como libro de texto en el sistema de Primarias durante el período presidencial de Lázaro Cárdenas y la *Historia de México, una moderna interpretación* (1935).

Un guión cinematográfico titulado *Murió por la Patria*, que tiene por tema la defensa que en Chapultepec hicieron los Cadetes del Colegio Militar frente a la invasión yanqui de 1847, una reseña sobre los Juegos Florales celebrados en Monterrey en mayo de 1936, y un ensayo preliminar a dos conferencias que don Justo Sierra dictó en España en 1900 y en 1904 respectivamente, son otras producciones laterales al interés histórico principal del autor y también al propósito de este trabajo. (24).

En cambio la *Teoría de la Revolución* (1936) y el *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana* (1939), son obras centrales en las que el autor quiere concretar los principios del socialismo en la interpretación de la revolución hasta abarcar, sobre todo en la segunda de éstas, el movimiento mexicano de 1910 y sus consecuencias hasta el momento en que la escribe.

En la una y en la otra se advierte un sincero deseo de encontrar en el socialismo la dirección hacia el humanismo que México parecía estar esperanzado en alcanzar. Pero el socialismo en sus términos originales, no en los de las versiones oficiales, pues con sus principios parecía estar cierto de que se solucionarían los problemas nacionales, como de poder hacer una mejor y más correcta interpretación de nuestra historia.

En su *Teoría de la Revolución* dejó constancia del juicio que le merecieron los intelectuales de su época: "La posición de los intelectuales en el movimiento social contemporáneo fue poco brillante, porque no gozaban de plena confianza ni de simpatías entre los trabajadores ni entre los patrones. Eran tenidos en ambos bandos como mercenarios, auxiliares de oportunidad y con dudoso espíritu de gremio,

24) Para mayores referencias, consúltese la bibliografía.

porque su origen era de la clase media o pequeño burguesa. O peor aún, eran desclasificados. No estaban sólidamente unidos a una clase y tenían cierta movilidad peligrosa. Por último, y esto es lo más importante, resultaban poco eficaces como hombres de acción porque tienen la tendencia crítica, la indecisión del que mide palabras, actos y consecuencias, y la debilidad del que pretende buscar a cada paso el apoyo de la razón, de las leyes y de los principios abstractos." (25)

Captaba así, con aguda sensibilidad, una situación general en la que estaba incluido; pero no como un conformista, sino con el ánimo de alentar y activar las mentes para el cumplimiento de los deberes específicos de la hora. Y por eso complementa su apreciación diciendo: "Por fortuna, la posición de los intelectuales se ha definido con claridad. Son sencillamente trabajadores o técnicos, cada día menos servidores asalariados del capitalismo o de la burocracia, y cada día más artesanos o artistas dispersos o agremiados, al servicio de la causa social. Su misión es destruir los valores caducos y afirmar los nuevos valores morales, científicos, estéticos y de mística social." (26).

El entusiasmo pasa pronto. Sus funciones diplomáticas en el extranjero como Consejero de la Embajada en Cuba, como embajador en Honduras y más tarde en la República Dominicana, terminan en 1954 cuando retorna a México para obtener su retiro del Servicio Exterior. Teja Zabre padecía ya, además de graves dolencias físicas, la enfermedad común a los demás intelectuales de su generación, la desilusión revolucionaria corroyendo un organismo enfermo y oprimiendo un espíritu cansado por los años, como él mismo lo declara en 1945: "En Cuba he hallado alivio a las penas que toca a todo humano sufrir y de las dolencias que a nadie perdonan, inclusive la más larga que arrecia con los años, pero se hace más llevadera en un ambiente grato..." (27).

De tal estado de ánimo está impregnada la última fase de su creación, que comprende la reedición de la *Teoría de la Revolución*, la *Historia de México, Una Moderna Interpretación* y la última edición de la *Vida de Morelos*, realizada por la Universidad Nacional Autónoma de México, en nueva versión, el año de 1959, al lado de sus nuevas producciones: *Dinámica de la Historia y Frontera Interamericana*, *Umbriel*, y *Leandro Valle, un Liberal Romántico*.

25) Teja Zabre. *Teoría de la Revolución*. México, Ediciones Botas, 1936, p. 9.

26) *Ibid.* p. 12.

27) Teja Zabre. *Dinámica de la Historia y Frontera Interamericana*. México, Ediciones Botas, 1947, p. 13.

Es la *Dinámica de la Historia* un modo de traducir las ideas de Henry y Brooks Adams acerca de una teoría dinámica de interpretación histórica, cuyo interés Teja Zabre lo encuentra radicado en su contenido y en el hecho de provenir de una fuente no traducida al español. El estudio se enlaza con un ensayo, *Frontera Interamericana*, en el que se hacen consideraciones sobre las relaciones entre los Estados Unidos y los países de Hispanoamérica. Los dos trabajos fueron preparados durante su estancia en Cuba en los años de 1945 y 1946.

Umbriel, con el subtítulo de *Ensayos de Ilusión y Desilusión*, es una serie de reflexiones que expresan la distancia desde la que el hombre maduro, que se siente en el umbral de la ancianidad, contempla el mundo que lo circunda.

La biografía de Leandro Valle y la última versión de la *Vida de Morelos*, parece que confirman mi afirmación inicial sobre la vida de Teja Zabre cuya trayectoria en curva elíptica parte de la ideología liberal y vuelve a ella cerrándose en sus últimos años, después de pasar por el radicalismo de la euforia revolucionaria, para afirmar en ella, por fin, la justificación de sus más íntimas convicciones.

Todavía en 1962 se publica, como obra póstuma, *Lecciones de California*, obra de gran erudición llena de interesantes y curiosas anécdotas acerca de la historia de California, en plan local y monográfico que desentona con el contexto general de su visión. Quizá el historiador aspiraba a empezar de nuevo utilizando otros métodos de investigación y el tiempo no le hizo dable continuar.

CAPITULO II

IDEA Y METODO DE LA HISTORIA

Filosofía de la acción.

No hay continuidad en la orientación filosófica de Alfonso Teja Zabre. La inestabilidad en lo que fue su evolución de escritor obedece lo mismo a los imperativos de su sociedad que a las sugerencias de sus lecturas —más de 300 obras por él citadas, por lo menos.

La primera nota sorpresiva de su acervo es una curiosa pervivencia de la idea o creencia en una fuerza sobrenatural que influye en los acontecimientos sociales, determinándolos. Tácita aceptación de la interpretación providencial histórica que, si bien con nombres diferentes, “no puede negarse que (es) una de las más poderosas fuerzas históricas, por ignorancia o por esencia, vagamente señalada con los términos de divinidad, predestinación, némesis, fatum, azar, kismet, ananké, fatalidad o sino.” (1).

Ya en la primera edición de la *Vida de Morelos* había hecho constar su reconocimiento a ese destino causal cuando dice: “... así como es justo reconocer a la fortuna y el azar favorable la parte que les corresponde en los éxitos, así también es lógico señalar en los desastres una participación al azar adverso y a la fatalidad, sin que la admiración y el amor oculten los errores y torpezas” o bien, cuando al explicar el proceso y captura de Morelos, considera que “... todo el complicado mecanismo de fórmulas, competencias, jurisdicciones, autos de fe, degradación, no era más que desviar el camino del cadalso, sin que durante la prórroga, propicia a los desfallecimientos, pudiera

1) Alfonso Teja Zabre. *Historia de México. Introducción y Sinopsis. La Biografía de México*. Universidad Nacional de México, 1933, p. 77.

sobrevivir ninguna influencia salvadora. Ningún esfuerzo humano era capaz de suspender o esquivar el decreto de la fatalidad." (2).

La Historia y Tragedia de Cuauhtémoc (1929) está igualmente impregnada de ese tono de resignación patriótica que lo mismo puede ser consecuencia de un espiritualismo, incorrectamente utilizado, que una derivación literaria del poeta que siempre estuvo presente como componente de su personalidad.

Su figura de historiógrafo está hecha de diversas contribuciones: desde el vitalismo, introducido por Antonio Caso, pasando por el materialismo histórico marxista y la teoría dinámica de Henry Adams, hasta la síntesis o simple fusión incompleta e inacabada de todas las tendencias de su tiempo.

Lo anterior no resta mérito a sus aportaciones, ni es lícito juzgarlas equivocadas. Todo lo contrario, hacen ver refleja en su mentalidad sensible y honrada que se atreve a "volar con la altura de sus alas", como dijo Ermilo Abreu Gómez, la necesidad de revisar las interpretaciones de la historia de México cada vez que las inquietudes de las cambiantes realidades lo exigieron, no como verdades valederas para la eternidad, sino como urgidas respuestas a las interrogantes de su hora y de la situación.

Para los historiadores, así como para los filósofos, dice el mismo Teja Zabre, ya no "es problema vital resolver si hay o no progreso, si el progreso es dudoso en moral o relativo en técnica industrial... La vitalidad de escuelas como el enciclopedismo y el cartesianismo consiste en que los filósofos salieron a la plaza pública y atacaron los problemas que reclamaban las necesidades sociales urgentes de su tiempo. Las antiguas cuestiones se vuelven temas de gabinete o de academia, asuntos abstractos y a veces verbalistas, conceptuosos o retóricos. Los nuevos problemas son los que la filosofía debe atacar, precisamente para no ser 'ancilla Theologiae', sierva retrasada, sino fuente de acción." (3).

Es necesario avocarse a pensar en las cuestiones concretas que al filósofo se le presentan frente a frente; es menester salir de esa torre de marfil en que los intelectuales pretenden encerrar su actividad, salvando así la responsabilidad que como seres humanos tienen ante

- 2) A. Teja Zabre. *Vida de Morelos*. 2a. ed., México, Andrés Botas, editor; 1916 p. 122 y 205.
- 3) Teja Zabre. *Biografía de México*, p. 11. *Ibid* en *Teoría de la Revolución*, México, Ediciones Botas, 1936, p. 68-69.

sí mismos de vivir y pensar en su momento. De no hacerlo así, el hombre de cultura está condenado a la servidumbre; será esclavo de ideas y creencias que no son suyas por pertenecer a otra circunstancia y que por tanto lo someten a condiciones de vida y de pensamiento fuera de su realidad. /Y ésta es la peor forma de servidumbre que pueda existir: la enajenación a un pasado muerto por inactual, en lugar de la vida en un presente que asimila y por lo tanto *vive* ese pasado. "La filosofía es sierva, como es sierva la historia, cuando en vez de coger a la realidad y revestirla con sus fórmulas actuales, sigue trabajando sobre ideas y conflictos que ya no son actuales, que nunca lo han sido o que han dejado de serlo, porque ya no responden a las necesidades del presente, comenzando con el vocabulario. Ideas inactuales son puras palabras, y palabras sin eficacia viviente son retórica o fraude. Sólo es verdadero lo que es fecundo, actual es lo que actúa." (4).

La filosofía, pues, para ser reconocida como valor en la cultura, ha de ser dinámica y móvil, expresión fundamental del mundo y de la vida actuales; cambiante en consecuencia. La reflexión filosófica ha de tener presente al hombre y sus problemas y sus conclusiones tienen sentido cuando lo habilita para encararse a ellos; de lo contrario será una "filosofía burguesa", acartonada, anquilosada, inmóvil, inútil para superar las inquietudes del presente. No se concibe aquí la Filosofía como sistema o como estructura de ideas acabadas, sino como orientación renovable, como fuente de creación de poder variable.

La tarea del filósofo es "...descubrir los nuevos valores, cristalizar las nuevas inquietudes, plasmar las necesidades sociales y fincar las conquistas del movimiento vital, en fórmulas eficaces de carácter político, espiritual, ético y estético. Así el pensamiento no es siervo, sino parte integrante del equipo, de la utilería, del instrumental que se aprovecha en consolidar las nuevas estructuras." (5).

He aquí una decidida toma de posición, repercusión o concomitancia de la polémica Lombardo-Caso que se inicia en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos (Sept. de 1933) y se continúa públicamente en la prensa diaria en 1934-1935.

Representativos de dos tendencias de gran vitalidad operante en la acción de dos sectores de la población escindida, los polemistas polarizaban sus argumentaciones en el dilema que la ineludible activi-

4) *Ibid.* p. 11. También en *Teoría de la Revolución*, p. 69.

5) *Ibid.*

dad política del régimen presentaba: el saber, la educación y la cultura ¿han de mantenerse al margen e indiferentes en lo que se refiere a la problemática de la sociedad y sus relaciones económicas, de las preocupaciones económico-sociales del país en un instante cumbre de su esfuerzo de afirmación reconstructora?, o bien ¿han de aceptar como propios los problemas de la realidad con una ideología definida, la del socialismo, para encauzar en sus principios las otras actividades de la vida mexicana, nulificando lo que los del otro frente consideraban "sagrada" libertad de pensamiento?

Teja Zabre se alinea en la corriente que sólo concede sentido al filosofar en cuanto que su objeto sea la realidad social para indagar en ella elementos útiles para superarla, integrándose así a la historia como partícipe de la vida de su pueblo y de su mundo. Esa realidad, estímulo de entusiasmos y hasta de pasiones, era el régimen de gobierno cardenista imbuído en una atmósfera socializante en sus proyecciones y en sus tareas. Entonces, el historiador siente y se abroga la obligación de cumplir antes que nada con el interés social preconizado por el marxismo; no es sino "un obrero en ideas", como él mismo se caracteriza, constructor de nuevos órdenes en los que las clases trabajadoras llevarán la solución de los asuntos públicos. El pensador, pues, está al servicio de la comunidad; su filosofía ha de ser, así lo proclama "...la filosofía social, proletaria, de masas y colectivismo, la filosofía de la acción, con pragmatismo y relatividad." (6).

Filosofía de la acción, con pragmatismo y relatividad, subrayo. Luego, el conjunto total de una doctrina, el marxismo en este caso, tiene que ser adaptado y modulado de acuerdo con las peculiaridades del pueblo en que se aplique, pues las ideologías han de tener el ritmo de variabilidad que la circunstancia a la que han de servir les imponga. Con lo cual se adentra el historiador en el área del historicismo actual, sin llegar a ubicarse en él completamente, porque no se lo permite su persistente idea esencialista de la historia y de la filosofía, declarada cuando dice que "...la filosofía es en cierto sentido eterna, y tiene proporciones infinitas en más de cuatro dimensiones..."; comprimiendo las variantes convenientes y útiles de la doctrina únicamente a los objetos de la reflexión y a la forma de abordarlos.

Parte específicamente sensitiva de una relación unitaria con el mundo exterior, el hombre, el pensador no sólo no hace profesión de

6) *Ibid.* p. 10; en *Teoría de la Revolución*, p. 67.

fe en ninguna de sus posturas, sino que hasta llega a ser contradictorio, en lógica y natural correlación con el estado crítico del pensamiento mexicano en general, pero especialmente en el aspecto de la conciencia histórica.

Consigue así mantener independiente su criterio y selecciona los conceptos que le parecen convincentes de cada conquista del saber para reelaborarlos y construir un ideario suyo, propio, con el que hasta llega a diseñar importantes y nuevas formas de enfocar la historia.

Es explicable, pues, que rechace el dogmatismo de la doctrina social marxista que aceptara en un momento para únicamente "dar cabida a lo que es más válido y fecundo de las doctrinas sociales modernas", asimilándolo e integrándolo a lo que llama "el gran cuerpo de la cultura universal". (7). Nos extraña no encontrar la connotación expresa de los términos "más válido y fecundo" que tiene que sacarse de entre líneas. Y no es que Teja eluda exponer con claridad su pensamiento, sino que da por sabidos o por sobreentendidos los supuestos y no siente la exigencia de ahondar más en sus conceptos para esclarecerlos.

Característica común de los escritores contemporáneos parece ser ésta de delinear su modo de pensar esquivando los temas básicos y dejar a las generaciones por venir la tarea de dilucidarlos. Viviendo, como viven, la destrucción de una era, se limitan a señalar la forzosa adopción de otras modalidades del pensamiento para explicar y reconstruir la nueva realidad social, pero sin precisar suficientemente su validez fundamental.

En el caso particular de Teja puede y creo que debe admitirse que es sincera su afiliación a la doctrina que por de pronto juzga verdadera y útil, aunque posteriormente la abandone convencido de que es inapropiada para la idiosincracia, las necesidades y las aspiraciones colectivas del momento, o porque no se acoplan a la intimidad de sus convicciones. Más tarde dirá, refiriéndose al trabajo histórico: "Como actividad desinteresada de investigación, puede ser de importancia fundamental. Como sierva de la política, puede ser respetable en un régimen de palabra y de pensamiento, pero su eficacia es muy dudosa". (8).

7) *Teoría de la Revolución*, p. 45.

8) A. Teja Zabre. *Leandro Valle, un Liberal Romántico*. México, Imprenta Universitaria, 1956, p. 155.

¿Cuál es, entonces, la función que la historia desempeña en la vida social y qué lugar ocupa en el panorama general del conocimiento?

Mosaico de teorías.

Teja Zabre presencia el desplome del positivismo y se percata, testifica y padece la anarquía de la historiografía, carente de bases teóricas definidas y precisas. "Al derrumbarse la construcción positivista, dice, la historiografía dio una especie de salto mortal en el vacío... Los espíritus de tendencia reaccionaria creyeron que había llegado la oportunidad de confesar la bancarrota irremediable de la ciencia. Según matices, hubo partidarios del estancamiento doctrinal aferrado al positivismo por rutina, amigos del retorno al romanticismo, al liberalismo clásico, a la teología, a los espiritualismos disfrazados de teosofía, de budismo, de cristianismo evangélico, o por el rumbo de la política militante, hasta la teocracia y el absolutismo". (9).

Se refiere a los sistemas filosóficos de Occidente en general, pero claramente alude también a los ateneístas que introdujeron a México encuadramientos intelectuales a los que no se ajustaba la realidad que fue consecuencia mediata de la Revolución de 1910.

El análisis crítico y el abatimiento del positivismo en México resaltó el dilema entre cuyos términos se realizaba el conocimiento histórico: era éste una simple colección de datos sin sentido, arreglados en narraciones estimables por su mérito literario, o se erigía en una rama de la Ciencia, y entonces habría de estar sujeto a leyes universales. El positivismo no ofrecía más términos de elección que reducir la vida entera a fórmulas y clasificaciones estrictas de acuerdo con sus principios, o dejar derivar a la historia hacia la novela y la metafísica.

La realidad social post-revolucionaria rebasaba los términos de la disyuntiva y hacía sentir la necesidad de buscar y de encontrar otras formas de interpretación histórica. Entonces, dice Teja, "en lugar de la filosofía de la historia se empezó a formular una nueva rama del conocimiento que se ha llamado morfología de la historia o historiología o doctrina de la historia. Vuelve a hablarse de una interpretación económica, de una interpretación cíclica y de una interpretación biológica, es decir vital, radical, pluralista". (10). Mosaico de teorías,

9) *La Biografía de México*, p. 13.

10) *Ibid.* p. 14.

pluralidad de puntos de mira que aunque de pronto no fueran comprendidas las implicaciones conceptuales de sus términos, estaban indicando que no es posible la fundamentación única y excluyente del conocimiento histórico.

Teja Zabre, a quien estamos presentando como ejemplo, toma la doctrina de la interpretación económica como base, que a su vez, tiene que apoyarse en consideraciones biológicas, sin decir por qué, para legitimar lo que llama "morfología de la historia" o "historiología"; término éste que sólo puede contener una anticipación germinal del pensamiento de Ortega y Gasset.

Esboza una no muy clara filosofía vitalista de la historia, al afirmar que el autor de la historia no es el *homo sapiens*, el hombre que cree saber, sino el *homo faber*, el hombre que fabrica, puesto que la invención mecánica es su actividad esencial, y por lo tanto, es el motor de la historia. Aún en la actualidad, agrega, la vida social gira alrededor de la invención y el uso de instrumentos artificiales, ya que "cada especie, en el acto por el cual se constituye, va a lo que le es más cómodo" utilizando su capacidad mental para la fabricación de auxiliares mecánicos de su trabajo, cuya posesión, a su vez, origina las diferencias que son la causa de la lucha de clases.

Además, la utilización de esos instrumentos mecánicos determina la evolución de la historia en ciclos, evolución que explica con Oswald Spengler y con Lamprecht quienes afirman que la historia se divide en edades de cultura en constante movimiento que nacen y se desarrollan hasta llegar a un punto culminante en el que las ideas motrices de ese ciclo se petrifican, chocan con las que nacen y provocan una crisis que produce un nuevo ciclo o edad de cultura.

Puede verse a través de la doctrina spengleriana —que acoge— su idea de México, y también un cierto grado de retención positivista cuando admite que el tratamiento histórico de una cultura puede hacerse como si ésta fuera un organismo y pudiera identificarse su ciclo vital con el devenir histórico. Utilizando, parcialmente, la teoría de Lamprecht, parece querer conciliar las dos posiciones "ciclísticas", admitiendo el psicologismo del filósofo alemán y conectándolo con el desarrollo de los pueblos considerado como el de la vida de un ser humano, y hasta llega a proponer la concordancia de ambos con el marxismo cuando afirma que Lamprecht finca en la estructura económica uno de los factores principales de creación del pensamiento que, en un momento dado, tropieza con la mentalidad anterior esclerosada, produciéndose la crisis renovadora.

Llega de ese modo a la convicción de que el factor económico es la base de la interpretación histórica. El materialismo ha venido, dice, a corregir dos defectos de las antiguas teorías históricas: "en primer lugar, se estudiaba de preferencia el motivo ideológico o idealista de la actividad humana, sin buscar el origen o la causa anterior de tal actividad, ni sus relaciones y desarrollo de acuerdo con las instituciones sociales y la producción de los elementos necesarios para la vida. En segundo lugar, se ignoraba o se descuidaba la actividad de las masas, sus condiciones de vida y su participación en las funciones sociales. Sólo se presentaban hechos desnudos sin ilación, o aspectos parciales, incompletos o sin movimiento". (11).

Muy justamente hace ver que los diversos modos de interpretación histórica están condicionados por los sistemas de ideas vigentes en el momento y lugar en que se producen. (12). Por eso es fácil entender que la interpretación económica de la historia, indebidamente llamada materialismo histórico, como el propio Teja Zabre aclara, haya podido surgir poderosamente, si bien transformándose hasta llegar a ser una interpretación humanista, biológica y realista. En efecto, dice, "si la revolución proletaria hubiera sido aplastada, como parecía, por el auge del capitalismo, tal vez el espiritualismo habría podido arraigar o darle nuevos matices a la filosofía contemporánea. Pero la transformación, derrota o renovación de los sistemas capitalistas, permitieron la rehabilitación" de esta interpretación histórica que atiende primariamente al factor económico. Y condensa su criterio diciendo: "El hombre no importa. Lo que importa es que la selección de los hechos y su encadenamiento se hagan de acuerdo con

11) *Ibid.* p. 57.

12) El mismo autor dice: "Sería interesante examinar los diferentes aspectos de la interpretación histórica, para comprobar que las doctrinas de mayor circulación en cada época corresponden a corrientes de actividad política y social. Así podríamos advertir que la interpretación de tendencia realista y materialista, con predominio del factor económico sigue caminos contradictorios, ya sea que prefiera la línea positivista spenceriana o la línea dialéctica y marxista. Los teóricos del nazismo trataron de crear una nueva doctrina, continuación de la formulada en la Decadencia de Occidente, como lógica consecuencia de la guerra de 1914-18, a la de 1939-45; para ello dieron el nombre de geopolítica a una mezcla de historia, geografía y política militar, que merece la atención porque estuvo a punto de convertirse en estatuto de un mundo totalitario... Por último, debería estudiarse también el renacimiento de la interpretación providencial de la historia con inclinaciones religiosas o místicas, como reacción contra el positivismo y el materialismo", en *Dinámica de la Historia y Frontera Interamericana*, México, Edic. Botas, 1947, p. 28.

el movimiento social del presente para crear una obra viva y eficaz". (13).

Su materialismo no es el materialismo histórico puro. El materialismo histórico, según él, es un punto de vista superado por una nueva teoría biológica, cuyo principal expositor es Jacobo Von Uexkull en su libro *Ideas para una concepción biológica del mundo*, en el que se sostiene que el ser vivo no es una máquina, sino que los organismos vivos se encuentran en constante transformación, dando lugar a nuevas especies por repentinos e inmediatos tránsitos. "Lo esencial en el animal no es su forma, sino la transformación; no la estructura, sino el proceso vital, 'El animal es un puro proceso'. Lo mismo puede decirse de una cultura que si no es un organismo, se parece mucho a un organismo". (14).

Corroborando ilustrando la tesis biológica con la vida animal en la que cada organismo exhibe las características de su dependencia en reciprocidad con el mundo físico-geográfico. Se constituyen en diversidad unitaria con ese mundo y el uno existe por el otro y a la inversa. La piel del oso blanco es un hecho que se da en Groenlandia y las patas saltadoras del canguro son adaptación correspondiente a las estepas de Australia.

Las antiguas interpretaciones como la providencialista, en la que el hombre sólo es instrumento de una Voluntad Omnipotente, cualquiera que sea el nombre con que se le reconozca; o la materialista, según la cual los movimientos sociales pueden calcularse como fuerzas físicas o combinaciones químicas; o la marxista, dentro de la que el factor económico constituye el motor de la historia, no son suficientes. La interpretación biológica, en cambio, supera la unilateralidad y la parcialidad de las anteriores, porque las comprende a todas, limitándolas o ampliándolas, como en el caso de la lucha de clases, en que el marxismo sitúa el principio y el fin del movimiento social, y que la interpretación biológica considera como el descubrimiento genial de un fenómeno permanente.

El biologismo, en una aplicación peculiar, coloca a Teja a un paso del circunstancialismo de Ortega y Gasset, pues reconoce y admite la relación entre el organismo y su medio y ello implica la percepción de una realidad integral, viva, móvil, del hombre con todo lo que lo rodea. Pero "todo lo que rodea" al hombre es el mundo físico,

13) *La Biografía de México*, p. 12.

14) *Ibid.* p. 59.

más los sistemas de ideas, la herencia cultural e histórica y, sobre todo, esa determinante realidad que es la comunidad, su sociedad; y no está incluida todavía en el biologismo esa compleja concepción de "la circunstancia". Aun así de reducida la idea de Teja del mundo externo como simple ambiente físico, es una de sus aportaciones valiosas para la historia de México que posteriormente será completada.

La teoría dinámica de la historia de Henry Adams, hombre erudito y de gran devoción estética, es, asimismo, parte de lo que hemos llamado mosaico de teorías en la mentalidad de Teja Zabre, quien la capta y la expone esquemáticamente diciendo que está constituida por una tesis en su primer trabajo (*Mont Saint Michel y Chartres*), una antítesis en el segundo (*La Educación de Henry Adams*), y por último, una síntesis en lo que es la médula de su teoría dinámica de la historia. Nos ha parecido difícil —aclaramos— encontrar en las obras de Adams esa relación dialéctica. Teja, en cambio, piensa que se halla en el sentido místico de la primera teoría histórica de Adams, como tesis; después esa misma teoría se ve destruida por una educación erudita que acaba con el sentido religioso que hacía que Adams viera en la Virgen el motor de la historia, por los sentimientos que a los hombres inspiraba, y finalmente, el dinamismo histórico como síntesis de las posturas contrapuestas precedentes.

Del análisis que Teja Zabre hace de la obra de Adams, es interesante destacar la utilidad que a su manera de ver tiene el estudio de las doctrinas históricas como elementos de un método o como testimonios parciales de evidencia en aquello que pueda deducirse de todos de manera uniforme por un esfuerzo de selección y de síntesis. Lo que significa que no acepta la existencia de una doctrina interpretativa de la historia que tenga validez universal, puesto que estará, en todos los casos, afectada de las limitaciones del ángulo visual, tanto como de las determinantes circunstanciales de la persona, y así lo dice: "cada filosofía de la historia, lo mismo que cada filosofía, tiene mucho de personal y de biográfico". (15).

Se puede colegir, entonces, que Teja es consciente de que al historiador sólo le es dable captar aspectos parciales del desarrollo humano, y con la visión de los demás historiadores lograr, más redondos y completos, conceptos de más alto grado de valor, pues las ideas conservan su latencia a través del tiempo y se vivifican con sucesivas reelaboraciones en nuevas teorías.

15) *Dinámica de la Historia*. p. 28.

Localiza el pensamiento de Henry Adams como „producto del ambiente en que se desenvuelve y así lo dice: “Adams tuvo la obsesión de creerse un fracasado y la debilidad de querer arrojar la culpa de su falta de éxito a su medio y a su época, caracterizadas por la expansión poderosa del maquinismo industrial. . . Su razón, auxiliada por la ciencia de su tiempo, lo llevó a plantear su teoría, que es en su origen la expresión más refinada del materialismo y de la mecánica”. (16).

Es lógico que en la época en que el maquinismo da la sensación de haber llegado a su apogeo, se acometa la formulación de una teoría histórica que aspire a tener certidumbre matemática para explicar el desarrollo de las sociedades humanas. En efecto, la teoría dinámica de la historia considera al hombre como una masa sujeta a fuerzas de atracción y repulsión de la Naturaleza, y llega así a una concepción del progreso como desarrollo y economía de fuerzas y a una noción de la historia como suma y resta de energías. El uso de los metales, la invención de los transportes, la aparición del arte y hasta la religión, son fuerzas que actúan sobre los grupos humanos determinando su evolución. De esta manera resulta consecuente pensar que el fin del Imperio Romano, la construcción de las pirámides de Egipto, o la monumentalidad de la catedral de Chartres son el resultado natural de la acción de tales fuerzas, materiales o espirituales, que en su movimiento constante producen esos resultados. Por este camino, opina Teja Zabre, glosando al historiador norteamericano, “podría llegarse a descubrir que la teoría dinámica de la historia es en realidad la más antigua de las teorías. . . El mecanismo es idéntico, llámese Dios o Naturaleza, y la historia no tiene obligación de decidir si el Universo tiene una finalidad y si la energía primordial es una o múltiple”. (17).

Y aquí tenemos ya a la historia definitivamente separada de la filosofía y configurada como ciencia, en el sentido más estricto, puesto que su función se limita a descubrir las leyes que rigen los movimientos de las fuerzas actuantes en el progreso, pero no a definir su esencia.

En apoyo del análisis que Teja hace de la teoría dinámica de la historia, recurre a las afirmaciones de Brooks Adams, hermano de Henry y también historiador, encontrando en ellas mayor precisión por cuanto éste cree descubrir la ley del devenir humano de la misma

16) *Ibid.* p. 33.

17) *Ibid.* p. 50.

manera con que se formulan las leyes del mundo físico, en el cual el pensamiento consciente tiene una mínima importancia, mientras que la energía y la aceleración son las fuerzas determinantes que mueven al hombre en su trayectoria temporal. Si el hombre es masa, y su historia es movimiento, será posible medir y definir a ambos por medio de procedimientos matemáticos que se aplicarán después a la realidad de los movimientos sociales o económicos.

Teja Zabre entiende que el reconocimiento de la importancia de la doctrina de Adams no comporta necesariamente su aceptación como teoría científica, porque el fenómeno histórico no es susceptible de experimentación, ni de comprobación causal, ni de medición precisa. La observación del hecho histórico siempre será incompleta, ya que saliendo de la pura erudición del hecho desnudo, aparecerá siempre la conjetura y la opinión diversa. Los móviles, las intenciones, la finalidad, quedan fuera del procedimiento científico porque la razón humana es limitada, mientras que el campo del fenómeno histórico es infinito en extensión y en complicación.

A pesar de todo, en algunas ocasiones los historiadores precisan de los conocimientos de la física, para utilizarlos "aunque procedan con temeridad de principiantes". Las ideas de los Adams, con sus principios de física aplicados a la interpretación histórica, tienen validez por cuanto son susceptibles de integrarse en otras doctrinas, ya que es lícito, y a veces conveniente, aceptar la pluralidad de los puntos de vista, escogiendo a manera de método o hipótesis una perspectiva convencional. Así, la teoría dinámica de la historia puede ofrecer sugerencias fecundas como puntos de partida en nuevas formas de interpretación. (18).

18) Estas sugerencias novedosas para renovar la interpretación de la historia pueden resumirse de la siguiente manera:

- "1. Todas las teorías de carácter científico que han tenido aceptación y circulación significan un esfuerzo de la inteligencia para ordenar y entender los fenómenos del Universo. El simple acto de ver, de contemplar o de conocer, ennoblece a la condición humana.
- "2. Aunque no se lleguen a formular leyes completas de causalidad en la Historia, hay bastante en ella de enseñanza, ejemplaridad y consejo para justificar su antiguo prestigio de maestra en política, moral, derecho y arte. La doctrina histórica es instrumento y método para aprender y enseñar. Toda teoría formal es cuando menos una hipótesis o un presupuesto. Podemos tomar en este punto el ejemplo de la meteorología y en particular el moderno análisis de las masas de aire. Es mucho pretender que se llegue a una precisión exacta e infalible de los vientos, pero los progresos de la navegación aérea han aumentado el campo de la investigación y a la vez los progresos en la previsión del tiempo han favorecido a la aeronáutica. Las corrientes migratorias

Lo que a nuestro juicio es más importante en el ensayo sobre la tesis de los Adams es haberla tomado como índice de un estado de conciencia individual y colectiva. Es decir, que por primera vez se encuentra en un estudio historiográfico mexicano el reconocimiento del mérito y la utilidad que representa una teoría de interpretación histórica, más que por su calidad de obra de arte, por la revelación de las ideas y de los sentimientos de un grupo, clase o nación, independientemente de que acierte o no en sus conclusiones, pues las ideas no tendrían valor, ni siquiera resonancia, "si no fueran un reflejo anticipado o posterior de la realidad social". (19).

Idea de la Historia.

Su idea sobre la historia no se encuentra particular y concretamente expresada. Tiene que ser decantada a lo largo de la lectura de sus libros, especialmente de *La Biografía de México*, de la *Dinámica de la Historia* y de la *Teoría de la Revolución*.

Se infiere, en primer lugar, que conceptúa a la historia como una forma del conocimiento, lo cual parecería obvio e incuestionable, consecuentemente sin importancia. No es así, sin embargo, cuando se toma en cuenta que todo conocimiento implica, para su obtención, una manera de ver el objeto cognoscible y método apropiado para que tal objeto sea aprehendido por quien pretende conocerlo. Y del enfoque, tanto como del instrumental utilizados por el historiador dependerá la interpretación que del hecho histórico se haga y, por tanto, los cambios perceptibles del acontecer, ya sea que se opte por una u otra forma de apreciación, pues cada cual tiene sus puntos de refe-

humanas y las influencias demográficas son sin duda más complicadas que el movimiento de las corrientes atmosféricas, pero ya se ha logrado aunque sea en pequeña parte, conocer sus tendencias, contenerlas y encauzarlas.

3. Por lo que tiene de verdad y lo que adquiere de mística la interpretación histórica, es una especie de estatuto para una época, o un grupo o una clase social. Es la base de un programa o de una constitución, por convicción y por convenio, es totem e icono, santo y seña, bandera o consigna.

- "4. En este sentido, la teoría dinámica de Henry Adams es una manifestación digna de estudio. Está ligada directamente con el pensamiento de Brooks Adams, que se supone factor de influencia en la época del auge capitalista en los Estados Unidos. Más bien, las dos fórmulas de interpretación son reflejos de la conciencia de un grupo que representaba la aristocracia de los fundadores del imperio industrial, último vástago de una estirpe, ya refinada y debilitada, que sentía la inminencia de una nueva época". En: *Dinámica de la Historia*, p. 78-79.

19) *Dinámica de la Historia*... p. 76.

rencia, que determinan valoración, preferencia, y acomodo jerárquico integrador.

En muchas ocasiones el mismo concepto de la historia como forma del conocimiento —digo, las ideas sobre objeto cognoscible y forma de aprehensión—, no están claras y definidas en la mente del historiógrafo. Cabe opinar por ello que una de las tareas previas e imprescindibles de quien con aspiraciones profesionales se acerque a la historia es la de enterarse de las directrices hermenéuticas de otros historiadores.

¿Por qué afirmamos que Teja Zabre entiende la historia como forma del conocimiento? "...en la filosofía de la historia —responde él mismo—, importan ya poco las disputas sobre el carácter científico de los estudios históricos, porque ciencia o no ciencia, la historia es conocimiento", añadiendo después que "...la historia trata de fenómenos complicados, llenos de obscuridades y misterios, que la historia moderna empieza apenas a revelar y que la historia antigua no ha tratado sino ocasionalmente y sin método". (20). Y ya en estas palabras se encuentran elementos para afirmar lo afirmado y analizar el objeto —fenómenos complicados, llenos de obscuridad y misteriosos— y la manera de conocer, pues al menos señala una distinción al separar la historia antigua de la moderna.

El objeto de conocimiento de la historia —aceptando provisionalmente como exacto lo que aprendimos en nuestros estudios elementales primarios—, es el conjunto de los acontecimientos del pasado del hombre. Pero lo que importa averiguar es precisamente la naturaleza de ese pasado, pues si fuera dable pensarlo como uno e inmutable, como un bloque de granito, sería relativamente sencillo captarlo con los procedimientos de las ciencias naturales. Y Teja Zabre no admite, con razón, semejante posibilidad; ya que tratándose, como se trata, del pasado del hombre, la mutación le es connatural; consecuentemente sus acciones por necesidad han de tener signo diferente en cada instante. El hombre ES porque está siendo, y está siendo porque SE ESTA HACIENDO.

Sin embargo, piensa Teja, a pesar de las transformaciones de las formas externas de las actividades humanas, existe por debajo de la apariencia, en alguna parte, un principio generador que ha de servir de indicador en la investigación, no como una trayectoria geométrica establecida, sino como orientación general de un proceso que

20) *La Biografía de México*, p. 11.

es sucesión y cambio. "La forma de las instituciones, la organización política, las manifestaciones de la moral, de la religión y del arte, obedecen a un ritmo universal, aunque los detalles de la decoración o los sucesos episódicos tengan variedad infinita". Y agrega: "la línea directriz sólo puede fijarse en cuanto a la orientación y marcha del conjunto, no como si se tratara de un organismo individual, de una planta o de un ser vivo, informe y enorme... esa orientación general para el hecho histórico, para los efectos de explotación de causas y explicación o aclaración para fines didácticos, se encuentra principalmente en la constante fermentación, en el flujo y reflujo perpetuo de los grupos humanos que tienden a reunirse en clases según las necesidades imperiosas del régimen de producción económica, en el movimiento vital de los hombres que se esfuerzan por lograr su sustento y su mejoramiento material y espiritual, sus apetitos y sus ambiciones". (21).

Es decir, si la historia misma es objeto del cambio, puede descubrirse en ella algo permanente que es la conciencia del cambio, o sea, que la única constante de la historia es el cambio mismo.

Por otra parte, el interés del estudio de la historia radica en que al efectuarse el proceso cambiante del devenir histórico, las estructuras culturales no se destruyen, sino que se integran en las nuevas, yuxtapuestas o asimiladas; consecuentemente se hallan presentes en el presente.

La influencia del vitalismo es evidente y así se corrobora cuando cita a Bergson en su apoyo al hablar de los conceptos de duración: "Uno de los fundamentos de la historia moderna tiene su origen en estas breves líneas: "El organismo viviente es cosa que dura. Su pasado se prolonga totalmente en su presente y ahí permanece actual y activo. Si así no fuere, ¿se podría comprender que atravesara por fases definidas y cambiara de edad: que tuviera en suma, historia?" (22). En el vitalismo encuentra el respaldo necesario para explicar la cualidad de "cambiante" del pasado; pero agrega, además, que por ser creación humana el pasado es múltiple; por tanto, presenta otra dificultad para su aprehensión y comprensión. Ninguna disciplina puede aspirar a agotar la totalidad de su objeto, menos aún, tratándose de los hechos históricos que, en todo caso, deben ser selec-

21) *Ibid.* p. 18.

22) *Ibid.* p. 16.

cionados con un criterio de "lo que es histórico" en la sociedad y en su evolución.

La selección no se hace por la importancia que los sucesos pudieran haber tenido en el momento en que acaecieron, sino en atención a los requerimientos, las simpatías, las necesidades y los intereses de las clases dominantes en cada época. Puede afirmarse, en efecto, que las clases dominantes imponen sus patrones de vida al resto de los grupos de la sociedad como una de las formas de control social; pero aún así, se dan en todas las épocas visiones disidentes de los hechos históricos, separadas o contrarias a las opiniones oficiales.

Esa diversidad de los acontecimientos que hay que ordenar con un criterio selectivo de lo que se considere como *histórico* por cada postura doctrinaria, Teja la percibe "... como una curva de evolución un movimiento de ondas que asciende y desciende: así como las clases sociales suben, crecen, llegan a su apogeo y después se estancan y descienden, la historia sigue su movimiento ondulatorio. Se hace una historia conservadora y una historia insurgente, historia de derecha e historia de izquierda, historia revolucionaria e historia reaccionaria". (23).

La conciencia de que el relato histórico no es desinteresado, pues su interpretación está influida y determinada por la filiación del intérprete que, a su vez, es parte de un grupo social y por consiguiente de la sociedad total en un determinado momento de su evolución, es otra de las caracterizaciones que Teja hace de la historia. Es decir, que en él hay el convencimiento de que el análisis del pasado no puede hacerse completamente objetivo, puesto que se basa en preferencias condicionadas, con lo que la historia deja de tener aureola de imparcialidad y los historiadores prestigio de campeones de la verdad con el que no era raro que encubrieran, en algunos casos, incapacidad o cobardía.

El tránsito de la teoría a la práctica no es sencillo. En el propósito pueden hallarse tropiezos que el historiador no barrunta y por tanto no puede esquivar y por eso se desvía o se frustra. La evolución de las ideas pocas veces es revolución violenta; normalmente se efectúa por avance lento, aprovechando todos los peldaños que cada pensador va dejando a la posteridad, por cortos que ellos sean.

La de Teja Zabre no es obra brillante de innovación revolucionaria; es el resultado de un trabajo conciso de empeñosa síntesis

23) *Ibid* p. 12.

de elementos cuya validez subsiste, con los nuevos planteamientos que van configurándose y cuya definición más acabada corresponderá a otros pensadores.

Citando a José Ingenieros dice que cada joven generación debe "repensar" la historia, pues la recibe corrompida de manos de las generaciones anteriores que han acomodado los valores históricos a un régimen caduco de intereses creados; "es obra de los jóvenes transfundirle su sangre nueva, sacudiendo el yugo de las malas idolatrías. La historia que de tiempo en tiempo no se repiensa, va convirtiéndose de viva en muerta, reemplazando el zigzagueo dramático de devenir social en un quieto panorama de leyendas convencionales". (24). Se siente joven, y con impulso juvenil aplicará, o al menos tratará de aplicar, las nuevas ideas de interpretación histórica a estudios concretos de la evolución de México, que es el deber que le señala su realidad circunstancial. ¿Cuáles son sus objetivos?

Sabe, ciertamente, que la tarea debe ser emprendida y realizada por toda una generación que haga suyos, desarrolle y propale los nuevos conceptos de interpretación histórica; "porque de su difusión y conocimiento puede resultar una visión más generosa y humana de nuestra realidad nacional y nuevas orientaciones para plantear y resolver los problemas vitales de nuestra vida política, económica y social, la comprensión y la integración de la verdadera cultura mexicana". (25).

Propósito claramente expresado de integrar un concepto de la cultura mexicana; pero también, y más importante aún, expectativa de obtener en el estudio del pasado una nueva idea del alma nacional por el camino del conocimiento histórico. Es aquí, precisamente, donde eslabona sus objetivos y aspiraciones con los lineamientos generales del movimiento intelectual mexicano. Se encuentra, (1933), ante la oportunidad propicia al resurgimiento del interés histórico con nuevo sentido, que establezca las bases para el autoconocimiento del mexicano, de importancia primaria para la explicación y, también, para la justificación de su propia existencia.

El historiador guanajuatense se hace cargo de la importancia que adquiere en esa hora la investigación y la interpretación de la historia. El título en sí mismo del estudio que es el contenido de *La Biografía de México* significa que está presente en la mente de su autor

24) *Ibid.* p. 5.

25) *Ibid.* p. 75.

la imagen de un existente susceptible de ser biografiado, es decir, captado en los distintos momentos de su desenvolvimiento. México es descubierto como un ser viviente que evoluciona, al que se puede encontrar, que lo encontramos en un estadio de su vitalidad.

¿Cuándo nació? ¿En qué etapa de su vida se halla? ¿Qué es México en sí? ¿Qué piensa el autor de la esencia de ese ser que es México?

Trataremos de contestar posteriormente tan comprometedoras pero incitantes interrogaciones con las palabras del autor y con las limitaciones de nuestra propia capacidad, reiterando desde luego, que al emprender sus estudios históricos de mayor trascendencia Teja Zabre tuvo el propósito concreto de hacer el examen del proceso vital de un ente —México—, desde “sus orígenes” hasta la época contemporánea, “no deslumbrados o confundidos por la historia, sino guiados por ella para comprender mejor el presente y preparar el porvenir. Guiados por la historia, que ya no es la sierva de la teología, de la metafísica, de la literatura o de la política militante, sino uno de los auxiliares más poderosos en la lucha del hombre con la naturaleza”. (26).

Acometedor y resuelto adopta, al parecer en definitiva, una postura teórica interpretativa en *La Biografía de México* y en la *Teoría de la Revolución* cuando declara: “usando las palabras para sugerir, y no para definir, diremos que nuestra tendencia interpretativa quiere ser económica, realista, humana, lógica, vitalista, racional, pragmática, dialéctica. Y no quiere ser teológica, idealizada, romántica, jacobina, positivista, sectaria o intolerante”. (27).

Bien pronto había de sufrir retracción o encogimiento, por no decir contradicción este desplante de firmeza con el que de modo parcial realizó algunas de sus obras con autenticidad de convencido transitoriamente.

En el *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*, publicado en 1939, se registra ya otra muy diferente orientación: “a pesar de todo, —dice—, por encima de las interpretaciones sectarias, personalistas o apasionadas, la historia que acepte las normas clásicas de serenidad e imparcialidad, dentro de los límites humanos, es la que tiene más probabilidades de perdurar”. Y más tarde, en su discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Historia pronuncia lo que

26) *Ibid.* p. 74.

27) *Ibid.* p. 10. También en *Teoría de la Revolución*. . . p. 66.

podiera calificarse de enjuiciamiento de sí mismo al sentenciar: "Pasados los arrebatos de la juventud, y sin perder la línea directiva, sin abjurar de las convicciones fundamentales de la ideología, se puede contemplar la historia como un templo sereno de sabiduría, donde se rinde antes que nada culto a la verdad. La interpretación de los hechos y la aplicación de distintas escalas de valores son en último análisis cuestiones de temperamento, de simpatía o de influencias contingentes". (28).

Desconcertante, en verdad, resulta constatar que puedan conllevarse en la mente del historiador tendencias tan diversas de la investigación histórica. La una, que sostiene la pluralidad de captación de los intérpretes, según su postura ideológica, ya que el objeto de conocimiento no es inmutable, y la otra que considera la historia como templo de la Verdad, —de la Verdad Absoluta, por supuesto—, siguiendo el pensamiento arriba transcrito, y por consecuencia todo el acervo hermenéutico del pasado es contingente y no altera la invariabilidad de los hechos.

La incompatibilidad anotada acaso tenga explicación si se admite que, como se dijo antes, el cambio de las ideas que se han cristalizado en convicción por largo tiempo no puede ser radical, violento e inmediato. Las nuevas tienen que forcejear en proceso de asimilación o de eliminación con el pasado reprimido, pero viviente, hasta adquirir la operancia armónica requerida. Teja Zabre, al parecer, no advierte su contradicción y por ello no le es imputable.

Ha vislumbrado, en cambio, innovaciones metódicas importantes derivadas de un moderno concepto de la historia y esas anticipaciones lo sitúan dentro del grupo de historiadores de la actualidad. Es decir, con su gran capacidad receptiva de lo nuevo, llega hasta a iniciarse en la corriente circunstancionalista, pero sin desprenderse residuos esencialistas. Acoge la idea de la mutación, pero sigue operando en él la continuidad de los entes históricos que analiza.

El Método

Como toda disciplina del conocimiento, la historia tiene un método propio o apropiado del que depende el consecuente desentraña-

- 28) La primera cita se tomó del *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Botas, 1939, p. 6. La segunda está en el discurso pronunciado por Teja Zabre en su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia como Miembro de Número, y publicado en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, correspondiente de la Real de Madrid, México, Tomo XX, Núm. 3, Julio Septiembre de 1961, p. 216.

miento del significado de los acontecimientos, su valoración y su jerarquización.

El conocimiento, al ordenarse sistemáticamente, es la ciencia, nos recuerda Teja Zabre. Por lo tanto, no podremos entender cabalmente la obra de un autor dentro de la ciencia histórica si no sabemos ese criterio de ordenación sistemática que le ha servido para construir una teoría y presentarnos su imagen del pasado de los pueblos. "El bello sistema construido por un pensador se deforma en la realidad de la política o se petrifica para convertirse en dogma. Buscar el método que sirvió para levantar una obra es como hacer lo que el genio creador haría en nuevos tiempos y y en nuevas circunstancias". (29).

Las rutas del fenómeno histórico —continúa explicitando Teja— enormemente variadas y complicadas, parten de la consideración de los hechos desnudos que pueden conocerse en forma precisa y evidente sólo hasta donde lo permite la certidumbre de la mente humana; los anales, las efemérides, las crónicas, constituyen el punto de partida de la investigación histórica. Pero no pueden constituir por sí solos la totalidad de la disciplina de conocimiento del historiador. A los sucesos conocidos en forma precisa, en concreto, será necesario agregar nuevos detalles, destacando datos personales y biográficos, trazando perspectivas de fondo para conocer el escenario donde se mueven los hombres y en los que se implantan las instituciones; así la narración se amplía con el análisis de las causas, de los antecedentes y de las influencias mutuas, para ascender de ahí al panorama general de las culturas y, por último, arribar hasta la consideración filosófica de la historia, que ha de cubrirse de poesía y de belleza.

Este diagrama del procedimiento historiográfico se halla como prólogo en los *Anales y Efemérides* del segundo ensayo de Historia de México que la Universidad de México publicó en 1933. No se presentó súbitamente y de inmediato en la mente del autor. Del mismo modo que su idea sobre la historia, fue configurándose progresivamente y se definió en la práctica con mayor precisión que sus concepciones filosóficas fundamentales sobre la historia.

Si hemos aceptado, que a cada época corresponde una sensibilidad, un estado de espíritu, una conciencia distintos, habremos de admitir también, para salvar la contradicción, que la narración histórica y la investigación que la precede, varíen de igual manera. Así

29) *Teoría de la Revolución*. . . p. 60.

lo reconoce Teja Zabre cuando explica cómo el positivismo ortodoxo dio preferencia en el método de investigación histórica a los recursos científicos que abarcaban desde la experimentación hasta la hipótesis. Se pretendía aplicar la aritmética, y más aún, la geometría, a los fenómenos de índole social, o de tipo abstracto en el acontecer humano. El método de conocimiento positivista partía del acomodo matemático de los hechos históricos para integrarlos después en planos geométricos ascendiendo en la complicación de planos y superficies a los volúmenes, con la pretensión de dar al fenómeno histórico una estructura regular, de sólida arquitectura, susceptible de ser aplicada a cualquier época, a todas las circunstancias históricas, con la seguridad de que responderían con perfección a las exigencias del conocimiento, que no debía pasar más allá de la aprehensión formal del hecho.

Este mismo sistema, escribe Teja en su *Teoría de la Revolución*, fue adoptado por los dogmáticos del materialismo histórico quienes enarbolando un marxismo mal entendido, quisieron dar como cimiento a la sólida construcción de la historia la base económica sobre la que se levantarían en planos superpuestos todas las demás actividades humanas que integran la superestructura, sea cual fuere el momento en que se aplique este sistema.

Tal afán de usar moldes rígidos para circunstancias y realidades cambiantes, lógicamente tenía que provocar una reacción contraria que llegó, como toda respuesta a un dogmatismo, al extremo contrario. Surgió la tendencia espiritualista que incurrió también en el pecado de intolerancia al desdeñar los recursos metódicos del conocimiento científico calificándolos de inferiores y tratando de entronizar otra vez los instrumentos suprarracionales como la adivinación, la intuición o la videncia mística. Así se consumó un defecto tan grave como el anterior, deformante de los hechos históricos en aras del clamor del espíritu que ciertamente recubre de belleza al acontecer humano, pero que lo desfigura hasta convertirlo en un tejido de fábulas sin base real.

Así ha sucedido muy particularmente con la historia de México, en la que, además, se han mezclado con toda su fuerza las pasiones políticas haciendo ver un mismo acontecimiento como si fueran múltiples y diferentes, porque están considerándolo desde posiciones irreconciliables entre sí. "...la mayor parte de nuestras querellas se han hecho alrededor de ficciones, fantasmas, prejuicios y pasiones", y por eso, "...por empeñarse en visiones unilaterales, se perpetúan

las disputas de partidos y de sectas" (30) sin lograrse conclusiones valederas y útiles.

El método seguido en el trabajo histórico, en suma, ha sido equivocado, y es menester un nuevo sistema que resuelva los problemas que los anteriores no solventaron.

¿Cuál será ese sistema? Teja Zabre responde: "...es preciso, antes aún que ponerse a estudiar las primeras letras, colocarse en actitud propicia... limpiar el terreno, eliminar los prejuicios más graves, las prevenciones, las desfiguraciones, y las falsificaciones que se han hecho alrededor de la teoría y la práctica de la doctrina social. Casi diría, un ensayo de método, de preparación o de orientación..." (31).

Deslindado el terreno y con la mente abierta fijar los hechos y los nombres fundamentales que sirvan de orientación y marquen la ruta de los sucesos, para suprimir hasta donde sea posible los inveterados errores y exageraciones, y dejar en su sitio las leyendas y las fábulas; establecer las hipótesis necesarias para superar las confusiones y deformaciones que se hayan emplazado en la mente popular.

Es preciso además, dice Teja, fijar la atención en el grado en que se estudia la historia; hacer una división del trabajo, separando y deslindando, por una parte la investigación dedicada a la formación de anales y efemérides, y por otra la de crítica e interpretación, colocándolas, para poder ser comparadas, en el mismo plano de importancia.

Un método histórico que se precie de ser moderno no ha de limitarse a seguir las corrientes de última hora que muchas veces solamente son las de última moda; se expone quien lo haga a adoptar un sistema hermenéutico equivocado, falseando los hechos que interpreta.

¿Hasta qué grado, entonces, tiene el historiador libertad para interpretar? Es ésta una de las cuestiones que en nuestros días aún se debaten con calor, y la intransigencia de los historiógrafos parece no permitir que se resuelva en corto plazo. En el caso del autor de quien estamos glosando ideas metódicas, su posición es definida y precisa. El límite a la libre interpretación está dada en los hechos

30) *La Biografía de México...* p. 75.

31) *Teoría de la Revolución...* p. 19.

mismos hasta donde es posible que estos sean conocidos. La historia es una de las disciplinas que no admite composiciones interpretativas desligadas del objeto o que se deriven de una abstracción para después crear el hecho. El historiador ha de interpretar partiendo de una realidad concreta, aun cuando su captación sea relativa y limitada por las posibilidades de su mentalidad. Si el historiador deforma conscientemente el acontecimiento que estudia, para adaptarlo a una opinión prefabricada, en lugar de obtener el conocimiento de la realidad estará haciendo metafísica, o una forma de teorización política, interesada y partidista; pero no se ajustará a las normas del correcto trabajo histórico.

Sabemos de cierto que el conocimiento del pasado no puede alcanzarse de manera absoluta y exhaustiva; pero de ese conocimiento relativo ha de partirse, nos dice Teja Zabre, para aclararlo en cuanto sea posible, y expresar después una opinión lógica que, naturalmente, estará condicionada por nuestra calidad de seres humanos incluidos en un medio social y cultural condicionante. Ha de tenerse consciencia plena de que "...todo lo que está científicamente adquirido o sea humanamente aceptable, deberá incorporarse a la historia conforme vaya saliendo de los estudios especiales correspondientes, previa depuración crítica. Entre tanto, será preciso conformarse con una visión de conjunto y de interpretación elemental, con los datos suscintos que pueden tomar nombre y número". (32)

El método de trabajo, para todo tipo de conocimiento, deberá partir de la base cartesiana. Porque si bien es cierto que el sistema de la duda metódica no puede tener la misma validez que en el momento en que fue concebido, hoy se usa todavía con tanta naturalidad como utilizamos el fuego, el compás o los relojes. Ha de tomarse como punto de partida en toda investigación, pero no en su pureza original, sino sabiéndolo mejorado, reformado y ampliado con otros auxiliares y aportaciones científicas que nos han dado la certeza de lo reducido de las posibilidades humanas en el campo del saber. Aun con esa conciencia de la limitación, la razón se apoya sobre los tanteos y experiencias anteriores para realizar esfuerzos acumulativos; y en esas realizaciones está precisamente el valor del hombre. Por medio del análisis de los hechos puede llegar al último extremo de la simplicidad —la tesis y la antítesis—, y obtener una síntesis como arranque de las nuevas inquisiciones.

32) *Historia de México. La cultura Mexicana Primitiva*. México, Universidad Nacional de México, 1933, p. 16.

Al método cartesiano, seguimos con Teja, será necesario agregar la dialéctica hegeliana y marxista; no en la forma rígida y mecánica de los ortodoxos, sino plegándolas a las renovaciones del siglo XX, en que los esquemas humanos son vistos a través de la "relatividad", y encontrar así, en una "mecánica ondulatoria" el término medio entre la línea recta y el caos.

Establecida la base del método de trabajo, deslindado ya el campo, y partiendo de una realidad concreta, las dificultades son mínimas y pueden resolverse con sentido común y buena voluntad. Habrá que trabajar sobre los hechos, datos o razones de carácter fatal, es decir, que "son", buenos o malos, para distinguir entre las frases y construcciones ideológicas partidistas y su constitución e intereses reales, del mismo modo que en la vida diaria se distingue entre lo que un hombre dice y piensa acerca de sí, y lo que es y hace en la realidad.

La construcción o destrucción de reputaciones de héroes, caudillos, pueblos, mitos, pasará a un segundo plano, y la historia de peleas faccionarias tendrá que suprimirse. Las biografías de recámara y las intrigas palaciegas se harán a un lado para penetrar más hondamente en las causas y en los hechos radicales. "...la historia abrirá nuevas perspectivas en un ambiente más lleno de luz y de serenidad. En vez de empequeñecer las figuras reducidas a sus lineamientos humanos, se tendrán que esbozar en sus relaciones con el medio circundante. Así crecerá la significación y se *tocará más de cerca la verdad profunda*, lo mismo al desentrañar el mito de Quetzalcoatl que al analizar las grandes personalidades rodeadas por una aureola mística, o los grandes hechos que tienen casi rasgos personales y se convierten en cierta forma en figuras de contornos definidos..." (33).

Hay que reprimir también la tendencia a olvidar los hechos políticos y sociales que el historiador desprecia cuando se apoya en una interpretación económica. No pueden tomarse como única base las relaciones económicas para tener un panorama completo de una época histórica, pero sí tendrán que tomarse en cuenta otorgándoles la bien calibrada importancia que pueden tener en el conjunto de la causación social.

El vocabulario es otro de los problemas que ha de confrontar el investigador. Aun en el mismo idioma, los mismos términos tienen

33) *La Biografía de México...*, p. 74-75. El subrayado es nuestro.

diferentes connotaciones, según la intención o el sentido en que se encuentren expresados. Un deslinde verbal previo al abordaje de cada tema es de gran utilidad. En muchas ocasiones, las grandes diferencias de opinión, pugnas políticas o culturales, han sido ocasionadas por diferencias de palabras, por equivocaciones sobre el significado de los términos.

Por último, propone la supremacía de las generalizaciones sobre los aspectos particulares. Unas y otros son indispensables, pues tan necesario es el análisis como la síntesis y toda creación deberá aspirar a expresar lo que puede captarse desde lejos en una alta visión, pero llegando al mismo tiempo hasta muy cerca y más profundo. La aportación más útil del método científico moderno consiste en ir de lo más sencillo a lo más complicado. Más sencillo las ideas, y más complicado la realidad. La finalidad última, diríase mejor la finalidad suprema, es la realidad, y el método, el camino para llegar a ella mediante los recursos de la palabra y el pensamiento; son, por tanto, auxiliares, instrumental y equipo del investigador.

El Método en la Historia de México.

Una declaración de principio preside los trabajos de Alfonso Teja Zabre sobre historia de México: "La frecuente afirmación de que la Historia de México está por escribirse, es un inepto lugar común, porque lo mismo sucede con la historia de todos los países del mundo". Siempre habrá puntos de vista diversos para conocer los mismos hechos, y constatar esa certeza no libera al historiógrafo o a quienquiera que se interese por el estudio de la historia, de realizar investigaciones, porque la historia se está escribiendo constantemente. Lo que se necesita es una guía metódica que el autor expone en todas sus obras y resume en puntos claves:

"I.—Considerar como hechos históricos todos los que tienen influencia en la vida humana, o sea, lo que se realiza, lo que tiene duración, lo que ha sido originado por el principio de individualización que viene del impulso vital: el hombre mismo y lo que el hombre crea con vitalidad, personas morales, costumbres, corporaciones, instituciones, generaciones, sociedades, razas, naciones, culturas.

"II.—Estudiar el fenómeno histórico ya no en perspectivas estáticas, o cortes transversales que reproducen épocas o momentos aislados como si fueran permanentes, sino en cortes longitudinales, como una serie de fuerzas, grupos de instituciones, ideas y edificaciones en constante trabajo de renovación.

“III.—La ley de Carnot y Clausius, la entropía o degradación de la energía en calor que se reparte uniformemente entre los cuerpos.

“IV.—La importancia del fenómeno económico, engendrado por el móvil biológico, porque las relaciones de producción condicionan o modifican la estructura de las sociedades.

“V.—La tendencia de la lucha de clases, que puede comprender la mayor parte de las diferencias sociales, inclusive los conflictos de razas, las guerras civiles, o internacionales y revoluciones políticas o industriales.

“VI.—Acción y reacción en los desequilibrios de clase, provocados por la tendencia de concentración o centralización del poder, del dinero y del crédito.

“VII.—La formación de clases, caracterizada esencialmente por la posesión de los medios de producción, el aprovechamiento de la plusvalía y la explotación del trabajo humano.

“VIII.—Y finalmente, como explicación y solución del fenómeno histórico, la supervivencia, la superposición, penetración o mezcla sinérgica de las diversas formas de economía, lo mismo que de los ciclos o épocas de la política, la ciencia, la ideología social, la religión, el arte y las costumbres”. (34).

En la *Breve Historia de México*, presenta un cuadro en el que divide la historia mexicana en cuatro períodos o épocas: la primera, que abarca “desde los años más antiguos” (sic), hasta la conquista de México por los españoles (1521), y corresponde a la cultura mexicana, que aclara entre paréntesis “(azteca, indígena, americana)”, sin mayor explicación. La segunda etapa, que él llama de historia antigua, corresponde al de la Nueva España, y comprende el período de transición o trasplante de la cultura española y europea en general, y que abarca desde 1521 hasta 1810. La tercera época, la del México independiente, que comprende la historia de la República Mexicana, “separada del Imperio Español. desarrollando su vida propia, sus esfuerzos de crecimiento y de organización social, o sea desde la guerra de Independencia, iniciada en 1810, hasta la época presente, que corresponde a la historia moderna” (35). Y por último, el período final, la Revolución que se inicia en 1910 y se desarrolla hasta el presente.

34) *Ibid.* p. 81.

35) *Breve Historia de México*. Texto para escuelas rurales y primarias. 2a. ed., corregida y aumentada, México, La Impresora, 1935, p. 16.

Aclara que la división cronológica señala límites aproximados, pero que de ninguna manera puede hacerse una separación exacta y precisa, pues los sucesos y rasgos de cada período se prolongan sobre el siguiente, y aun a los posteriores, y cada acontecimiento puede ser un antecedente para el que le sigue. Ya en obras anteriores había hecho afirmaciones en el mismo sentido, diciendo que no es posible hacer una división tajante en las etapas históricas, apoyado en el concepto de la historia inspirado, según declara, en Gabriel Alomar (36). De acuerdo con este autor, la historia tiene un sentido irradiante, y no sólo ascendente y descendente, que va del núcleo (o sea la efeméride, la crónica, el hecho desnudo), hacia la percepción o comprensión y la asimilación por la memoria y la simpatía; luego hacia la ponderación, o sea la crítica; en seguida al aprovechamiento utilitario de la ciencia aplicada, y por último, siempre subiendo, hacia la filosofía histórica, se llegará a la historia unida al arte, la transfiguración legendaria de los hechos y de los hombres, la síntesis dramática, la epopeya, la tragedia y por fin la divinización y la transfiguración mística. Esta curiosa sinopsis de método histórico, según Teja, se encuentra resumido por Alomar así:

"1.—Visión.—Efeméride.—Dietario.—Anales.—Crónica.

"2.—Percepción.—La Historia Pragmática.—Narración histórica.—*Esprit de Suite* histórico.

"3.—Ponderación.—Filosofía de la historia.—La historia política.—La historia como ciencia.—Crítica histórica.

"4.—Poetización.—Transfiguración legendaria del hecho.—La historia poética.—La poesía como caudal histórico.—La historia como arte.—El mito.—El ciclo.

"5.—Divinización.—Epopeya.—Tragedia.—La historia divina". (37).

Ninguna aclaración se encuentra que haga posible entender el significado de algunas expresiones como el "*esprit de suite* histórico"

36) Gabriel Alomar Villalonga: Escritor y político español, n. en Mallorca y n. en El Cairo (1873-1940). Es una curiosa amalgama de crítico de la generación del 98 y novecentista cosmopolita en trabajos como *Verba*, colección de ensayos diversos; *La formación de sí mismo*; *Ensayo sobre el Quijote*; *Política Idealista*. Teja Zabre no precisa las obras de donde ha obtenido los conceptos que se mencionan.

37) *La Biografía de México...* p. 81.

(el subrayado es de Teja), o la idea de "la historia divina". No es posible aclarar tales denominaciones, si bien creemos que se encuentran subsumidos, en cierta forma, en su idea de la historia del apartado anterior.

Para abarcar la complejidad de los datos que sobre la historia de México pueden ser objeto de estudio —sigue Teja—, deben tomarse en cuenta los factores que contribuyen a la formación de lo que llama la nueva o joven cultura mexicana, los caracteres indígenas y criollos, después de situarla en sus relaciones y semejanzas con otras culturas y de entroncarla con la rama hispánica de la cultura occidental. Se podrá apreciar entonces la importancia que otros factores tuvieron en su formación: el geográfico, el étnico, el económico, el individual (en el que se comprende a los héroes representativos y caudillos), la ideología, el idioma, la arquitectura, las letras, la ciencia y la pintura.

Explica, resumiendo, las diversas manifestaciones que cada uno de ellos pudieron tener. En todos los casos su punto de referencia es la época contemporánea, la etapa post-revolucionaria de México que él está viviendo. Parangonando la cultura mexicana con sus correspondientes —en tiempo y desarrollo—, de la cultura universal, hace una división en épocas del espíritu, de la política y del arte, dividiéndola en dos grandes períodos: uno anterior a la conquista española, y otro en el que la cultura mexicana queda sumergida en la Occidental, y continúa un desenvolvimiento parecido al de ésta.

El propósito de este resumen es hacer ver que el México independiente y actual "...se encuentra todavía con grandes trozos de las antiguas construcciones y sujeto a las mismas influencias geográficas y problemas sociales que no han sido resueltos aunque se hayan modificado". (38).

En efecto, aún tenemos una serie de problemas sin resolver desde mucho tiempo atrás; el hacer presente la presencia de esos problemas a través del tiempo es un modo de replantearlos con vistas a arbitrar su solución.

En el segundo de sus ensayos sobre historia de México, *Anales y Efemérides*, que se publica en 1933, cumple el primer propósito de sus principios metódicos, o sea, iniciar el estudio histórico con la exposición ordenada y cronológica de los hechos fundamentales. Co-

38) *La Cultura Mexicana Primitiva...* p. 4.

mienza con el período pre-arcaico, que fija aproximadamente antes de 5 000 años a.C. con la aparición de las primeras tribus nómadas en el Continente Americano, para continuar con un Período Arcaico (otomíes, tarascos, huastecos) seguido por el Período Post-arcaico (mayas). El Período Tolteca comprende en seguida la cultura mexicana, con la historia de México-Tenochtitlán, para continuar con las divisiones tradicionales de la historia de México posterior a la Conquista: la Colonia, la Independencia, las intervenciones extranjeras, la Reforma liberal, la Restauración Republicana y la Revolución de 1910.

Uno de los escollos con que tropieza el estudiante de las obras de Teja Zabre es la ausencia en ellas, con excepción de sus últimos trabajos, de referencias a las fuentes de consulta para obtener sus datos. Ni aun los títulos de las obras de los autores que cita están mencionados en muchos de los casos. Se vuelve complicado comprobar si las citas son exactas, si han sido reelaboradas, o si el autor tiene conocimiento completo de las ideas ajenas que menciona. Es evidentemente necesario disponer de un compendio de fechas y sucesos para hacer la nueva interpretación de la historia de México; el trabajo que ello supone es de los más arduos, pero comporta una gran utilidad la realización de una investigación seria, aunque se vea desvirtuada por la falta de mención de fuentes consultadas o por la inclusión de datos anecdóticos de menor importancia en el texto general.

Los otros ensayos, *La Cultura Mexicana Primitiva*, *El Descubrimiento y la Conquista*, *El Régimen Colonial* y *La Independencia*, cuya publicación en serie se corta en ésta última, también contienen indicaciones que se continúan en la *Breve Historia de México* y en la *Historia de México, una Moderna Interpretación*, completándose aquí el cuadro metódico seguido por el autor.

Al tratar la historia prehispánica, señala la falta de datos que dificulta su estudio; la principal causa de errores y confusiones en la historia antigua de México es, además de la escasa información, el abuso de la generalización, pues se toman las acciones aisladas como costumbres y se descuidan las diferencias de tiempo en las etapas de transformación. Para apreciar los datos más significativos en las civilizaciones prehispánicas han de tomarse en cuenta los factores de tiempo de formación, de instituciones, los recursos de la tierra y las aportaciones de otras culturas.

Al considerar las etapas del Descubrimiento y la Conquista, se deja llevar por las versiones convencionales, si bien en algunos casos

subraya la importancia de hechos de trascendencia que influyen en la interpretación posterior (39).

La vida en el período colonial comprende la relación de acontecimientos sobre cultura, economía, política, sociedad, legislación, etc. Después de delinear las fases de este período hace una división por épocas y las subdivide por actividades y funciones sociales de organización, estructuración, de transformación y de evolución, tratando de establecer, para fines explicativos, las relaciones de cada una de ellas.

Si es innovación muy importante el haber erigido el factor económico en uno de los fundamentos del acontecer histórico, pero sobre todo, la aplicación práctica de esa corriente de pensamiento social, con una investigación penetrante que avala con datos concretos así como haber hecho perceptible su repercusión en la sociedad y la cultura de la Colonia.

El estilo que usa es ameno y la lectura de sus obras agradable por la inclusión de datos anecdóticos que resaltan el interés de los temas. La síntesis en los casos en que las explicaciones prolijas hubieran hecho tedioso el relato, nos sugiere la idea, no expresada, de que el autor se propuso la difusión de la historia de México a manera de contribución a la cultura popular.

De *El Régimen Colonial*, pasa a México independiente. El plan general de la vida moderna de México está expresado en *La Biografía de México*, donde textualmente dice: "... será preciso investigar las causas profundas y hasta ahora poco estudiadas en los trabajos de la integración nacional, en sus gobiernos incipientes y sus instituciones desgarradas por la bancarota que incuba la guerra civil y en la miseria que produce el bandolerismo; la mutilación territorial y los problemas internos condicionados por la geografía y las transformacio-

39) Teja Zabre dice al respecto: "En la narración de los descubrimientos y de la conquista de América se ha dado preferencia por mucho tiempo a los datos aparentes, de carácter dramático, heroico y militar. Hay razones para ello, porque tales empresas tuvieron extraordinaria importancia como ejemplos de actividad dinámica y dieron ocasión a lances desde la aventura hasta la epopeya. Pero es necesario anotar también otros aspectos importantes... Especialmente tratándose de la conquista, la parte dramática y las hazañas individuales se han contado en todos los tonos. El hombre providencial, el caudillo, el capitán, eclipsa todo lo demás. Y aunque se trate de hombres como Hernán Cortés, protegidos por la fortuna y con cualidades y dotes de excepción, deben tenerse también en cuenta los factores colectivos y sociales." En *Historia de México. El Descubrimiento y la Conquista*. México, Universidad Nacional de México, 1933, p. 29.

nes de la industria; las guerras y los movimientos sociales de la Reforma como continuación del empuje revolucionario y las luchas de clases iniciadas en la conflagración de Independencia; la marcha por etapas hasta la difícil introducción de los nuevos sistemas de producción y comunicaciones por medio de la maquinaria del siglo XIX. Luego, las mismas influencias contribuyendo a la restauración republicana, fomentando la corriente de prosperidad material que a su vez sustentó al régimen pacífico de la época Díaz-Limantour. Y las mismas causas y problemas trabajando para producir otra vez los fenómenos de la Revolución y las transformaciones industriales en este siglo, con nuevas fórmulas y modernas ideologías, envolviendo semejantes enigmas geográficos y vitales". (40).

Tanto en esta parte de la historia de México como en los temas de la época anterior, la mayoría de los textos son iguales, con títulos diferentes; son refundiciones de la misma investigación.

La historia de México en el siglo XIX ha de ser estudiada no como lo ve la historia usual, desde el punto de vista de una supuesta opinión culta, sino como la pensaron y sintieron sus contemporáneos, y por encima de los partidos y de las sectas, entonces en pugna. Porque, añade más adelante, en lo que se refiere a los hombres y sucesos de la Reforma liberal, la tarea de revisión de los valores tradicionales no se ha detenido; cada día se encuentran nuevos materiales y los ya existentes están en condiciones de fácil manejo para que se ocupen de ellos generaciones enteras de historiadores. Casi puede decirse, continúa, que la cantidad de material disponible ha superado a los intérpretes y vulgarizadores, y se hace necesaria una tarea de ordenación y selección, para poder presentarlo en forma inteligible.

Con este criterio se refiere a los sucesos conocidos de la historia mexicana de la centuria pasada acentuando, como ya anteriormente lo hiciera, la importancia del factor económico y en el caso particular de las ideologías, cargadas de tanto dinamismo en este período de luchas internas estudia las transformaciones que desarrollan, hacen crecer y adaptan a la realidad y a los requerimientos de nuevas doctrinas el pensamiento nuevo que aparece en un momento dado.

El último tema tratado por Teja Zabre en esta visión general es el de la Revolución de 1910, que ampliará en su *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*, donde se encuentra redondeado el instrumento metódico de que se sirve para examinar esta etapa de la

40) *La Biografía de México...* p. 74.

historia. No se guía por tendencias políticas partidistas; realiza un ensayo de interpretación, sin pretensiones científicas en el sentido positivista del conocimiento exacto y sujeto a leyes, para ordenar y seleccionar los hechos y localizar las relaciones causales, preferentemente en los aspectos económico y social; cuidando de no formular fallos definitivos sobre las actitudes morales y la conducta de los hombres. "...creo, dice, que ésta es la tarea más delicada, difícil y peligrosa en los trabajos históricos, y me conformo con reunir algunos materiales para emprender un trabajo de información... Presento principalmente en estas páginas, testimonios y datos recogidos en libros y documentos y solamente me toca la paternidad, además de la selección y el orden, en los retoques indispensables para uniformar el estilo y en algún punto de interpretación económica y social. Lo mismo que en otros trabajos históricos, no pretendo inventar ni descubrir personalmente, sino hacer trabajo de compilación, síntesis, resumen y antología". (41).

Otra vez aquí se advierte la vuelta de Teja Zabre a una aspiración de imparcialidad, no en el sentido positivista, como él mismo aclara, pero alejándose del subjetivismo extremado, con el que nunca estuvo de acuerdo. No intenta "decir nada nuevo" con excepción de "algún punto de interpretación económica y social".

En sus temas monográficos —*la Vida de Morelos, la Historia y Tragedia de Cuauhtémoc* y la biografía de *Leandro Valle, un Liberal Romántico*, así como en sus *Lecciones de California*, en que particulariza la historia de este territorio mexicano—, se presentan algunas variantes metodológicas.

El género biográfico, útil en la investigación, dice, permite enfocar la atención sobre personajes que tienen importancia decisiva en un periodo determinado de la historia. A través de ellos se puede estudiar la época y las condiciones que los rodearon, y aclarar así el panorama general. Al estudiar tres personajes mexicanos, toca en el acto heroico tres épocas cruciales en la evolución de la historia de México: la Conquista española, la Independencia política y la Reforma liberal.

La primera de las biografías, la de José María Morelos, fue tema de gran preferencia en el interés del historiador y es ella por la que más se le conoce. En las repetidas ediciones de esta obra se encuentran ampliaciones y adiciones de datos y apreciaciones que antes

41) *Panorama Histórico de la Revolución...* p. 5.

sólo estaban esbozados. Las tres ediciones en que se registran cambios notables en el método son la primera (1916), hecha por la Casa Botas, la de 1934 de Espasa-Calpe, y la última, que en 1959 publicó la Universidad de México.

Se lamenta de que los documentos útiles para los biógrafos del caudillo sean relativamente escasos y hayan sido ya manejados por los historiadores del héroe; atrae la atención hacia datos nuevos tomados de documentos recientemente aparecidos, para "poner de relieve lo novedoso y auténtico de tales informaciones, tanto porque sólo hay en ello para mí la fortuna de una prioridad no disputada como porque de este modo señalo a otros espíritus mejores que el mío una nueva fuente y un campo más extenso de investigación". (42).

Aclara que su trabajo no es de historia o de crítica histórica porque faltan en él método científico, datos nuevos, investigaciones eruditas, documentación apretada y original; pero tampoco puede considerarse como un ensayo literario, porque no quiere deformar los rasgos de Morelos con el énfasis de las palabras buscadas o el decorado de las figuras.

En la edición de 1934 aclara que su interpretación como caudillo de la Independencia mexicana ha cambiado, porque la sensibilidad colectiva y la del autor cambian con la época y evolucionan las ideas por el aprendizaje de la vida y de los libros, y aparecen entonces, tanto Morelos como su época, como manifestaciones de una gran corriente vital y profunda, en ligazón entrañable con el impulso de perpetua renovación; es decir, la nueva interpretación de Morelos y de la Independencia tiene el tinte de la orientación socialista. Los datos se amplían, la relación de las batallas y acontecimientos militares en general es más extensa y el tono general de la obra, es por literario, más ameno.

La última reelaboración de la vida de Morelos se ve más completa en cuanto a las informaciones, y mejor construido el esquema general; la madurez del historiador es palpable. Y lo hace notar él mismo cuando dice que es necesario continuar aún la investigación, depu-

42) Se trata de los documentos publicados por Enrique Arreguín, con el título: "A Morelos. *Importantes revelaciones históricas. Autógrafos desconocidos de positivo interés. Inauguración del Gran Monumento en memoria del Héroe Inmortal.* Morelia. Talleres de la Escuela Industrial Militar, 1913. La cita es de: *Vida de Morelos*, 2a. ed., México, Andrés Botas, editor; 1916, p. 12. *Ibid.* en la ed. de 1934: *Morelos, caudillo de la Independencia Mexicana*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1934, p. 17.

ración y exégesis de los datos fundamentales, pues los archivos y los papeles sueltos no han sido agotados todavía y en algunos casos se ha omitido la tarea de dilucidar su autenticidad. Hace también mucha falta, agrega, adelantar los estudios biográficos de los hombres que estuvieron más cerca de Morelos y tuvieron influencia en su carrera militar o en su vida. No pueden darse conclusiones definitivas, sólo las personales del autor, que se basan en la relativa certidumbre de los datos conocidos.

En esta obra, como en la biografía de Leandro Valle, y en el estudio de Cuauhtémoc, es notable la precaución de no recargar al lector con citas abundantes, relatos extensos o mención de referencias abrumadoras; no es historiador erudito, y se restringe a las notas indispensables, seguro de que su investigación ha sido seria y consistente, y sólida la construcción general de las obras. En las *Lecciones de California*, en cambio, el método difiere en cuanto que las referencias técnicas abundan al grado de que, contrastando con las obras anteriores, desconcierta y hasta llega a cansar por la acumulación de datos.

La primera edición de *Cuauhtémoc*, años después de aparecido su *Morelos*, en un ensayo biográfico al que añade una obra teatral para presentar, por medio del arte, la figura del héroe indio. En ediciones posteriores, la *Historia* y la *Tragedia* se separan. En esta nueva tarea biográfica, Teja sigue al héroe primitivo de México, dentro de la corriente de transfiguración para no caer en las consejas vulgares o adulteraciones de la retórica; utiliza las crónicas y documentos conocidos, y arranca con las efemérides y la narración directa, para pasar después a la poetización, llevado por ese concepto del método histórico de Gabriel Alomar, ya mencionado.

La biografía de Leandro Valle no disiente de las anteriores. También encuadra al personaje en su época, sin información erudita, pero respeta los límites que a la interpretación impone el conocimiento de los hechos dados al historiador.

Por último, el ensayo monográfico sobre la historia de California lo aborda porque, asegura, los aspectos particulares regionales de la historia de un país contribuyen a aclarar el panorama general de su desarrollo. Y con esa mentalidad estudia la zona fronteriza del Norte, anticipando la aplicación de esa experiencia al de la propia nacionalidad, porque, "...en ella creo encontrar la clave de los problemas de vida o muerte que hace siglos inquietan a nuestro país." (43), sin

43) *Lecciones de California*. México, U.N.A.M., 1962, p. 7.

dar ninguna justificación. La obra está llena de sucesos acerca de los que no se tiene mayor conocimiento, y sobre los que el autor expresa de continuo dudas al consignarlos, muy especialmente en lo que se refiere al aspecto político. Profusamente ilustrado con anécdotas curiosas, que avivan el interés del tema, no sólo como asunto literario, sino por la trascendencia histórica que pudieran tener, este estudio, tanto como los anteriores, testimonian marginalmente la doble aptitud literaria e historiográfica de Teja, pues está convencido de que la más profunda poesía emana de la realidad viva.

C A P I T U L O I I I

"SISTEMA VALOR—ACTITUD".

Los hombres piensan de distintas maneras y, en el planteamiento de los problemas que les incumben, cada quien enfoca la cuestión con una premisa principal no definida y semi-inconsciente, en el fondo de su espíritu —dice Laski—, premisa que tiene importancia fundamental para su modo de ver la razón y la justicia. Somos prisioneros de nuestra experiencia y puesto que la partida principal en nuestra experiencia se obtiene en el esfuerzo por lograr nuestro vivir, el modo de ganar ese vivir es el que más profundamente moldea nuestras nociones de lo que es deseable.

Hay en la integración del hombre, de la "persona", una vertiente individual, los estados psíquicos (conscientes o subconscientes) que constituyen la cultura subjetiva o encubierta, que por sí mismos no son transmisibles ni posibles de ser percibidos más que cuando se exteriorizan en conducta manifiesta, y una vertiente social, la suma de las actitudes, ideas y conducta compartidas y transmitidas por los miembros de la sociedad, además de los resultados materiales de esa conducta, es decir, la cultura objetiva y manifiesta en productos y en hechos con valor y con sentido, concretos y tangibles, que pueden ser objeto de observación y registro directo. El estado de correspondencia en que pueden hallarse estos factores de la personalidad y de la acción es lo que se define como SITUACION SOCIAL.

La historia no se integra con cualesquiera hechos sólo porque hayan actuado en ellos hombres o grupos de hombres, sino con aquellos que revelen *estados situacionales o conjuntos de necesidades generales y de situaciones comunes* bajo las que tienen que satisfacerse. Consecuentemente el conocimiento histórico supone un punto de vista sistemático, un criterio de selección que hace posible reconocer, de entre la multitud de los sucesos, aquellos que tienen signo y razón

para merecer incluirse en unidades lógicas y ordenarlas en grandes estructuras de acuerdo con centros de validez o criterios de selección, centros que son el "sistema proyector" o "sistema valor-actitud" de la persona.

Proyección valorativa, selectiva y preferente, vivificada por el entusiasmo patriótico de formar *ethos nacional* en el pueblo de ayer y de hoy, es lo que queremos encontrar en los temas polarizantes de la obra de Teja Zabre.

Idea de México.

Reiteramos nuestro convencimiento de que el rumbo de la investigación está dado, en cierta medida, por las ideas que del objeto de estudio tenga quien la realice. Y el objeto de estudio de la obra histórica de Teja Zabre es México.

Su representación de México se inspira, principalmente, en las teorías de Oswald Spengler y de Lamprecht, cuando considera a la cultura mexicana como organismo cuya vitalidad puede seguirse a través de su evolución histórica. "Usando la nueva terminología, podemos decir que *la historia se ocupa del desarrollo de las culturas humanas*. Y que la historia de México debe estudiar el desarrollo de las culturas en esta parte de la tierra, o sea los orígenes y la formación de la cultura mexicana, su fusión con la rama hispánica de la cultura occidental europea y la influencia de la rama angloamericana de la misma cultura occidental. Es decir, un ensayo de Biografía de México". (1).

México, entonces, es un ser que puede ser biografiado, tiene vida, y se encuentra en un momento dado de su desarrollo, ha nacido y, por tanto, es posible localizar el instante de su nacimiento; tiene un proceso vital con pasado, y es factible estudiarlo como el de cualquier ser humano, también vivo y con pasado. México es un "alguien" a quien le han sucedido acontecimientos como a un hombre le acontecen los estadios y mutaciones de su infancia, su madurez y su vejez, con sus facetas y matices de conducta correspondientes. Sólo que los acontecidos, los sucedidos de México, se reconocen por los accidentes de su historia: la Independencia, las intervenciones extranjeras, la Reforma, la Revolución... y las peripecias que conllevan.

1) *La Biografía de México...*, p. 81 El subrayado es de Teja Zabre.

Reaparece aquí, nuevamente, la participación de la idea filosófica esencialista cuando México es pensado como organismo, como entidad en formación, cuya historia le configura su personalidad dándole las peculiaridades que lo distinguen pero no lo constituyen esencialmente, puesto que su constitución es un hecho dado y solamente irá tomando las modalidades que le imprima su desarrollo.

Su aparición, su nacimiento, se registra en la historia de igual manera que las acciones más destacadas de su vivir y por eso el autor de *La Biografía de México* propone hacer constar así los antecedentes genealógicos: "Para llegar a los límites de la historia de México, propiamente dicha, es necesario seguir dos caminos convergentes separados en su origen: por una parte, la civilización europea, (grecolatina, ibérica, española) y por otra, la prehistoria americana. Los dos caminos se juntan y se confunden cuando por la conquista y la colonización se ponen en contacto y se mezclan el mundo europeo y el americano. En consecuencia, debe iniciarse el estudio por la formación de los primeros grupos humanos organizados en este continente, los movimientos de tribus, la integración de la nacionalidad azteca o mexicana con sus antecedentes, (mayas, toltecas) hasta la llegada de los conquistadores españoles". Y complementa sus indicaciones: "Luego, cambiando el punto de observación, se deberá estudiar el movimiento de la civilización europea tomando de la historia general los datos relacionados con el descubrimiento de América, y especialmente los viajes a las regiones que más tarde se llamaron Nueva España y República Mexicana". (2).

Todo el periodo de la historia mexicana anterior a la llegada de los españoles es basamento primario de la nacionalidad, que habrá de consolidarse con la aportación de otros agregados culturales. Los dos grandes conjuntos de razas y de pueblos al chocar producen el compuesto de otro pueblo y otra sociedad. Los elementos genéticos de México hay que buscarlos y encontrarlos en los estratos culturales portadores de la civilizaciones europeas y las americanas prehispánicas. En nuestro país, dice Teja convencido y lamentándose, la historia comienza a fincarse con certeza hasta la llegada de los españoles, porque hasta entonces se cuenta con datos personales y documentos que pueden entenderse con suficiente claridad; los relatos de los historiadores primitivos y la interpretación de otras fuentes indirectas no resisten a la crítica y son, por tanto, la prehistoria de México, —algo así como el estado previo al alumbramiento.

2) *La Cultura Mexicana Primitiva...*, p. 3.

Los fenómenos de la Conquista y de la Colonización combinan las características genéticas de otras culturas preexistentes y crean un nuevo ser, pudiéndose fijar entonces, en esos acontecimientos, fecundación y nacimiento. La Colonia es como la infancia mexicana, etapa de dependencia en la que se incuban las que habrán de ser características individuales y que se revelarán con la crisis de la Independencia.

Para Teja Zabre las causas de la Independencia se hallan en el final de la Conquista y en todo el período colonial; pero la Independencia como programa concreto se inicia en 1810 y la realización de sus objetivos se desplaza y se prolonga durante un largo tiempo de su historia.

Hay un componente de continuidad del hecho histórico en su idea de México, si bien, dentro del continuismo, lo reconoce como entidad diversa después de su emancipación política al hablar de "...la evolución histórica de la Nueva España, sobre la cual se desarrolla posteriormente la de México independiente...", dando la impresión de que alude a una persona joven, que logra emanciparse de tutelas familiares para afrontar la responsabilidad autónoma de su vivir sin haberse desligado por completo del influjo maternal prehispánico: "En el asalto de la Alhóndiga de Granaditas se desataron los rumores selváticos y bravos de la tierra, reprimidos por tres siglos y la raza que parecía resucitar sus instintos guerreros, en vez de seguir tocando mansamente la chirimía de las pastorelas, volvió a tocar el caracol sagrado, y acompañó el ronco aviso fatídico con el tambor primitivo que siglos antes excitara la locura de los sacrificios en el templo de la sangrienta divinidad". (3).

Al narrar la turbulencia histórica del siglo XIX, aparece otra vez la idea de una personalidad en formación: "...en aquella época se trataba de constituir una nación. En la apariencia, la Reforma es una pugna por la manera de estructurar, de dar forma a las instituciones y al Estado que debería *crear la personalidad nacional*". (4).

La Reforma, el estancamiento porfirista posterior y la Revolución de 1910, son fases evolutivas de una nacionalidad creciente. "Y así camina el país por las etapas de la formación de las nuevas clases con su ideología, su grupo directivo, su economía y su espíritu, y al

3) *El Régimen Colonial...*, p. 51; y *Panorama Histórico de la Revolución...*, p. 87.

4) *Leandro Valle, un Liberal...*, p. 72. El subrayado es nuestro.

„mismo tiempo, en constante trabajo de reforma y consolidación de las instituciones políticas, sociales, educativas y económicas”. (5).

En suma, México es sujeto y objeto histórico, a la vez, resultado de la mezcla de dos grandes corrientes culturales —la occidental europea y la indígena prehispánica—, que existe y se desenvuelve en un espacio determinado —el territorio nacional— y cuya historia la determinan *sus vivencias*, con las peculiaridades que se derivan de la compleja composición de sí mismo, de su medio interno orgánico; *y el acontecer histórico, su experiencia*, en la que actúan constelaciones de elementos variables y funciones transitorias, que condiciona su modo, de ser y perfila su temperamento, sin transformarlo intrínsecamente puesto que México es y está marchando hacia una meta.

Gran avance en la filosofía de la historia de México, pues si bien por una parte México es un hecho dado, deja el desarrollo de su proceso vital como posibilidad abierta al porvenir histórico en que se coordinarán los impulsos creadores hacia finalidades conocidas, dentro de las condiciones de su presente. Asoma, así, el concepto de la historia como proceso, aunque sin una fundamentación sólida y firme.

El socialista.

Más que superficial sería inexacto llamar socialista a Teja Zabre, suscitando asociaciones connotativas de facción sectaria, cuando sólo aplicó, hasta cierto grado, el ideario socialista en el método de trabajo de los estudios por él realizados. El examen de sus ideas sobre el socialismo en general, sobre la manera de ver la lucha de clases, su concepto de la revolución, del determinismo económico, del aspecto humanista del socialismo y otros temas de menor importancia, harán saber hasta qué punto es o no es justificada la nominación atributiva que se le hace.

“Un verso italiano y una mano de mujer me sirvieron de guía al encontrarme frente a la obscuridad estremecedora del marxismo”, dice en su *Teoría de la Revolución*, en la que están sus ideas generales sobre el socialismo (6). Esa guía femenina, el pensamiento de Rosa Luxemburgo, frecuentemente citada, indica su tendencia doctrinaria dentro de la muy amplia gama de matices entre los que está la modalidad que adopta: el socialismo como doctrina humanista y como método abierto de investigación para explorar campos desconocidos.

5) *Historia de México, una Moderna...*, p. 375.

6) *Teoría de la Revolución...*, p. 171.

Una definición del socialismo es bien difícil, sobre todo por el desconocimiento de dicha doctrina, opina Teja. Si se preguntara a los enemigos del socialismo la idea que de éste tienen, continúa, es seguro que se dirían mil disparates, y todos diferentes. Porque además, agrega, existe una variedad tal de matices en esta doctrina, que resulta difícil concretar una definición; porque se es socialista desde el momento en que se admite restricción a la libertad individual en provecho de los demás; y desde este principio, —pasando por los que restringen la propiedad privada, los que la suprimen, los que la hacen extensiva a todos los humanos, los que la conceden al Estado, los que no sólo restringen la propiedad de la tierra sino la de las máquinas y los elementos de producción—, todos marchan hacia un mismo rumbo, aunque sea por distintos caminos.

Esa meta final a la que se ha de llegar es una sociedad ideal —que no menciona nunca expresamente, pero se encuentra implícita en sus conceptos—, en la que el bienestar social predomine siempre por encima de los intereses individuales pero ha de tenerse presente que esa sociedad está compuesta por seres humanos cuya plena realización, espiritual y material, en igualdad de oportunidades y de condiciones, está condensada en la aspiración humanista del marxismo.

Varios son los errores que se oponen a la correcta comprensión del marxismo, según Teja. Uno de ellos es confundirlo con un puro materialismo tomándolo como receta de construcción material. Muchos han intentado hacer que la realidad demuestre la existencia de una base cuadrada, sólida y firme, con las estructuras superpuestas geoméricamente; y hay necesidad entonces de explicar que las relaciones entre base y estructura no son como en un edificio de piedra, sino un conjunto de elementos móviles, en constante transformación. La tan traída y llevada fórmula de las estructuras es en el marxismo sólo una forma de explicación figurada. Es cierto que la doctrina tiene en cuenta en primer lugar lo más primitivo, lo más explicable, lo más próximo y sólido, la realidad, la materia; por ello, cuando los hechos no confirmaron las profecías marxistas, el materialismo histórico pareció muerto y enterrado. Sin embargo, agrega, la experiencia extraordinaria de Lenin ha mostrado que el marxismo no es sólo una fuerza política o una doctrina económica, sino que es algo más lleno de vitalidad, es una gran fuerza de mística social.

Si se considera entonces que el socialismo no es sólo un programa político, sino que es además una doctrina económica, un problema de filosofía, una manifestación de mística social, todo ello en con-

junto, no se puede pretender entenderlo solamente desde uno de estos puntos de vista, a riesgo de lograr una visión incompleta y en cierta forma equívoca de sus principios y sus fines. Por el contrario, si se quiere llegar a una definición, o más bien, a una comprensión adecuada de la ideología, basta renunciar a los misterios e introducir en el marxismo los simples rudimentos de una verdadera ciencia del pensamiento; es decir, considerarlo no como una explicación absoluta de la vida y de los fenómenos sociales, sino buscar en la doctrina lo que puede tener de verdad como *método de interpretación* en cada caso particular.

Recuerda Teja que el mismo Marx afirmó a Sombart que él no era "marxista" si como tal se entiende el querer interpretar la vida entera de acuerdo con los principios del marxismo en forma invariable, y con el mismo sentido que su autor les dió. Al transformarse Marx de ideólogo en hombre de acción, la doctrina materialista se fue transformado en corriente vitalizada y perdió por fuerza sus rasgos dogmáticos, para amoldarse a la realidad, a la táctica y a la vida; el materialismo histórico ha continuado renovándose como cosa viva, "...con más fuerza aún que el neoespiritualismo o el neoidealismo, que son doctrinas de gabinete y no de realidad" (7).

Resulta de esta manera personal de concebir la cuestión doctrinaria que para el marxismo el estudio de las concatenaciones universales debe fundarse no en las especulaciones e imaginaciones de los filósofos, por "...ilustres que sean", sino en el estudio de la realidad, a través de las diversas ciencias que laboran con un conocimiento de la unidad de la naturaleza, aunque la observen desde distintos puntos de vista. Por ello mismo, no debe tomarse a Marx como un pontífice infalible, puesto que su propia doctrina considera que los grandes pensadores pueden interpretar, iluminar, augurar, pero responden a necesidades sociales, y por lo tanto no son propiamente creadores en la forma en que se ha creído. El pensador, el teórico debe ser considerado como un trabajador, un obrero del espíritu o en espíritu, que busca no la igualdad exterior o de fórmulas, sino la igualdad moral.

Hace falta, piensa Teja Zabre, analizar y difundir el verdadero concepto del marxismo, como una gran corriente de pensamiento que según sus propias normas debe sufrir la influencia y representar las aspiraciones y las ideas de la sociedad actual, e irse transformando y

7) *Ibid.* p. 32.

evolucionado para entender las futuras formas de la organización social, en cuya integración tendrá influencia determinante. Es necesario afrontar el socialismo de hoy en plena función vital, y no como utopía ni como doctrina sino como realidad en acción

“El marxismo como sistema, tal como lo quieren presentar los ignorantes o los adictos de “sistemas contrarios”, es una construcción cerrada que tiene más bien valor histórico que científico. El marxismo adaptado como método se vuelve asimilable y asimilador. Es un instrumento, un recurso de estudio y de acción. Piqueta y martillo. O dinamita que, según se use, puede servir para arrasar o para abrir caminos”. (8). Y ya tenemos a Teja colocado así en una situación distinta a la de los teóricos marxistas de su época, al afirmar que la primera de las ideas fundamentales de la doctrina marxista es no tomar a Marx como un santón ni como un oráculo, sino como un genial removedor de ideas, intérprete de la época moderna, y así es como Teja demuestra su probidad intelectual y su confianza en las propias ideas.

En otras palabras, combate abiertamente el dogmatismo en una época en que la ortodoxia stalinista extremaba los postulados del marxismo a un grado en que ponía en peligro el planteamiento originario en su aplicación. Porque, como diría C. Wright Mills, casi treinta años después, “Marx ofrece una maquinaria clásica para pensar acerca del hombre, de la sociedad y de la historia... Marx se equivoca a menudo, en parte porque murió en 1883, en parte porque no usó su propia maquinaria tan cuidadosamente como ahora podemos hacerlo, y en parte porque una parte de la maquinaria misma necesita ser refinada e incluso rediseñada. Después de todo la caducidad es parte de la historia, y, como tal es parte de la historia del marxismo”. (9).

El antidogmatismo de Teja Zabre lo coloca en aptitud de captar la realidad más limpiamente en una actitud de mayor discernimiento que le permite ver la relatividad de las afirmaciones del marxismo, para entender que no es posible, por ejemplo, conformarse con la actitud primitiva del marxismo. —puramente táctica, porque la superposición y combinación de los regímenes y estructuras sociales son demasiado complicadas—, y aceptar, como acepta, que el determinismo económico es una cuestión de grado. “Debemos quitar al espectro marxista sus rasgos de dogma o de tabú —el fuego ultra-rojo más

8) *Ibid.* p. 62.

9) C. Wright Mills. *Los Marxistas*. México, Ediciones Era, 1964, p. 28-29.

allá del ala izquierda, cuando llega a lo que Lenin llamó infantilismo, o los rayos infravioleta de la derecha, que parecen senilidad—, Rechazarlo ciegamente o someterse a la rigidez sectaria es ofensivo a la sabiduría y a la cultura moderna. El espectro ya humanizado puede perder su grandeza dramática y fiera, pero gana capacidad de servicio, vitalidad, simpatía generosa y fuerza difusiva”. Y después de especificar otros aspectos del marxismo llega a dar su versión de una nueva doctrina socialista, ilusa o débil si se quiere, pero sincera y surgida de la propia reflexión, así como de la observación de la realidad, que es la forma más valiosa de creación intelectual: “Ahora, el marxismo renovado deberá asimilar no solamente las formas filosóficas, sino los modos y las formas de vida en todo el mundo. Debe adaptar el sentido práctico norteamericano, incluyendo el pragmatismo, la eficiencia, y la producción en masa y para las masas; la claridad, la sabiduría, gracia y buen sentido del espíritu francés; la energía mística y las pasiones profundas de origen eslavo y judío y las pasiones rápidas y ardientes, el romance, los impulsos sentimentales de carácter latino, español y criollo”. (10).

Definitivamente Teja Zabre puede ser colocado dentro del grupo que Wriugh Mills llama “marxistas creadores”; de aquellos que son capaces de entender la doctrina como método de interpretación y no como esquema absolutamente válido para examinar todas las estructuras sociales de cualquiera época; aquellos que saben que la doctrina no es un dogma, y que puede sufrir modificaciones al paso del tiempo, o con el cambio de las circunstancias; los que “trabajan dentro de la propia tradición de Marx. Entienden que Marx, así como muchos marxistas posteriores, constituyen firmemente una parte de la tradición clásica del pensamiento sociológico... Generalmente concuerdan en que la obra de Marx está marcada por la sociedad del siglo XIX, pero que el modelo general de Marx y sus maneras de pensar son centralmente importantes para su historia intelectual de marxistas creadores y siguen siendo pertinentes a sus propios intentos de comprender los mundos sociales del presente... Han subrayado la voluntad humana en la creación de la historia —su libertad—, en contraste con cualesquiera Leyes Determinantes de la Historia y, por consiguiente, la ausencia de responsabilidad individual. En suma, se han enfrentado a la tensión todavía no resuelta en la obra de Marx y en la propia historia: la tensión del humanismo y el determinismo, de la libertad humana y la necesidad histórica”. (11).

10) *Teoría de la Revolución...*, p. 173.

11) Wright Mills. *Op. cit.* p. 83-84.

“Determinismo Económico”.

Con el entrecomillado del título de este apartado queremos indicar que la importancia que Teja Zabre concede al factor económico no es la de un antecedente *necesario y primero*, determinante causal por sí solo de todos los fenómenos sociales y culturales que se van dando en la vida del hombre y en los conjuntos de que es parte.

Se sirve del método del materialismo histórico, como se dijo ya, por cuanto supera el idealismo que presentaba los hechos históricos en forma escueta, rígidos y sin ilación. El marxismo, en cambio ayuda a la mejor comprensión de la totalidad de las causales, haciendo posible que la investigación penetre hasta la raíz de las fuerzas materiales de la producción económica y de la organización social, si bien no es suficiente para alcanzar una explicación completa de la sociedad, ya que es necesario llegar, progresiva y dialécticamente, a las fuentes originarias de la vida donde se genera el acontecer histórico.

“El peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas”. El que habla así no es Sancho Panza, sino el Caballero de la Triste Figura, símbolo del idealismo. Probablemente la frase prosaica se le escapó en un momento de lucidez”, nos dice Teja en un ensayo casi al final de su vida (12). En la teoría del determinismo económico la estructura económica sostiene a la superestructura, ya esté constituida ésta por el espíritu, el gobierno, la religión, o cualesquiera otros aspectos de la expresión humana y, aun cuando la importancia del factor económico no haya sido señalada originalmente por Marx, el marxismo ha contribuido —de ahí la importancia de su conocimiento—, a hacer más confiables las investigaciones históricas, porque atrajo la atención sobre ese motivo de la conducta general.

De acuerdo con Rosa Luxemburgo el materialismo histórico del marxismo proporciona un método expedito y sin limitaciones en un conjunto de directivas generales que permiten descubrir un mundo nuevo, inexplorado, con perspectivas infinitas a la iniciativa individual. La interpretación económica de la historia es como un psicoanálisis del espíritu social y político; abre la puerta a la exhibición de las lacras colectivas, de los males ocultos de la sociedad, que se resiste desesperadamente a reconocer su enfermedad y, por supuesto, se niega a consentir la curación. “De ello tenemos una prueba en la resistencia espasmódica e

12) Teja Zabre. *Umbriel. Ensayos de Ilusión y Desilusión*, México, Cuadernos de Letras, No. 7, 1953, p. 52.

irrazonable que opone el paciente. La diagnosis marxista es considerada como un ultraje, más bien que como una constatación científica. En vez de ser acogida con espíritu crítico verdaderamente comprensivo, tropieza con racionalizaciones y "reacciones de defensa" del carácter más violento e infantil". (13).

No es debido considerar al factor económico como determinante absoluto de los fenómenos sociales; porque siendo como es cierto que el desarrollo de las fuerzas de la producción condiciona el de las relaciones sociales, éstas reaccionan sobre aquellas que ya de por sí tienen la condicionalidad moduladora del ambiente físico geográfico. En la evolución de las fuerzas productivas y las del régimen social se producen constante y sucesivamente acciones y reacciones recíprocas que en las diferentes épocas tienen las formas y variantes más diversas. Consecuentemente, advierte Teja, el factor económico no lo es todo, puesto que cualesquiera actividades económicas son, a su vez, creadas y dirigidas por el espíritu. En esta época, sin embargo, por estar centrado el interés en las fuerzas de trabajo se impone la atención del factor económico sin que por eso se acepte que la historia sea consecuencia del puro móvil de adquisición y de posesión material.

La idea común de un materialismo histórico que ve en la actividad económica la causa exclusiva de los hechos sociales es incorrecta. En la actualidad los seguidores del marxismo reconocen, con más o menos reservas, según su matiz, la importancia de las interrelaciones entre la base del régimen de la producción y las instituciones, que han existido siempre, lo mismo en el presente que en la más remota antigüedad, aun cuando no sean bien conocidas.

La tarea del historiador ha de ser, entonces, precisar las condiciones de las formas de producción en la época que estudia, para derivar al establecimiento de las relaciones con las costumbres, las normas jurídicas los regímenes políticos, las creaciones artísticas... Tarea necesitada en la historia de México en la que el aspecto económico de la causalidad no ha sido tomado en cuenta suficientemente. Teja se propone realizarla en vista de que el país requiere un estudio de tal naturaleza para planificar su futuro, pues "los valores morales y espirituales sólo pueden subsistir sobre la base de una economía viable, una agricultura suficiente para asegurar la subsistencia y una

13) *La Biografía de México...*, p. 51.

industria nacional bastante para garantizar la autonomía dentro de los límites razonables de la interdependencia universal". (14).

En este sentido se orienta la obra de Teja Zabre cuando trata la Reforma Religiosa, sin contraerse a dilucidar las cuestiones teológicas, sino visualizándola como un gran movimiento que coincide con la transformación industrial y comercial que obliga a los enemigos de España a escapar de la autoridad del Papa, considerando los motivos religiosos como parte de un proceso económico que desplaza la actividad comercial hacia nuevas rutas. Del mismo modo explica que la decadencia económica del imperio español del siglo XVIII es la causa directa de los movimientos de independencia americanos, al lado de la grande y creciente potencia económica de los Estados Unidos y su indudable influencia sobre sus vecinos latinoamericanos.

Mayor utilidad tiene la aplicación del determinismo marxista atemperado en los aspectos económicos de la vida mexicana. Porque, dice, "al estudiar con criterio moderno la historia mexicana ,podrá encontrarse que los hechos de mayor trascendencia apenas notados hasta ahora, son modestas invenciones como el beneficio de metales por amalgamación de mercurio, implantado en México por Bartolomé de Medina, a mediados del siglo XVI. la máquina despepitadora de algodón, inventada en 1793 por Eli Whitney y, más tarde el uso de maquinaria en las minas, el sistema de beneficio de metales por cianuración y el motor Diesel de combustión interna. Cada una de estas reformas en el régimen de producción puede marcar una época entera, mejor que las innumerables mutaciones dinásticas o políticas". (15).

Quizá sea un tanto exagerado afirmar que reformas de este tipo sean determinantes en un país de economía esencialmente agrícola hasta llegar a marcar una época. De cualquier manera, la observación tiene el interés de haber sido una de las primeras tentativas de interpretación económica de la historia de México. Tentativa mejor perfilada en un plan de estudio para realizar la biografía de México, donde esquemáticamente se presenta la evolución económica de nuestro pueblo. (16). El sistema de vida prehispánico, la cultura indígena o primitiva, se aprecia sometida a escasos recursos de alimentación, a la deficiencia en las comunicaciones, el desconocimiento del hierro, a lo precario de las tierras de cultivo y de temporal, la ausencia de ganado, etc; indicándose que la falta de recursos alimenticios e indus-

14) *Dinámica de la Historia...*, p. 188.

15) *La Biografía de México...*, p. 15.

16) Este esquema en *La Biografía de México...*, p. 94 y 95.

triales significa un hueco enorme en las posibilidades de desarrollo individual y social por las deficiencias nutritivas de los pueblos prehispánicos. Se hace notar también una tendencia a la concentración de la riqueza y de las funciones públicas en grupos minoritarios. La propiedad territorial que de comunitaria se convirtió en individualizada ocasionó la formación de clases con grupos privilegiados, propiedad privada y concentración de la riqueza. "Sobre la base del cultivo regular del maíz y el frijol y el aprovechamiento del maguey, tulares y salinas, se establecieron poblaciones bajo un gobierno primitivo. Se iniciaron los progresos de la industria y del comercio, en las proporciones acomodadas al medio y con los recursos de la región. La pirámide truncada en grandes planos se levantó como testimonio de fuerza y de capacidad constructiva, denunciando al mismo tiempo la técnica de la arquitectura, el arte decorativo y la organización social de un sistema de vasallaje o servidumbre que debía aprovechar en gran escala el trabajo humano". (17).

En la Colonia las relaciones de la política con la economía tienen que reducirse muchas veces a conjeturas y apreciaciones generales por falta absoluta de censos y de estadística y las dificultades para formular cálculos probables sobre producción, población y sistemas de trabajo. Sin embargo, es posible darse cuenta de que el sistema económico trasladado a la Nueva España es el que fue antecedente del régimen capitalista que priva en España en ese momento, no despojado por completo del medioevo y hasta con residuos de economía más antigua todavía, lo que da por consecuencia que el régimen teocrático-militar establecido en nuestro territorio lleve consigo instituciones de reglamentación imperativa de la producción, la circulación, la distribución y el consumo de la riqueza, destacándose la industria minera como el factor más importante, no sólo porque sirvió a la colonización, sino porque sobre ella se asentaron las instituciones virreinales y llegaron a influir —opina Teja— en el mundo europeo para la revolución industrial moderna.

Así es posible entender que el arte —la arquitectura sobre todo—, la política, la religión —o las relaciones de la Iglesia, la Inquisición, etc.—, estén fundamentadas y se desarrollen con base en el régimen económico y en él se encuentre el origen de su desenvolvimiento; pero al mismo tiempo en los defectos de producción y distribución de la riqueza surjan también los principios de su decadencia y los factores de la debilidad colonial que favorecieron, por no decir

17) *La Cultura Mexicana Primitiva*, . . . p. 21.

que produjeron, los movimientos de independencia de las colonias hispanoamericanas, y en especial la de México.

Una de las percepciones de Teja Zabre, ésta de la Colonia, de lo mejor logrado en toda su obra. Con toda claridad pueden verse las relaciones entre la base económica y las formas sociales de vida, actuando como una mutua integración en lo que ha considerado como el motor del acontecer histórico. "...la causa radical de la revolución iniciada formalmente en 1810 ya es el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y la ruptura del equilibrio entre estas relaciones de producción y las formas políticas que las expresan..." (18).

Esquivando el peligro de caer en interpretaciones simplistas de los fenómenos históricos, al tratar la Independencia procura tocar el centro del complejo económico y biológico, como él mismo lo llama, y con ese propósito correlaciona los hechos históricos del país con los de la situación mundial —la decadencia del Imperio Español y el cambio producido en la cultura occidental en general—, analiza los móviles políticos y sociales y localiza las necesidades vitales que los causan por debajo de ellos; es decir, el desequilibrio en el régimen eco-

- 18) *Historia de México. La Independencia. México*, Ediciones Botas, 1934, p. 3. Encontramos otras consideraciones interesantes sobre la economía mexicana en el periodo colonial, como la siguiente:
"La antigua nobleza, que ha heredado los privilegios del encomendero, se hace fuerte con los aprovechamientos de la propiedad de las haciendas que se convierten en latifundios y las rentas urbanas, que se fincan en casas como sistemas de explotación de los centros poblados. La propiedad concedida a los indios por las leyes proteccionistas, se nulifica en conjunto por varias razones. En primer lugar, los feudos o predios comunales se han señalado generalmente a título de 'egidos' como lo indica la misma palabra, a la salida o en las orillas de los centros poblados, no teniendo en cuenta la calidad de las tierras para el cultivo, ni su dotación de agua y posibilidades de regadío. En segundo lugar, por las prohibiciones que arrancan desde la conquista y se mantienen por motivos de orden público y temor a las rebeliones, los indios no han podido mejorar sus útiles de explotación ni aprovechar debidamente el uso del caballo y de los ganados en general. La introducción de los sistemas mejorados de labranza ha sido incompleta y limitada. El tributo, que como el impuesto general es una forma indirecta de expropiación, agravado por las restricciones al comercio y la falta de capital, han hecho que los fundos o parcelas vayan saliendo de las manos de los indios para aumentar las haciendas. Y por último, los defectos de títulos primordiales, escrituras traslativas de dominio y de sucesión por herencia han reducido al mínimo la propiedad de las repúblicas de indios, al mismo tiempo que la falta de propiedad individual no ha permitido la creación de una verdadera clase campesina. Sólo se han formado escasos grupos de rancheros relativamente independientes, que forman también un agregado a la clase media de las ciudades y son elemento dinámico por inconformidad o ambición." en: *El Régimen Colonial...*, p. 171.

nómico, principalmente del complicado fenómeno de una nueva era industrial, caracterizado por la depreciación de la plata, el aumento en el costo de su producción a causa del agotamiento de los yacimientos próximos a la superficie y el triunfo del navalismo inglés sobre las comunicaciones marítimas de España y sus colonias.

El cambio político no conllevó necesariamente una variación en el régimen económico, y por eso el país se vio sacudido violentamente por luchas continuas y continuadas durante los años siguientes a su emancipación. La división entre liberales y conservadores, entre centralistas y federalistas, que en apariencia era un problema de organización administrativa, era en realidad un síntoma de graves deficiencias en la organización económica que revelaba falta de recursos para la pacificación del país, deficiencia que a su vez originaba la paralización de la industria, la pobreza de la instrucción, la muerte del crédito y el aumento incesante de la deuda extranjera.

De aquí la importancia y la enorme trascendencia de una medida como la nacionalización y la desamortización de los bienes del clero que el historiador Teja Zabre, considera justamente como "el principio de la redención económica de México", porque si "sus autores sólo alcanzaron la época de la destrucción y no gozaron los frutos, es difícil saber hasta qué punto las consecuencias de esta gran medida sirvieron para facilitar después, cuando la lucha se hubo calmado, la creación del México industrial, comercial y próspero que se ha visto en los últimos años del siglo pasado y el primer decenio del siglo presente". (19).

Evidentemente la pura modificación de la ley no era suficiente para solucionar los graves problemas que se planteaban. Los gobiernos de la restauración republicana recibieron el impulso del industrialismo capitalista europeo y norteamericano con el ferrocarril, la electricidad, las máquinas perforadoras, el beneficio de la plata por cianuración, y otras novedades técnicas que revolucionaron las formas del trabajo y crearon nuevas condiciones socioculturales. El problema fundamental entonces consistió en que los beneficios de todo este progreso no llegaron a la población indígena ni a las clases humildes en general, que no recibieron verdadera mejoría en sus condiciones de vida. Todas las ventajas que pudieron obtenerse se empequeñecieron ante un enorme desequilibrio en el disfrute que había de producir forzosamente una crisis con manifestaciones de insatisfacción y de

19) *Historia de México, Una Moderna...*, p. 332-333.

violencia. "La paz se destruyó por obra misma del sistema que se descomponía al continuarse indefinidamente, haciéndose más viejo y menos útil; concentrando las riquezas y el poder y cerrando el paso a la evolución y a las reformas y a los cambios de procedimientos de doctrinas sociales y de hombres. Y la experiencia, junto con los nuevos métodos de estudio históricos, demuestran que el aumento de la riqueza pública y de la población y el crecimiento de los recursos materiales, se debieron a las reformas en la técnica de la producción y a los nuevos métodos industriales, de transporte y de explotación" (20).

La Revolución de 1910, igual que los movimientos revolucionarios modernos, es estudiada por Teja con la imprescindible anotación destacada de la incidencia de las transformaciones industriales, la maquinaria, las técnicas de cultivo, el combustible, los transportes, la producción de petróleo y de energía eléctrica; pero con otra dimensión del pensamiento impuesto por la realidad de los hechos históricos: su concepto de Revolución.

La lucha de clases.

La condensación de ideas implicadas en la frase *la Historia es la historia de la lucha de clases* es una de las más considerables aportaciones del marxismo a la noción de la historia en el mundo afirma Teja Zabre. En efecto, son el motor de la historia los antagonismos que se producen cuando la clase que posee el poder y la riqueza y trata de mantener esa posesión, tiene frente a sí la oposición de la clase dominada y explotada, dispuesta a conquistar ese poder y la riqueza que lo sostiene. El antagonismo está fundamentado naturalmente en el régimen económico que condiciona su existencia y determina su actuación en el sentido de que sólo una minoría reducida participa del progreso, mientras que la gran masa de la población se ve obligada a ganar sus medios de subsistencia con el trabajo, acrecentando la riqueza de la minoría privilegiada.

En el transcurso de la historia han existido siempre clases dominantes y clases dominadas, explotadas y explotadoras. La lucha entre ellas ha originado una serie de fenómenos que determinan la formación de nuevas clases, hasta llegar a nuestra época, en que la lucha se plantea entre la burguesía, que posee los instrumentos de la producción para vivir, y el proletariado, sujeto a vender la única mercancía que posee, su trabajo.

20) *Ibid.* p. 356.

Igual que con el "determinismo" económico Teja Zabre no acata la ortodoxia con que los fanáticos de un malentendido marxismo ven el acontecer histórico a la luz del concepto de la lucha de clases. Hay que reconocer, dice, que sin que la lucha de clases sea el único factor de la sociedad como aquellos pretenden, la generatriz efectiva de la historia está en el empuje constante de los que tienen sus necesidades y sus deseos más despiertos y la resistencia de los que quieren conservar su posición de privilegio. Es necesario completar la interpretación histórica tomando como parte del equipo conceptual de estudio el principio de la lucha de clases y aplicarlo no cerrada y dogmáticamente sino, siguiendo a Henry de Man, utilizándola como instrumento de análisis y comprensión más amplia del momento que se vive.

Será necesario entender, entre otras cosas, que los choques y conflictos clasistas que son ciertamente factores de primera importancia, no se producen solamente entre la clase dominante y la clase dominada; también son un hecho que se registra dentro de las clases mismas, como en el caso de las guerras internacionales por los mercados entre los capitalistas de nuestro tiempo, o las luchas intertribales por la adquisición de esclavos en la antigüedad.

¿Cómo surge la lucha de clases y por qué la diversidad de tipos de esas luchas que se advierten en el transcurso de la historia?

Coincidiendo con la ideología de su tiempo —1933—, Teja Zabre ubica la causa del fenómeno en el "complejo de inferioridad social"; es decir, la necesidad de autovaloración por la sensación de impotencia frente a la representación del riesgo o la derrota, que constituye un móvil de conducta tan importante como el instinto adquisitivo en la dinámica social. El anhelo de justicia, sumado al deseo de autoafirmación de las clases desposeídas, se rebela contra el exceso de poder en manos de las clases directoras de la colectividad y luchan por conquistarlo para sí.

Cada quien tiene derecho a desear y procurar el mejoramiento de sus condiciones de vida; pero en la actualidad, tal mejoramiento no se plantea como problema individual y egoísta, sino como tarea de mejoramiento del grupo o de la clase a la que se pertenece. Este planteamiento —dice Teja— obedece a un imperativo moral que corresponde a la época moderna, pero sobre todo, está determinado por la eficiencia de sus resultados prácticos, porque el mejoramiento individual difícilmente es efectivo y estable si no corre parejo con el

de la propia clase. Por ello es que se considera regresiva o retrógrada la tendencia de mejoramiento individual y egocentrista.

Teja, acepta, pues, los aspectos esenciales de la doctrina de la lucha de clases, entre ellos la expectativa de una "sociedad sin clases" que, dice, no debe ser entendida como un mundo plano y nivelado por la supresión de la propiedad y la familia —puesto que la naturaleza humana impone la desigualdad natural—, sino como la supresión de la desigualdad artificial fundada en los privilegios; una sociedad sin clases que quiere decir sin las *actuales clases*. Piensa Teja que en nuestros días "las fuerzas productoras sobrepasan la capacidad burguesa y están en condiciones de pasar a manos del proletariado unido, que establecerá un régimen en el que participarán todos los miembros de la sociedad, y no solamente como productores, sino como consumidores y gerentes de la riqueza social. Mediante la regularización racional, podrá el régimen nuevo elevar la potencia de la producción hasta satisfacer progresivamente las necesidades razonables de los hombres". (21).

Tiene conciencia de que esta meta no podrá alcanzarse en un momento o de inmediato; que habrá de establecerse una lucha lenta, pero constante, en la que las clases que vayan perdiendo el poder irán ocupando nuevas posiciones, las que los grupos ascendentes "dejan a la retaguardia". Así, después de vencerse el baluarte del reaccionarismo absolutista, clerical y feudal, los reaccionarios serán moderados, y al "formularse la técnica de la revolución y del socialismo integral biológico y viviente, la tendencia conservadora se refugia en el reducto inmediato anterior del socialismo difuso, de tipo cristiano, papal, sentimental y mezclado con el liberalismo individualista y hasta jacobino". (22). De cualquier manera, está comprobado que la tendencia conservadora no puede oponerse con eficacia al esfuerzo expansivo de las masas desposeídas; y su resistencia sólo triunfará de modo efímero, a manera de un dique o represa que no hace sino provocar peores desbordamientos revolucionarios; y para ejemplificar cita la política de transacción que se ha seguido en la mayor parte del mundo capitalista, muy especialmente en los Estados Unidos. Al final de cuentas, dice con gran confianza, el empuje revolucionario triunfará y ha de llegarse a la meta prevista, aunque se produzcan mil contradicciones —individuales o gregarias—, matices y formas de táctica y orientación.

21) *Teoría de la Revolución...*, p. 81.

22) *Ibid.*, p. 130.

La teoría de la lucha de clases aplicada al estudio del pasado mexicano hace ver que la decadencia y desaparición de la cultura maya-quiché fue consecuencia de una lucha clasista. Las revoluciones sociales sólo se habían mencionado como una causa posible, pero no como la más probable, puesto que ante el tipo de su arquitectura se infiere que la construcción de tales monumentos fue factible por razón de la organización social en la que existía una numerosa clase sometida en la medida y durante el tiempo en que los grupos opresores tuvieron el poder suficiente. "Pero por el irremediable desgaste y descomposición de todo régimen de explotación llegaron al fin las catástrofes, las invasiones de poderes extranjeros, las revoluciones y la desintegración de las antiguas formas más o menos imperialistas". (23).

El examen de las ideas religiosas de los olmecas (xicalanca) y los toltecas —con la influencia que pudieron haber tenido sobre la cultura nahoa—, son efecto de la lucha de clases. Quetzalcoatl y Tezcatlipoca no son símbolos religiosos o políticos exclusivamente; son representantes de dos grupos sociales; uno, de una casta privilegiada, y el otro, de las grandes masas de cultura inferior.

El fenómeno de la Conquista se explica desde un punto de vista novedoso en el sentido de que permite la comprensión del siguiente período histórico —el colonial—, asentado sobre una base de división social, a la que vienen a sobreponerse nuevas formas de dominación que, lógicamente, originan otros conflictos de clases. Bastaría, dice Teja para una visión de conjunto la consideración de dos grandes núcleos que se forman inmediatamente después de la conquista: la clase poseedora y la desposeída. Pero es menester tener en cuenta que las clases sociales no son permanentes ni estáticas; evolucionan al transformarse los medios de la producción y las condiciones de la sociedad total, determinando la aparición de conflictos latentes o manifiestos entre las diversas clases sociales que se van definiendo en la Nueva España. Con toda claridad lo ve en su ensayo sobre *El Régimen Colonial*, y con destreza y acierto resume las formas de trabajo en la situación social imperante: "El europeo, y después el criollo, se dedicaron especialmente a la minería, a las funciones administrativas de orden político, al comercio y al acaparamiento de la tierra; el mestizo a las pequeñas industrias, al pequeño tráfico y a los servicios de orden privado que partiendo de la domesticidad, se elevan hasta las ocupaciones de las clases medias; el indio, relegado al bajo fondo, reduci-

23) *La Cultura Mexicana Primitiva...*, p. 17.

do a proveedor común de fuerza muscular gratuita para todos los trabajos rudos, agrícola o minero, de carga o de transporte; y el fraile y el clérigo a formar lentamente un organismo en la entraña del poder civil, por la continua absorción de la riqueza territorial, el dominio creciente sobre la masa indígena, y la dirección de la conciencia religiosa de las clases dominantes." (24).

La división del trabajo y la presencia de conflictos interclasistas, sumados al dominio del poder religioso, impusieron una revisión política, administrativa y económica, formalmente brillante, pero que no tiene mayor efectividad que la de contener el impulso de la nueva clase social en formación, la burguesía, apoyada en el pueblo mientras logra su ascenso al poder político. En una apreciación interesante pinta la posición del burgués en pocos trazos: "...tenía bienes propios, era poseedor y en su posesión radicaba su ideología. Orgulloso de su propiedad y de su cultura burguesa, era un individualista. Pese a todas sus simpatías por el pueblo, el burgués sentíase uno 'de los de arriba' y trazaba cuidadosamente la frontera entre los suyos y la masa vulgar de abajo. En su actuación revolucionaria, el burgués del siglo XVIII iba a buscar ideológicamente su teoría de la revolución al pasado, a la historia griega y romana." (25).

Así se explica la Independencia de México, cuyo impulso inicial, en el que se mezclaron los criollos del clero bajo, los rancheros, las masas proletarias del campo las minas y las ciudades, fue aplastado; y sólo los criollos de la casta superior, grandes propietarios y altos dignatarios eclesiásticos, consumaron el movimiento, exclusivamente en su aspecto político. "De este modo, la causa impulsiva de la Revolución, no escrita en planes ni en Constituciones quedó sepultada en la subconsciencia popular, reprimida y dispuesta a renacer en nuevos movimientos de renovación..." (26).

La consumación de la Independencia no quitó al clero y a los grandes propietarios comerciales su poder económico y sus privilegios. La aristocracia burocrática y militar del período colonial fue sustituida por nuevos agrupamientos conformados en la lucha, como la casta de políticos profesionales. La clase burguesa, que iniciara la rebelión, continuó su tarea de establecer los principios y las fórmulas del nuevo régimen democrático liberal; empeño que cubre el siglo XIX de nuestra historia y explica la debilidad de la población frente a las

24) *El Régimen Colonial...*, p. 25.

25) *La Independencia...*, p. 31.

26) *Ibid.*, p. 32.

invasiones extranjeras —que también tienen el signo de la lucha de clases. “Los privilegios perdidos por los altos funcionarios del régimen anterior, habían pasado a la casta de militares y funcionarios de la República; y los beneficios de la propiedad y el capitalismo a una nueva casta de propietarios, formada con los restos de la antigua nobleza de hacendados y mineros, y los nuevos ricos de la época de guerras civiles: prestamistas, rentistas, proveedores del ejército, compradores de bienes de comunidades religiosas y de propiedades nacionales. Y también comerciantes afortunados y profesionistas o políticos, que lograron subir de las clases inferiores y submedias, hasta las capas superiores de la burguesía.” (27); y en la contraparte, la masa proletaria con su minoría dirigente del partido liberal, ambiciosos de mejoramiento personal y de grupo que, inconformes, eran quienes tenían el mayor impulso para el cambio renovador.

Este es el estado de la correlación social que se prolonga durante toda la mitad del siglo XIX a pesar de los esfuerzos en contrario de los liberales y de los brotes de rebelión, como el de Ayutla, y aun de las guerras con los invasores extranjeros que en cierta forma desvanecieron las pugnas internas o fusionaron a los grupos en conflicto. Pero la lucha de clases no tiene manifestaciones de violencia, porque no se presenta como tal; la minoría dirigente de los liberales prepara rebeliones y hace resistencia en planes, estatutos y constituciones que dejan intacto el problema social. El conflicto tuvo que estallar con toda su violencia cuando los elementos conflictógenos se conjugaron resolviéndose en crisis inevitable, que Teja Zabre juzga como rebelión del proletariado, cuya importancia no fue ponderada desde luego, pero que se encontraba latente ya desde el momento en que Madero hace patente la necesidad de la renovación política. Así y por eso, la Revolución de 1910 es interpretada como la evidencia de una típica lucha de clases, en que el éxito de su primera etapa “se debió a la descomposición y cansancio del régimen anterior, que había llegado a su extremo de senilidad en hombres, instituciones y doctrinas, y al brusco alzamiento de las energías proletarias y populares que habían estado adormecidas, pero no muertas ni satisfechas”. (28).

Por nuestra parte, no creemos que se justifique ante los hechos la afirmación de que la de 1910 haya sido una revolución proletaria aunque sí un movimiento popular entendido a través del mecanismo de la lucha de clases. Pero se explica que Teja haya incurrido en esa

27) *Historia de México, Una Moderna Interpretación...*, p. 302.

28) *Ibid.* p. 363.

hipertrofia de apreciación, porque el tono general de su ideología era el del marxismo con las reservas de su necesaria adaptación; porque el clima socializante del régimen cardenista lo envolvía con sus entusiasmos reconstructores, y por que los pueblos de la tierra estaban ya conmoviéndose con el estruendo de la rebelión del proletariado mundial, presentando la perspectiva de poder ser incluidos en el logro de una socialización universal y definitiva. Teja Zabre es consecuente con su doble condición de ciudadano de su Estado y ciudadano de su época.

Visto cada período en particular de la Historia de México con el visor de la lucha de clases no ofrece novedad de importancia; pero cuando con su auxilio metódico se aplica a la totalidad panorámica, entonces se tiene que admitir que el marxismo nos ha dado una novedosa y muy útil aportación para la interpretación general y coherente de la evolución de nuestro pueblo que partiendo del análisis de etapas y de épocas, permite y hace posible la concepción completa de nuestro desenvolvimiento colectivo.

El Concepto de Revolución

En el equipo ideológico de Teja Zabre se encuentra con gran poder operante en el análisis de los hechos históricos su concepto de revolución, novedad de trascendencia en la historiografía, porque aprovechando las conquistas de las ciencias sociales no se concreta a la explicación de las transformaciones políticas, sino que penetra en su trasfondo para averiguar la causación económica, social y cultural.

Equivocado o acertado, esta es la síntesis de su pensamiento sobre la Revolución:

Las revoluciones convertidas en estado crónico, como estallidos violentos y destructivos, no son síntomas de energía en movimiento, sino desequilibrio, debilidad y descomposición. Porque significan que el Estado no es capaz de reprimir el desorden, pero tampoco el desorden puede crear un Estado con nuevo orden. Estas son las revoluciones de tipo político, dentro de las cuales las fuerzas en expansión atacan lo que se opone a su marcha y derriban lo que aparece como más gastado por decadencia económica y política. Sin embargo, no es posible limitarse a las interpretaciones políticas y económicas estrictas, porque el fenómeno de la Revolución abarca también otros sectores que complican los factores materiales económicos y políticos con los elementos geográficos, las fuerzas morales y aun los impulsos

subconscientes. Acuerda con Max Scheler en que ha sido el resentimiento, la nostalgia, el deseo de un bien que no se posee el móvil psíquico de las revoluciones, cuando tal resentimiento se hace colectivo, aun cuando sea en el subconsciente para difundirse después y cobrar realidad supraindividual.

El Universo y la sociedad —dice en el ideario mínimo de orientación izquierdista contenido en su *Teoría de la Revolución* (1936)— se encuentran en perpetuo cambio y movimiento de renovación, pero la inteligencia y la voluntad del hombre son capaces de encauzar, retardar o acelerar este devenir constante. Dicho movimiento no se efectúa en línea recta y progresiva pues se realiza en forma dialéctica, por contradicción de fuerzas, por lucha de contrarios, y eso es lo que origina las revoluciones en todos los aspectos de la vida.

En lo que llama “la influencia humana en el desarrollo histórico de las sociedades” debe entenderse que el hombre es un simple factor de influencia en la vida social ,pero no su creador”. “Influencia humana” quiere decir que la cultura y la civilización son el resultado del trabajo humano sobre la naturaleza; pero en muchas ocasiones las creaciones del hombre dentro de la civilización se levantan o se mantienen olvidando las leyes de la biología, porque el hombre crea sus leyes sin acomodarlas a sus conveniencias naturales. De aquí se sigue que siempre es necesario el trabajo de ajustar la civilización a la naturaleza, por lo que se producen las contradicciones que originan la Revolución.

La principal de estas contradicciones es la que surge de la organización del trabajo, o sea, en la técnica de la producción, puesto que ésta es la base de la organización social. Del trabajo organizado de la producción económica salen conformadas las clases sociales, que luchan entre sí por el dominio de los medios de la producción; de aquí brota la revolución, que en la época moderna sigue los postulados fundamentales de la insurgencia proletaria, para lograr la igualdad económica, la creación de un nuevo Estado que realice la socialización progresiva de los medios de producción, y la formación de una conciencia de clase para construir la nueva sociedad de acuerdo con los planteamientos revolucionarios que son sus objetivos, en los aspectos técnico, económico y cultural.

Tales planteamientos habrán de adoptar un programa de realización inmediata, en una primera etapa, adecuando la ideología revolucionaria a la realidad, para concretar los principios y doctrinas,

transformándolos en leyes y poder llevarlos a su cristalización en la acción política, "con las inevitables deformaciones, retrasos o esfuerzos bruscos provocados por la resistencia del medio, los intereses creados y las transacciones o desviaciones de la política militante y de las deficiencias humanas". (29).

Explica sintéticamente y valiéndose de un cuadro sinóptico las siguientes etapas del proceso revolucionario dando, previamente, su propia definición de la Revolución: "LA REVOLUCION ES UN CAMBIO DE REGIMEN POLITICO, ECONOMICO Y SOCIAL EN FORMA ACELERADA Y VIOLENTA. EN SU MAS PROFUNDO SENTIDO, REVOLUCION ES LA LUCHA DE LO QUE ES MUDABLE POR OBRA ESPONTANEA DE LA NATURALEZA Y POR ACCION DEL HOMBRE, CONTRA TODO LO QUE PRETENDE SER PERMANENTE SOLAMENTE POR LA VOLUNTAD DEL HOMBRE". (30).

Las fases más importantes o más visibles en el proceso revolucionario son la *militar*, que destruye los obstáculos que se oponen a la renovación; la *política*, para crear los nuevos órganos de acción colectiva; la *económica*, que perfecciona y ordena la producción, y la fase *técnica*, para fijar las reglas, normas y leyes de las nuevas instituciones. El reajuste se continúa posteriormente al extender las leyes su radio de acción a los sectores de la moral, la ciencia, el arte y la mística social.

Las consecuencias de la revolución deben ser los cambios de una época o ciclo de la historia, a otra época. Esta nueva época se caracteriza por la superposición de un nuevo conjunto social asentado sobre una base económica renovada y con nuevas costumbres, nueva moral, nuevo orden jurídico, nuevas formas de ciencia y de arte, mientras las antiguas formas declinan, se petrifican o desaparecen. Para ello será necesario tomar en cuenta —si se es verdadero revolucionario—, que la voluntad del hombre no puede quebrantar las leyes naturales ni dominar absolutamente a los elementos de la revolución aunque sí puede desviarlos, acelerar o retardar su marcha y evitar o suavizar los choques mediante la acción consciente de sus facultades.

¿Cuál ha de ser la orientación doctrinaria de esta Revolución social que se vislumbra en el futuro próximo?

29) *Teoría de la Revolución*, . . . p. 95

30) *Ibid.* p. 139.

“La ideología de la Revolución comienza por reconocer que la base de la función social está en las cosas, en los hechos, en la tierra y en la producción de los medios de vida.” (31). Es decir, que tendrá que surgir de la realidad misma, para de ahí ascender a planos más altos, porque no va a desdeñarse “la ideología superior o filosofía de la revolución”, pues es menester borrar el prejuicio de la incompatibilidad entre la ciencia pura y la acción social de izquierda; la filosofía no es enemiga de la revolución social. Lo que sucede es que hasta ahora ha estado al margen de la revolución sin vínculos con la realidad y especulaba de espaldas a las necesidades del momento. Al inspirarse en la vida real podrán llegar sus conclusiones hasta los trabajadores que la han rechazado como un platillo demasiado fuerte, pero podrán asimilar sus verdades con una conveniente adaptación del vocabulario en la expresión de las ideas esenciales. El mismo Teja Zabre parece querer cumplir este propósito con su *Teoría de la Revolución*, que es, en verdad, obra de difusión de una teoría social, puesta al alcance del nivel de captación popular.

Como *táctica revolucionaria* deberá tenerse presente que no siempre será posible el paso de un Estado burgués y capitalista a la dictadura del proletariado, al establecimiento de un Estado comunista que realice los anhelos de la Revolución. Los revolucionarios podrán favorecer la transformación, tomando en cuenta las limitaciones de tiempo y de espacio que impone la naturaleza a la voluntad del hombre, para poder entender lo que el marxismo llama *correlación de fuerzas* es decir, la proporción y balance de las fuerzas sociales antagónicas, que en un momento dado pueden presentarse más favorables a la Revolución social. La Revolución puede llegar a estallar, pero no triunfará, si las fuerzas conservadoras son más poderosas que los impulsos revolucionarios. Asimismo, las energías no materiales que proceden de las condiciones económicas y biológicas del individuo, “las fuerzas psicológicas” como la tradición, la religión, la ley, la ignorancia, el miedo, el error y aun los sentimientos afectivos como la piedad la admiración y la devoción pueden cambiar el curso del proceso revolucionario.

Alcanzado el poder, la Revolución “puede operar como gobierno legítimo por acción legislativa, fiscal, industrial, y sobre todo, por medio de la educación, integralmente (sic) de acuerdo con los fines del nuevo Estado y la nueva organización social.” (32).

31) *Ibid.* p. 63.

32) *Ibid.* p. 130.

Mirada la historia de México con el prisma de esta teoría sólo merecen recibir el nombre de Revolución los movimientos de Independencia y el de 1910. La Independencia refleja un fenómeno revolucionario universal, a pesar de que se presenta con deformaciones y tropieza con obstáculos debidos a las distancias y a las condiciones de nuestro medio geográfico y social. A la luz de los modernos conceptos de Revolución en *La Independencia* —ensayo citado— “no debe estudiarse nada más el hecho militar y político, con relación de alzamientos, motines, conspiraciones, batallas y glorificación personal de los héroes y caudillos. Es necesario comenzar la aplicación de los modernos conceptos que definen la doctrina, es decir, el método, la ciencia y la técnica de la Revolución, entendido como fenómeno trascendente y universal.” (33).

Sólo que al intentar practicar ese propósito la realidad se resiste al encuadramiento en que se quiere encasillarla porque, como el mismo autor lo reconoce, el movimiento de independencia no presenta los caracteres marcados de renovación social, industrial y económica que definen las transformaciones revolucionarias de la época contemporánea.

Su idea de la historia choca ahora con sus convicciones políticas que aguzan su pensamiento para someter una realidad móvil a los moldes de una doctrina. Pero es lo suficientemente sensible para percatarse de la imposibilidad de acomodar los hechos históricos a moldes tijos y se ve obligado a modificar sus categorías de interpretación para dar cabida a la realidad sin contradecir sus propósitos originales de juzgar los acontecimientos dentro de las condiciones en que se produjeron.

Salva el peligro de la contradicción diciendo: las etapas de la Revolución, en las cuatro fases que señala la doctrina moderna, no pueden darse en el movimiento de 1810 por varios motivos: en primer lugar, la clase insurgente apenas comenzaba a tener fuerza, número, organización y conciencia; en segundo lugar, la debilidad de sus elementos militares y las condiciones adversas del medio geográfico permitieron sólo un triunfo aparente que en 1821 concede una independencia formal y una renovación política y militar que es apenas parcial. De este modo la fase económica de la revolución (destrucción de las antiguas formas de producción) y la fase técnica (creación de normas estables y definidas para la construcción) no pueden darse en

33) *La Independencia...*, p. 3.

este movimiento, si bien, anticipan ya, insiste, las tendencias radicales de la Revolución moderna.

Muy diferente es el caso de la Revolución de 1910 en el que parece haber una mayor correspondencia entre la realidad de los hechos con la doctrina; por lo menos en los orígenes de su impulso, ya que posteriormente las condiciones de la sociedad mexicana la hicieron derivar por otros derroteros. Por eso creemos que Teja Zabre hace una afirmación exagerada cuando dice que la Revolución mexicana de este siglo representa el típico fenómeno revolucionario del proletariado contemporáneo, y con esa convicción presenta un cuadro esquemático en el que las etapas de su desarrollo coinciden exactamente con las de su teoría. La misma visualización se encuentra en su *Teoría de la Revolución*, y posteriormente repite el esquema en el *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*, convencido de su veracidad.

Se puede ver ahí la exposición ordenada de los cambios en la técnica de la producción que determinaron transformaciones en el régimen social, agregando en apartado especial la importancia del factor demográfico, en que se detallan las características de la población, cuya mayoría de obreros y campesinos es indígena o con un leve mestizaje, al lado de una pequeña burguesía amorfa de criollos mexicanos y capitalistas extranjeros. En este caso, dice, el contraste de las fuerzas favorece al proletariado y por ello se produce la revolución.

Los caracteres revolucionarios más acentuados son obrerismo, nacionalismo, indianismo y agrarismo. Todos ellos se dan, en forma latente o manifiesta, en las diversas fases de la Revolución, que sigue esta secuencia: la *fase militar* corresponde al enfrentamiento del ejército antiguo contra el ejército popular, integrado principalmente por campesinos, y con un Estado Mayor de rancheros, maestros, obreros e intelectuales que logran el triunfo inmediato: la *fase política*, se presenta como revolución liberal que combate la dictadura reaccionaria, y al mismo tiempo que pugna por la realización de los postulados constitucionales de 1857 esboza los primeros anhelos de reforma social; la *fase económica* es el período constructivo de la Revolución donde se presentan las nuevas formas de la producción, el fomento de los ferrocarriles, carreteras y líneas aéreas, así como la enseñanza técnica en la producción, medidas reguladoras de la misma, control monetario y protección a la industria nacional, nacionalización y explotación estatal del petróleo, *intervención estatal*, en dos palabras. En esta fase es posible apreciar nuevas contradicciones económicas obs-

taculizadoras, como el capitalismo de técnica moderna contra el capitalismo de técnica retrasada, las rivalidades entre mexicanos y extranjeros, las rivalidades de empresa, y la aparición de los bancos. Por último está la *fase técnica*, que al plasmarse la Revolución tiene su expresión en leyes y normas de conducta, de las que la Constitución de 1917 es su máximo exponente con su tendencia a la socialización superpuesta a una estructura liberal y democrática, y que propicia la creación de leyes del trabajo (protección al trabajador), leyes agrarias (beneficio al campesinado), leyes educativas (socialización de la cultura), y un nuevo concepto filosófico al que puede llamarse filosofía de la acción que concibe racionalmente la vida, y por los caminos del materialismo histórico, en su faceta dialéctica, conduce a una "ciencia de la vida" y a la conciencia de la relatividad que priva en el presente.

Se ha constituido, asimismo, una mística social cuyos rasgos principales son la unidad sindical y gremial, agrupamiento de las clases trabajadoras que por medio de la unificación más generalizada de los trabajadores del mundo, puede llegar a dar sentido a la unidad cósmica que él expresa como "Tat twan asi" (Esa cosa viviente eres tú) (34).

Hay que recordar que todas las consideraciones anteriores se hicieron bajo el signo socialista del régimen de Lázaro Cárdenas y del ambiente de optimismo revolucionario que permite suponer que la Revolución sigue avanzando por las etapas de su proceso, en la medida en que lo hagan posible las energías y el entusiasmo en la acción.

Esta elaboración interpretativa de la Revolución Mexicana es, a nuestro parecer, de las mejor logradas por Teja Zabre, no ciertamente por su exactitud, sino porque responde a los imperativos de una realidad que sugiere al historiógrafo una teoría, insuficiente o equivocada para una situación social diferente, que es de utilidad para la que él examina por que surge precisamente de ella. Su conciencia de la relatividad lo obliga a retocar la interpretación marxista de la historia para presentar, en una panorámica completa, su visión de la transformación revolucionaria mexicana que le ha tocado convivir.

El Imperialismo.

El imperialismo es un hecho innegable en la convivencia inter-

34) *Teoría de la Revolución...*, p. 147; no aparece referencia alguna al origen de la expresión mencionada.

nacional de los pueblos. Como idea, comprendida lógicamente dentro del marxismo, es sin duda una categoría interpretativa de la historia difícil de ser aplicada, porque unas veces tiene demasiadas cargas emocionales derivadas de las experiencias del pasado histórico, como es el caso de los "izquierdistas" mexicanos, y otras, porque el alcance del concepto tiene distintas dimensiones desde el imperialismo familiar, pasando por el territorial, el político, el económico, hasta el cultural que entorpecen su aplicación correcta en el análisis de las situaciones locales regionales o mundiales.

Teja Zabre, por ejemplo, califica de imperialistas los dominios de Roma y Cartago en la antigüedad, y como pugnas imperialistas las del Papado y el Imperio en la Edad Media, que no tiene motivaciones económicas, pero que tienen complicaciones profundas de otro género. Sus explicaciones de los avances imperialistas en nuestro país son muy locales y concretas y no parece que pudieran tomarse como recurso de interpretación histórica.

De sus referencias al imperialismo deducimos que entiende por tal la expansión de una potencia que, habiendo satisfecho sus necesidades, tiene que invadir otras entidades económicamente insuficientes para dominarlas como mercados y como productores de materias primas a la vez. La difusión imperialista, dice, aprovecha los espacios abiertos, débilmente poblados o con poblaciones sin densidad ni poder agresivo, porque el principal obstáculo para el dominio de un pueblo conquistador reside precisamente en la resistencia pasiva o activa de estos pueblos débiles que pueden someterse al dominio momentáneo, pero cuya fuerza de supervivencia estriba en su capacidad de resistencia, que a su vez, radica en el arraigo y estabilidad de su cultura.

Según se puede apreciar, el término *imperialismo* es usado por Teja en su sentido más amplio, y con esa dimensión no completamente definida se avoca al estudio de los acontecimientos más destacados de la historia de México. Así se entiende que asocie con ese concepto la tentativa de mediación de Inglaterra en la Independencia, mencionando las ofertas de ayuda que se hicieron al generalísimo Morelos, como se supone, y que no llegaron a ser efectivas. Tales mediaciones revelan, a la luz de su idea del imperialismo, el proceso de sustitución de un régimen ya caduco por otro comercial e industrial representado por Inglaterra y ayudan por lo demás, a explicarnos ciertos aspectos de la política seguida por los insurgentes.

La ambiciosa expansión de los Estados Unidos sobre la República Mexicana, que sitúa en los inicios de la Independencia y que califica de lugar común histórico, no se ha estudiado suficientemente en las diversas formas, complicadas y fluctuantes que tiene un fenómeno a la vez político, demográfico y biológico. Una de ellas es la participación del presidente James Monroe, a quien se atribuyen insinuaciones de ayuda a los insurgentes, a condición de que conviniera en que México se convirtiera en parte de la federación norteamericana. Pero descontando este tipo de especulaciones, los postulados mismos de la Doctrina Monroe, al rechazar la intervención de poderes monárquicos europeos en las naciones republicanas de América, tenían el propósito de asegurar sus instituciones y la finalidad concreta de proteger su entidad política y económica. Por eso el esclarecimiento de la influencia norteamericana en los problemas políticos de México es sumamente difícil; los propósitos manifiestos tienen la mayor parte de las veces otros encubiertos, que responden a motivaciones distintas y que se descubren, sólo en algunos casos, cuando los resultados prácticos los muestran con evidencia. Es preciso, dice Teja, por esta ambivalencia de las actitudes, examinar muy a fondo las circunstancias de época, la realidad y el alcance de los hechos y los factores morales y militares que pueden haber intervenido en cada caso.

Uno de estos casos es la intervención armada de 1947, suceso que condensa la situación de toda una época y que patentiza uno de los problemas que nuestro país ha tenido que afrontar por fatalidad geográfica desde sus primeros pasos en la vida independiente. Se refiere a nuestras relaciones con los Estados Unidos y al hecho de que su supremacía económica no fue producto del azar sino de circunstancias diferentes de signo positivo entre las que hay que tomar en cuenta el clima que ofreció a los europeos condiciones propicias por su semejanza con las que produjeron la civilización transplantada de Europa.

Con este realismo lógico es posible entender mejor la tendencia expansiva norteamericana sobre naciones débiles que con su debilidad y sus divisiones internas hacían expedita la dominación por la potencia del Norte. Tendencia expansiva que no fue simplemente movimiento de invasión y penetración, sino que se complicaba, de una y de otra parte, con la actuación de fuerzas contrapuestas: en México las contiendas políticas internas en medio de la gran crisis económica de la agricultura y de la minería y en los Estados Unidos la misma apariencia política que no lograba encubrir los intereses de los agricultores esclavistas en pugna con el progreso de las industrias

manufactureras del Norte y que dividían al coloso en partidarios del proteccionismo y partidarios del libre cambio.

En la guerra contra los Estados Unidos no se encuentra una figura superior que represente la defensa de México; los clases directivas de nuestro país no supieron o no pudieron conducirse como era su deber en la angustiosa situación. "Para México, la invasión norteamericana es una terrible lección. En esta guerra se vió que la justicia y el derecho son débiles en las luchas de pueblo a pueblo, cuando faltan fuerzas materiales y organización... No hay principio ni ley que puedan autorizar el despojo. Solamente la fuerza lo realizó, y solamente ésta o la habilidad pudieron haberlo evitado... Ojalá... que la lección no se haya recibido en vano, y que a través del tiempo nos sirva para prevenir otros peligros semejantes, disfrazados (sic) con formas de conquista económica y capitalismo dominador" (35).

En el caso de la expedición punitiva y la intervención militar de México en Veracruz durante la etapa violenta de la Revolución de 1910 —*Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*— la competencia industrial y financiera agudizada por la guerra de 1914-1918, originó las grandes maniobras de política internacional y financiera de los Estados Unidos para dominar los campos de producción petrolera y asegurarse el dominio de las rutas marítimas americanas, como el Canal de Panamá. Más tarde, con motivo de la nacionalización del petróleo, de indemnizaciones por daños causados a extranjeros durante la revolución, o por la ocupación de tierras para dotaciones ejidales, la presión de los Estados Unidos, que ya se había manifestado unas veces latente y otras agresiva, se agudizó hasta el punto de que hubo de aceptarse la necesidad de admitir transacciones diplomáticas, para conservar la integridad del país y de las instituciones, con la promesa de no expropiar tierras de propietarios norteamericanos sino mediante indemnización. Estas son las causas razonables a las que Teja liga la intervención imperialista de los Estados Unidos de Norteamérica, agregando que, en la actualidad, la aplicación y evolución de la Doctrina Monroe se ha vuelto elástica, y llega a admitir excepciones, reservas y hasta transacciones como la Buena Vecindad o la Organización de Estados Americanos; pero de cualquier forma, el sistema interamericano ha sido admitido por los países iberoamericanos sobre la base de una igualdad teórica que salva el honor, pero que no otorga ninguna garantía efectiva en la práctica.

35) *Historia de México, Una Moderna...*, p. 325-326.

Es la visión del historiador mexicano que se halla ante la superioridad real de una potencia imperialista y anhela una analogía bilateral que permita a su pueblo y a su Estado otro tipo de relación internacional que ya no sea el de dependencia. Pero de ninguna manera puede afirmarse que sea ésta la visión de un teórico marxista-leninista que ve en el imperialismo la fase monopolista del capitalismo con sus características de concentración del capital bancario e industrial hasta llegar a ser "capital financiero" y la formación de la oligarquía, la concentración de la producción hasta llegar al monopolio, la exportación de capitales y ya no de mercancías, la formación de asociaciones internacionales monopolistas que se reparten el mundo hasta convertirse en potencias mundiales. Teja es un historiador patriota, consecuentemente, nacionalista que siente solidario las angustias y apremios de la realidad de su pueblo en su presente y asume la responsabilidad profesional de contribuir con la contundencia de la verdad histórica a la invariabilidad de las directivas de su futuro. Por eso toma de todas las doctrinas lo que considera necesario y útil para explicar lo dado, lo mismo que para justificar lo que no se ha dado y es deseable que se dé: la vida humana de los mexicanos.

Humanismo marxista.

"Uno de los errores más frecuentes en la crítica del marxismo es considerar la llamada teoría del materialismo histórico como una interpretación económica simplista... Es verdad que Marx deriva la historia principalmente de la economía; pero entiende a su vez el hecho económico derivado de la geografía, o sea la relación del hombre y la tierra, por medio de factores materiales y espirituales. De esta manera, el marxismo no sólo se hace humano, sino profundamente espiritual y aún místico" (36).

En esta transcripción es manifiesto que Teja Zabre entiende el marxismo como lo que es, una creación del hombre y para el hombre, *lo humano* del hombre como motivo y fin de la doctrina. Tomar el materialismo histórico como tesis válida para la interpretación de la historia no es, por cierto, descuidar los aspectos espirituales de la vida individual o colectiva, negándolos o ignorándolos. El materialismo interpretativo se propone y logra encontrar la relación causal del

36) *La Biografía de México...*, p. 35. En la *Teoría de la Revolución...*, p. 150, se encuentra el mismo párrafo, transcrito casi textualmente, con excepción de la última palabra, "místico", que se cambia por el término "cósmico", lo que le da un sentido menos idealista, más real.

hombre con su realidad ambiental con la que está en reciproca dependencia haciendo de él a la vez sujeto y objeto de la historia sólo posible de ser comprendido cuando se enfoca su estudio abarcando todos los aspectos de su personalidad, entre los que cuenta, decisivamente, esa realidad que lo rodea.

Lamentablemente, el marxismo no siempre ha sido entendido así ni por sus mismos seguidores. Se hace necesario por eso emprender una vuelta al humanismo de la doctrina marxista, empezando por la tarea de comprensión y depuración que despoje a la teoría de dogmatismo y aplicaciones aisladas de sus principios y la vea como un eslabón en la cadena del conocimiento general. Es imprescindible discernir lo que en las interpretaciones marxistas hay de relativo, de falsificado o extraviado, para establecer la diferencia entre la propaganda, la literatura de combate y lo que se ha usado como pretexto de combinaciones temporales y de estrategia política. El marxismo se ha convertido en un problema de economía, de política, y sobre todo, de palabras; su sola mención es un tema "tabú"; las palabras *dialéctica materialismo, comunismo*, son en muchos casos términos prohibidos; será necesario quitarles ese carácter dogmático que se les ha atribuido desde los campos extremistas —tanto de derecha como de izquierda con los cuales no concuerda Teja Zabre—, para devolverle su sentido humano, como instrumento de estudio y elemento de renovación, como doctrina que tiene por objeto explicar la historia de la humanidad.

El marxismo no es obra limitada y aislada de un solo hombre. Marx combinó —bien lo sabe Teja— la filosofía alemana con el idealismo francés y la sabiduría práctica de Inglaterra, con la intención de formular una síntesis general. Negar la doctrina marxista o adoptarla con ceguera sectaria, "creer que ya murió o que es obra perfecta, es ofender a la cultura del mundo. Lo racional es reconocer sus antecedentes y sus consecuentes, entroncarla con la vida anterior y posterior, sujetarla a rectificación depuración y deslinde, y comprenderla en su evolución aunque sea envuelta por las enseñanzas nuevas de la realidad experimentada y de las nuevas doctrinas" (37). Probablemente así pierda la construcción marxista su carácter dramático y su aparente solidez, pero adquirirá entonces un sentido más humano, al ganar en vitalidad por su adaptación a la contemporaneidad y su eficiencia en la empresa de comprensión del mundo, ya que humanizar el marxismo significa que nada humano le ha de ser extraño.

37) *La Biografía de México...*, p. 48.

Se ha dicho que en el movimiento de reforma social no aparece el factor espiritual y esta afirmación no es del todo exacta. En nuestro mundo actual —explica Teja— el acento de todas las discusiones se coloca sobre el aspecto material, y el marxismo no es la excepción; se habla casi exclusivamente de economía y de técnica; lo mismo sucede con las diversas formas del capitalismo, que de hecho se caracteriza por su aridez espiritual. Se llega incluso a decir que hace falta un matiz religioso a la doctrina socialista: pero lo que hace falta de religioso no es la ritualidad externa, ni la organización eclesiástica, que es problema de táctica; y ni aún la fe que mueve a las multitudes, el miedo o la ilusión, que existen ya dentro del marxismo, sino lo que constituye el fondo y es lo más respetable del sentimiento religioso: las normas del espíritu para obtener un beneficio para el alma humana, el sentido cósmico de la eternidad y las formas puras del altruismo. Por otra parte, agrega, el hombre dinámico no necesita de estímulo ni de consuelos, como el hombre joven no necesita religión. Se siente ya en el socialismo la fe en algo más allá de la vida diaria pero se busca la sustancia del sentimiento religioso, una especie de regla de oro que pueda dar paz a los seres humanos.

Y si el socialismo posee ya características en común con las religiones, entonces la doctrina tiene un gran fondo de espiritualidad y de sentimiento, de ansiedad generosa por el mejoramiento humano, "de altruismo que pone en primer término los intereses de la comunidad. ¿Quién que es, no es romántico,, decía el gran vaticinador. ¿Quién que es, no es socialista en el buen sentido de la palabra?" (38).

Se advierte por lo anteriormente expuesto, que Teja Zabre encuentra coincidencias entre el socialismo y las religiones, principalmente la cristiana. Con gran optimismo de lo humano en ambas doctrinas ve lo más valioso, es decir, el altruismo y el interés por los demás, y hasta llega a suponer que si se practica efectivamente la norma cristiana en su sentido más puro, los sentimientos de caridad y renunciación allanarían el camino de la igualdad efectiva zanjando diferen-

38) *Teoría de la Revolución...*, p. 111. Queremos mencionar el siguiente párrafo, en la misma obra, que se titula "El Jabali Amansado": "Desde el momento en que se admite la restricción de libertad individual en provecho de la patria, de la sociedad o de la ciudad, como el servicio de jurados, el servicio militar, la obligación de tomar las armas en defensa de su país, se es socialista. El individualista cerrado, el que no quiere dar nada de su propia persona, es en estado salvaje un jabalí, y en estado de refinamiento, según diría Guerra Junqueiro, llegaría a ser lo que un jabalí domesticado, es decir, un cerdo".

cias de clases, concediendo, sin conceder, a la religión un poder que no posee, pues piensa con Marx y con una propia manera de entender que "la religión es el opio del pueblo". Cuando habla de religión en efecto no se refiere a sus "aspectos componentes" como los llama; no a los hombres o instituciones con propósitos religiosos, sino al sentimiento esencial y primordial del que hay que señalar la ruta de su evolución desde el cristianismo primitivo hasta el pensamiento cristiano moderno. Jesús era una figura popular que tenía por enemigos a las clases privilegiadas, los sacerdotes y los fariseos; su esperanza era para los pobres y oprimidos, que veían en él una mezcla de aspiraciones espirituales y materiales condensadas en la vieja sentencia "hambre y sed de justicia". Entonces, la promesa del reino celestial era para la gente de su tiempo como el gobierno ilustrado del siglo XVIII, la democracia liberal del siglo XIX o la dictadura proletaria de nuestra época. No se desconoce, naturalmente, el aspecto trascendente que pueda tener el sentimiento religioso; precisamente por ello es buena la comparación de la religión con un sedativo, pero no con el sentido peyorativo que se le dió originalmente, sino pensando que si el opio es un remedio que alivia los males que sólo son curables con la muerte, no es absurdo ni hereje asegurar que la religión tiene algo de enervante que produce sueño y quietud.

Nuestra época evoluciona. Quizá llegue el día en que el hombre alcance un estado de plenitud material y espiritual de tan alto rango que le permita prescindir de las creencias religiosas. Mientras esto no suceda, "el verdadero cristiano debería preguntarse lo que Jesús podría ordenar si volviera a vivir entre nosotros, y el marxista consciente tendrá que proceder en forma semejante, investigando por la doctrina hecha en el siglo pasado, lo que debe ser la doctrina para el año presente". (39). Sin duda es bello construir un sistema que trata de ofrecer una visión total del universo, aunque sólo sea absoluta desde el punto de vista de su autor; pero esa visión tiene que ser transformada —opina el relativista Teja Zabre— por otra conciencia, por otra sensibilidad, o por la misma incluso, apenas cambie de perspectiva.

Lo que siempre será necesario tener en cuenta, cualquiera que sea el cambio que se imprima al pensamiento, es que el único redentor, el único mártir que sufre, el pobre de hecho y de espíritu, es el *Hombre masa*. Por eso es posible considerar al revolucionario como un salvador de vidas y defensor del patrimonio cultural humano por

39) *Teoría de la Revolución...*, p. 60.

más radical, por más extremista que parezca, cuando propone formas de convivencia y de régimen, de vida pacífica y humana, y logra salvar hasta los restos de la clase social derribada.

El pensamiento contemporáneo se acerca así a un nuevo humanismo. En las tendencias más actuales —las que tienen un fondo de interés social por ello llamadas socialistas—, todo lo que en su contenido conceptual es justificable, porque destruyen con razón o construyen con claridad, ha de transformarse en patrimonio humano cuando se desarrolle en un aire nuevo, definible por sus impulsos de libertad, de paz y de alegría.

Visión justificadamente optimista, pero totalmente ideal ésta de Teja Zabre que se apresta a vivir un nuevo humanismo en que se reconozca la injusticia de la trayectoria histórica que ha hecho que padres y abuelos trabajen con dolor para que los descendientes recojan con alegría, en que se inicie el cultivo de la tierra y también el cultivo del espíritu. Visión humana e ideal que exalta con brillantez oratoria: "En este terreno tendrán que encontrarse todos los hombres de buena voluntad. Es tan sólo el primer paso. Pero así empieza también el camino más largo. El camino está abierto. El laberinto cerrado, estancado y glacial del marxismo mal comprendido, se convierte en algo humano, lleno de vida y de vigor. Camina, vuela, se extiende en muchas dimensiones, irradia y se ramifica en corrientes o en olas de energía. Debe considerarse como algo vital cargado de poder suficiente para convertirse en universal, ecuménico, católico en el original sentido griego de la palabra: que todo lo abraza, libre de prejuicios, incluyendo a todo el género humano. Después, debe volver a la tierra, y adquirir el olor, el color y el sabor de cada país adaptado a la realidad como el líquido en su vaso. Y finalmente arraigado en todas las tierras de todos los países, alimentado por la perpetuamente renovada esencia de la vida, entonces será como la vida misma en su sentido eterno y cósmico: semilla, germinación, madurez, insurgencia, renovación... ¡La Vida!" (40).

Hemos de repetir aquí, conmovidos, que sólo el entusiasmo patriótico y el acendrado nacionalismo de Teja Zabre pudieron llevar el marxismo flexionado en curva hasta hacerlo coincidir con el cristianismo primitivo en un empeño loable del historiógrafo de inculcar sólidamente en la conciencia colectiva el nuevo humanismo hibridizado en su pensamiento conciliatorio. Ni Marx, ni los teóricos del marxismo

40) *Ibid.* p. 178-179.

hubieran esperado jamás que de la simple actuación de la innata bondad humana resultara la realización de sus objetivos doctrinarios. Es probable, sin embargo, que detrás del brillo retórico esté la convicción de que se pueden dar explicaciones simples de las situaciones sociales que son complejas, del mismo modo que no hay soluciones fáciles para los problemas que son difíciles, y por eso recoge verdades disímbricas que mezcla y usa. Así La Vida, bandera del nuevo humanismo que postula, tiene también sus razones biológicas de ser y de existir.

El "determinismo biológico".

La influencia del medio geográfico y de los factores biológicos en el devenir histórico y la importancia de la biología como ciencia básica para la investigación, es otro de los aspectos del método interpretativo de Teja Zabre durante un período —posteriormente evolucionado y superado— de su producción historiográfica: *Ensayos de Historia de México*, *Breve Historia de México* (1933-1936) y *Frontera Interamericana* (1937).

Ahí se ve su convencimiento de que la interpretación biológica supera al marxismo y a todas las interpretaciones unilaterales o parciales, porque las comprende a todas, limitándolas en algunos casos, ampliándolas en otros. Su optimismo por los avances de la biología lo lleva a creer que puede, con los conocimientos de esta ciencia, penetrar lo suficiente para arrancar los mismos antecedentes de la vida humana en el contraste entre la vida vegetativa y la vida animal, y siguiendo la curva de evolución en ese sentido descubrir que los hombres y las tribus de tendencia sedentaria son los precursores de la burguesía, mientras que los hombres y las tribus errantes, nómadas y guerreras, con hambre y furor, son los antepasados del proletariado mundial.

Otra vez el compuesto mental, no la síntesis, de las ideas de la evolución biológica, entendida a su manera, con la tendencia política socialista, a las que más tarde agregará atisbos de historicismo; sin poder prever que al llegar al momento del deslinde de los corrientes historiográficas será evidente su incompatibilidad.

El medio geográfico —sigue Teja Zabre biólogo— actúa sobre el hombre por intermedio de las relaciones de producción que se dan en condiciones determinadas por las propiedades de dicho medio. La forma en que se produce esta influencia no es igual ni constante, sino que se obtiene en forma y cantidad variable, según las for-

mas de relación que se van creando al evolucionar las fuerzas productivas y el poder del hombre sobre la naturaleza o el medio geográfico ambiente. Es cierto que Marx llegó a entender con precisión la idea de la base geográfica de la historia universal —planteada por Hegel— cuando dice que las propiedades del medio geográfico determinan tanto el carácter de los productos de la naturaleza que sirven a las necesidades del hombre, como los objetos que éste produce con el mismo fin. Por ello puede entenderse que las revoluciones sociales aparezcan como un constante proceso de asimilación y de eliminación, puesto que surgen de las relaciones entabladas en la producción y distribución de los medios de vida, determinados por el medio geográfico.

Con este criterio, Teja Zabre enfoca diversos aspectos de la historia de México y, asimismo, alude a las condiciones geográficas y biológicas de los Estados Unidos y de Iberoamérica, trazando una línea divisoria entre ambos en el Río Bravo y la frontera mexicana, sabiendo como sabe que la demarcación es relativa tratándose de la cultura, la economía o cualquiera otro factor incontenible con barreras naturales, para suponer que quizá una de las razones de la diferencia en el desarrollo de ambos bloques de cultura, se encuentre en las condiciones biológicas de cada uno de ellos sin que estas condiciones sean determinantes, sobre todo en la época actual, en que las relaciones de la vida se complican cada vez más y el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza disminuye en cierta forma las diferencias.

Mayor influencia del medio geográfico existe sobre los pueblos primitivos de poco desarrollo —así es el caso de la época prehispánica entre nosotros— en que los caracteres adquiridos por razón del medio físico en una cultura son aplicables a todas las demás, porque todas ellas son análogas por la raza y por los elementos fundamentales de su civilización. El primer dato importante para la historia de México desde este punto de vista es —dice Teja— su posición en la tierra, entre los meridianos 12 y 18 y los paralelos 14 y 32, posición que, combinada con el relieve del suelo y las condiciones del clima, explica las condiciones del medio geográfico. México toma su forma actual al final de la Era Terciaria y a esa época corresponde un fenómeno geológico de gran trascendencia para la historia: la formación de las sierras por las fuertes erupciones volcánicas, el levantamiento de la altiplanicie central, la configuración de las zonas geográficas y la abundancia de vetas metálicas que habrán de producir la gran riqueza minera posteriormente.

En función del medio geográfico los movimientos de población se dan en tres direcciones: de Norte a Sur, de Sur a Norte y de irradiación central, siempre en la dirección de los lugares propicios para la habitación. Los primeros grupos humanos en nuestro continente tuvieron que luchar con las limitaciones y obstáculos del medio geográfico, y también con el aislamiento total del mundo eurásico; —extraña afirmación ésta que toma en cuenta a Eurasia con criterio actual, como una unidad integrada en la historia universal cuando en el tiempo a que se refiere, su existencia y situación eran desconocidas—. Si bien el habitante de América no puede considerarse originario de este continente, sigue, la condición aislada de su desarrollo no le permite integrar su evolución histórica en la del resto de los pueblos de la tierra. Pero lo importante no es determinar el origen del hombre americano, sino entender que su aislamiento le dió una situación histórica determinada, que necesariamente influye en su historia posterior.

El medio geográfico es condición de desarrollo de los pueblos prehispánicos y de su consecuente inferioridad material ante la invasión de los europeos, que por eso pueden sobreponerse fácilmente a una sociedad que carece de comunicaciones, de animales de transporte y carga, y de instrumentos y de equipo de hierro para la pequeña industria. Por eso también, los sacrificios humanos y la antropofagia no deben tomarse como hechos de ferocidad o de salvajismo; “son indicios que descubren las condiciones internas, el carácter y la época de desarrollo de una cultura. El canibalismo, aun como acto de tendencia religiosa, es una manifestación de hambre. Un pueblo perseguido, aislado, errante, obligado a vivir largo tiempo como bestia feroz en las regiones más despobladas y menos productivas en zonas de desiertos, en valles sin cultivos estables, entre el fango de las orillas de los lagos, tenía que caer en la antropofagia y conservar durante mucho tiempo huellas de esta costumbre” (41).

La conquista y la colonización de América son movimientos de expansión, de ascenso vital, de desbordamiento de las energías de una cultura, la europea, que a través de España tienen que producirse en razón de las limitaciones de la realidad. La cultura se trasplanta por el camino más largo sobre el océano, con deficiencia en las comunicaciones, y se establece en una comarca con sus centros de población en mesetas altas e interiores, escasas vías fluviales y pocos recursos de tráfico marítimo. Es la traslación de un régimen peninsular a

41) *La Cultura Mexicana Primitiva...*, p. 66.

un territorio continental, de enormes extensiones, en condiciones en que la naturaleza parece haberse confabulado para colocar las mayores riquezas junto a los mayores obstáculos. Las instituciones europeas tuvieron que establecerse sobre una cultura cuyo desarrollo era obra de siglos, integrada a la fauna, la flora, el régimen de lluvias y el clima, lo que explica la inevitable adaptación y modificación de formas e instituciones.

El crecimiento, la prosperidad y el fin de la colonización obedecen, asimismo, a los factores naturales biológicos, pues se proyectan sobre las culturas mexicanas primitivas en un impulso de fecundación que pudo progresar hasta los términos limitativos de la naturaleza física y de los hombres. Así resulta comprensible la transformación en el sistema universal de comunicaciones, de industria y de comercio. Mientras España se lanzó en aventuras por las regiones tropicales, en cuencas aisladas de producción y secadas por el invencible clima tórrido, los ingleses conquistaron paso a paso tierras frías o templadas, abiertas y conexas, adaptadas a los procedimientos de la nueva era industrial del maquinismo. Por eso las que se consideran causas de la decadencia española del siglo XVIII deben entenderse como las de un fenómeno de contracción o desintegración del imperio hispánico, sometido a las presiones de otras culturas desbordantes de energía expansiva, al desgaste interior por el esfuerzo desplegado y al trabajo de adaptación de la influencia del hombre sobre la tierra y a la inversa.

Las apreciaciones biológicas de los hechos históricos no pasan en la obra de Teja Zabre más allá de la Independencia de México. Esporádicamente menciona después la presencia actuante del ambiente físico-geográfico, no como determinante, sino como concausa de la evolución histórica. El entrecomillado del título de este apartado indica que no puede ni debe tomarse su postura biologista transitoria como una constante de su acervo teórico interpretativo, sino más bien y mejor, como reaparición incidental del positivismo que, como se dijo, es parte residual de su formación intelectual. Posteriormente, la interpretación biológica se integra a otros sistemas y la facticidad del medio geográfico toma su lugar justo como factor de integración en el acontecer histórico.

El Héroe.

Las individualidades prominentes en la historia de México, los héroes, las personas destacadas en las acciones bélicas o en el campo

creador del intelecto, en la política o en el pensamiento fueron —al lado de la interpretación económica de la historia— tema principal en la obra de Alfonso Teja Zabre. Sus biografías sobre Morelos, Cuauhtémoc Leandro Valle y Justo Sierra, además de algunas semblanzas de otros hombres insignes incluidas en sus obras de carácter general, demuestran el grado en que la heroicidad del *hombre-historia* promovió sus intereses. En todas ellas se advierten rasgos esenciales generales y comunes a todos y cada uno de los personajes.

Representar el valor de un pueblo, simbolizar sus ideales, condensar una situación social crítica, vencido o vencedor, son características del héroe en la historia. No sólo los afortunados que triunfan; también los que fecundan con sangre y con dolor la derrota que trasciende.

Pero el héroe no es “determinante” en los acontecimientos en los que participa cuando las condiciones históricas no son concurrentes con la causa heroica porque ya están orientadas hacia un rumbo determinado. Si bien es cierto que los grandes momentos requieren grandes personalidades, también es necesario discernir y ponderar la figura “intocable” del semidios tradicional en la conciencia popular, sin minimizar su mérito y sin destruir la función tutelar que tienen en la continuidad unitaria de la solidaridad nacional.

Es necesario —dice Teja— considerar a los héroes en sus dimensiones humanas, no para regatearles méritos, sino al contrario, para exaltarlos, puesto que es más valioso aquel que con su estatura de hombre realiza hazañas extraordinarias que el super-hombre —inexistente, por otra parte— a quien resulta fácil llevarlas a cabo.

Cuauhtémoc reviste los caracteres simbólicos y es figura representativa de todo el México prehispánico, “representativo de la noción de patria geográfica y de las razas que pertenecen a la propia tierra de Anáhuac, por haber tenido en ellas su arraigo durante siglos” (42). Es además la personificación del héroe vencido, del hombre que muere por defender su patria, y cuyos méritos —su grandeza en el tormento y en la muerte, su valor personal, su altura de héroe trágico y la belleza de sus actitudes y de sus palabras—, son hechos para la estatua y el troquel. Por ello no falta la admiración, el homenaje y el amor para este hombre infortunado que muere por defender y no por conquistar, que conoce la rabia del vencido y tiene en la prisión o en el martirio tanta grandeza como otros en la cima victoriosa. Pero es

42) *El Descubrimiento y la Conquista...*, p. 51.

también Cuauhtémoc elemento de interpretación de la historia de México en ese período significativo de la conquista española, porque como se verá posteriormente, Teja lo toma como un medio para reivindicar la figura de Cortés, integrando a ambos en la panorámica del desarrollo del pueblo mexicano. Cuauhtémoc es, en suma, el hombre-símbolo, el hombre-leyenda, un ser humano en la derrota que se convierte en expresión de una circunstancia histórica, un héroe.

Todo el período que se inicia con la conquista y la colonización y se continúa con la época colonial, está sembrada de pequeñas semblanzas de hombres notables, especialmente en la primera parte de este período. La vida colonial institucional no fue propicia al surgimiento de grandes individualidades, dice Teja, con excepción de algunos nobles misioneros insignes por su obra espiritual. La conquista y la colonización en cambio, presentan los caracteres épicos que dan realce a las audaces hazañas de los conquistadores a quienes se habían anticipado ya, en arrojo y valor, los exploradores, empezando por Colón. A todos ellos hay que verlos dentro de sus límites humanos. Al Almirante genovés, por ejemplo, no debe mirársele como "un santo, un genio o un sabio, puesto que sus errores fueron grandes y dolorosos"; "fue ambicioso faltó a la verdad, fue soberbio y a veces cruel; abrió el camino de la conquista con todos sus beneficios y todos sus horrores, y enseñó también los modos de la civilización y destrucción de los indios"; era un visionario, quizá un loco, pero a pesar de ello, con sus dimensiones de geógrafo y de marino y con su voluntad poderosa la obra de Colón es hazaña inmortal. "Visionario, jactancioso, soñador audaz, loco y temerario, poeta del Océano, bíblico y desmesurado. No importa. De este modo crece la obra de Isabel y surge la de Pinzón. Italia y España pueden seguir usufructuando por siglos la grandeza de quien les descubrió por maravillosa locura y audacia descomunal la cuarta parte de la tierra" (43)

Difícil en verdad resulta en la práctica ser consecuente con los propósitos declarados. A pesar de sus afirmaciones en contrario Teja sucumbe a su vocación poética, cuando pinta a Colón como "... soñador, audaz, loco y temerario, poeta del Océano, bíblico y desmesurado...". Reconoce la importancia de Pinzón y se propone reducir a sus límites humanos la figura de Colón pero no puede evitar enfocarla con la emoción lírica que ha sido componente de su personalidad.

Otros ejemplos podrían citarse para ilustrar el propósito de re-

43) *Ibid.* p. 14-15.

saltar lo humano del héroe en la historia. Cortés, personaje histórico, será tratado en otro lugar dentro del tema del panorama general de la conquista.

La Independencia, acontecimiento histórico que tanto material ha proporcionado a los creadores de héroes legendarios, y que el biógrafo Teja aprovecha para continuar su tendencia de rectificación, presenta en el primer plano —no en el centro, dónde está la firme grandeza de Morelos—, a don Miguel Hidalgo, tan retocado para poder merecer el dictado de Padre de la Patria. En realidad, no era un patriarca, ni un profeta sabio, ni un anciano revestido de santidad; era más bien un clérigo ilustrado como lo fuera un abate francés del siglo XVIII, lector de la Enciclopedia, adorador de la razón, un poco volteriano y “hasta algo dado a la galantería. Estaba fuera de su medio en el pobre curato de Dolores como estuvo fuera de cuadro en el torbellino de la gran revolución popular y proletaria. . . Pero sus deficiencias de caudillo y sus debilidades y errores de hombre se compensan porque a pesar de todo fue el verdadero iniciador; y porque intentó conscientemente una gran empresa de libertad, comprendiendo que le costaría la vida”. (44). Ciertamente fue *iniciador* de la Independencia porque los planteamientos radicales de la autonomía de México se harían posteriormente, con Morelos. La imagen del cura de Dolores ha sido despojada por Teja de los ornatos tradicionales con que la cursilería patriota de la oratoria oficial, apoyada por uno que otro historiador, habían ocultado su autenticidad humana.

La obra de don José María Morelos y Pavón, de MORELOS, está plenamente fusionada con el contenido trascendente de la Independencia. Su vida, dice Teja— podrá ser valorada como la de un hombre extraordinario, de un carácter formidable y un valor constante y permanente, porque la causa a la que dedicó sus esfuerzos puede ser juzgada también como una grande y alta tarea política y social. Nunca se insistirá lo bastante, agrega, en que para comprender y juzgar a los hombres de la revolución de Independencia, es preciso no olvidar un momento la época y el medio en que vivieron y las excepcionales condiciones en que lucharon. Se habla de la crueldad de Morelos, o de los momentáneos desfallecimientos de su valor, que pueden comprobarse suficientemente: pero es que no se consideran las circunstancias en que se movió el caudillo del Sur; su fama había crecido tan desmesuradamente, que en torno suyo había sin duda respeto, adulación, consejeros oficiosos y toda esa “vegetación parásita”

44) *La Independencia*, . . . , p. 57.

que acompaña a las grandezas del mundo y que pueden ser causa de los desfallecimientos de su carácter. Además, debe entenderse también a Morelos como hombre, con todas sus posibilidades de errores humanos. "Los mexicanos quisiéramos encontrar en él al héroe sin sombras, sin desfallecimientos, sin errores. Es verdad que el tipo del héroe acabado es solamente creación de la leyenda y de la poesía, y que si el perfecto hombre superior llegara a existir sus obras serían escasamente meritorias, porque no es causa de admiración ni de extramada alabanza que con poderosos y excepcionales medios se ejecuten empresas memorables. Aunque sea más humilde, es más digno de amor el héroe *humano*, con las debilidades y flaquezas de un mortal y que, con los elementos vacilantes, incompletos y efímeros que la Naturaleza otorga, realiza hechos inmortales (45).

La biografía de Leandro Valle fue inspirada, según el mismo autor lo declara, por la influencia romántica que en su juventud ejercieron las vidas de los hombres de la Revolución Francesa, con quienes compara al joven liberal. Después de minuciosa investigación, la simpatía por Valle no se amengua; sus cualidades personales —valor, sinceridad, entusiasmo, lealtad— son suficientes para asegurarle respeto y devoción y presentarlo como ejemplo de gallarda virilidad. Sin embargo, esas cualidades no alcanzan a tener categoría histórica, dice Teja, porque no trascienden de la individualidad a la colectividad. Pero Leandro Valle es un héroe; un héroe humano, precisamente porque no llega a las alturas gloriosas de los grandes caudillos; un héroe romántico, joven, idealista, brillante, cuyas justas dimensiones se perciben no en la comparación con otras personalidades y otras culturas que adornen con sus cualidades a nuestras figuras sino en el enjuiciamiento de lo que él mismo fue. "Ni Saint-Just, ni Marceau, ni Barbaroux, Leandro Valle es sencillamente un leal soldado de la Constitución, un hombre de México que tenía las virtudes comunes de nuestra juventud, magnificadas por su destino trágico, su calidad de representativo y el triunfo de su bandera". (46).

De las semblanzas que a lo largo de la Historia de México presenta Teja Zabre, la de don Justo Sierra es un ejemplo en el que se muestra a un notable del pensamiento, digno de ser colocado en el mismo plan jerárquico en que se hallan los otros constructores de la patria. Sus cualidades intelectuales, sus aptitudes directivas y de organización de la educación nacional, la pureza de su vida privada

45) *Vida de Morelos* (1916), p. 209-210.

46) *Leandro Valle...*, p. 156.

y su ferviente patriotismo que lo impulsó a formular un evangelio de religión cívica y de mexicanismo depurado, elevado y consciente, le dan ese derecho.

Don Justo Sierra es un maestro en el más amplio sentido de la palabra; un acabado ejemplar de la cultura criolla, con todo lo mejor y sin todo lo malo de nuestro medio y de nuestra raza, y sobre todo, con los rasgos bien definidos que cada momento histórico que tocó en su vida reflejó en su personalidad; romántico liberal, humanista, vitalista y brillante científico positivista en su actuación. Maestro, en el sentido estricto, como educador e instructor, como guiador y animador que representaba y fijaba en los espíritus juveniles por medio de imágenes casi vivientes las grandes escenas de la historia. Supo además, agrega Teja, aprovechar lecciones y materiales de otros pensadores, y hacerlos propios por legítima asimilación y facultades intuitivas, sin convertirse en siervo de dogmas inmutables, abriendo su pensamiento y el de sus discípulos "a los cuatro vientos del espíritu", caminando valientemente por los nuevos senderos. "El nos habría enseñado a salvar las desilusiones del momento, a juzgar con sentido histórico los trastornos sociales y políticos, a trabajar por la cultura y por el arte con sencillez de obreros. Y como buen latino, adorador de la vida y del sol, de la esperanza y del mañana, nos habría llevado adelante por las rutas del ensueño, de la belleza y de los deberes patrióticos y humanos, con palabras tónicas y paternales" (47).

No se trata en este caso de quitar falsedad, exageración o distorsión a la imagen de un hombre eminente, sino simplemente de delinearla en sus perfiles históricos; es decir, como en el caso de los demás, dentro de su tiempo y en su evolución.

Teja Zabre realiza así, nos parece, aquel deber señalado al principio de este estudio de su obra: desestereotipar las figuras del pasado, desde su propio punto de vista. Por añadidura, hace ver detrás de la litografía y de la tricromía acartonada y envejecida en las paredes, y en el monumento de la plaza pública, al hombre cuya ejemplaridad puede ser emulada por las nuevas generaciones, creando el sentimiento de la solidaridad histórica para constituir y mantener el *ethos* nacional.

47) *La Estatua de don Justo Sierra. Dos Lecciones del Maestro.* Ensayo preliminar por Alfonso Teja Zabre. México, Cuadernos de Letras, 1942, p. 39.

CAPITULO IV

INTERPRETACION JERARQUIZANTE

Los procesos históricos o concatenaciones de situaciones sociales generalizadas sólo pueden ser conocidas desde fuera —se dijo ya en el capítulo anterior—, cuando se manifiestan en expresiones de obras, de hechos, de acontecimientos, de cultura objetivada, que tienen sentido y valor captables mediante criterios generales con que el estudioso las aprehende para darles forma de pensamiento a los intereses y estados situacionales de la sociedad en un momento dado, con enjuiciamientos que dependen de sus propios sentidos y valores. Pero las formas del pensamiento —aclara Mannheim—, no se pueden comprender debidamente mientras permanezcan oscuros sus orígenes sociales. Es un error deducir del hecho de que sólo el hombre piensa, que las ideas y sentimientos que sirven de motivo a un individuo tienen su origen en él mismo y que pueden explicarse adecuadamente a base de la experiencia de su propia vida solamente. El pensamiento debe captarse dentro del marco de una situación histórica de la que emerge progresiva y lentamente el pensamiento individualmente diferenciado. El hombre que piensa pertenece a ciertos grupos que han desarrollado un estilo especial de pensamiento propio, ante la exigencia de responder a situaciones típicas que caracterizan su situación común.

Al mismo tiempo, el pensamiento no es ajeno e indiferente a la trama de acción colectiva, por la cual descubrimos nuestro mundo —pueblo, estado, nación, comunidad o interdependencia internacional—, en un sentido intelectual; acaso, llevados por el impulso a la acción o voluntad de *hacer para seguir siendo*, como elemento volitivo del pensamiento sin el que el contenido concreto de la idea no permitiría organizar ni plantear inteligentemente los problemas, ni encontrarles soluciones teóricas apropiadas y eficientes.

La misma investigación del objeto, que es lo que decide el criterio de verdad o error del conocimiento, no es en la historia un acto aislado de los valores y de los impulsos colectivos voluntarios o inconscientes, como creemos haberlo esbozado anteriormente; está dentro de los moldes de las actividades colectivas de donde tienen que sacarse no sólo las cuestiones generales, sino también las hipótesis concretas para ordenar los hechos y los acontecimientos.

Superado el método que no tomaba en cuenta la ingerencia del proceso histórico en el modo de pensarlo, ahora es generalmente admitido que el planteamiento metódico de los problemas, para ser correcto, debe comprender en sus términos la experiencia real y humana de donde los problemas surgen, la voluntad del historiador de seleccionar los hechos, valorándolos, de entre la multiplicidad que contempla, y la jerarquización estructural de las unidades parciales, como paso final con el que se aspira a obtener otro tipo de objetividad que no excluye los juicios de valor, pero sí los verifica y controla, dando paso a la actividad generalizadora de las ciencias sociales.

En la obra de todos los historiadores de México se advierten datos que señalan su orientación y sus puntos de mira: su ideología política, el método o equipo intelectual de su investigación, su idea del objeto de estudio y la categoría jerárquica que a cada sector de la historia de México le otorgan en su concepción total. Intentan ir de la inmediatez de los acontecimientos a su diferenciación, y de ahí a la unidad haciendo, sucesivamente, historia acontecimental, historia circunstancial y, finalmente, historia estructural partiendo de lo móvil a lo relativamente inmóvil.

La unidad estructural jerárquica de la obra de Alfonso Teja Zabre es ahora lo que nos interesa presentar con la recurrencia de su idea de México, por supuesto. Los componentes de la estructura que se han llamado y siguen llamándose cultura prehispánica, proceso de conquista, vida colonial, Reforma y Revolución de 1910, serán vistos en su evaluación personal, tratando de saber el lugar que ocupan en su visión total de la historia de México.

Componentes básicos.

En el tiempo en que escribe sobre la época prehispánica, los estudios sobre el tema son aún elementales, o mejor dicho, apenas se reinician, después de haber sido relegado su interés por el florecimiento de la historia colonial (de la última década del siglo XIX a las

dos primeras del siglo XX). Debido al mayor entusiasmo por los estudios coloniales, aquella fase primera del desarrollo del pueblo mexicano se veía a través de hábitos mentales tradicionales sin precisión en las apreciaciones superados años más tarde ciertamente. Así, nos dice al referirse a la cultura maya: "...todo lo que está científicamente adquirido, o sea humanamente aceptable, deberá incorporarse a la historia conforme vaya saliendo de los estudios especiales correspondientes, previa depuración y crítica. Entretanto será preciso conformarse con una visión de conjunto y de interpretación elemental, con los datos sucintos que pueden tomar nombre y número". (1).

Teja sabe que el conocimiento de la vida de los pueblos prehispánicos es indispensable al entendimiento de la evolución histórica de México en sus etapas posteriores. Y en paralelismo reivindicador parangona, asemejándolas, la cultura tolteca con la de los etruscos, ubicándolas por igual en los confines de la prehistoria y la leyenda; a los mayas con los griegos, pueblos ambos políticamente divididos en pequeños estados mutuamente hostiles, pero unidos en ligas y alianzas, con afinidades religiosas y de pensamiento y, en fin, a los aztecas con los romanos, pueblos igualmente rudos y guerreros que se levantan por la fuerza de las armas, de las ruinas de una civilización destruida.

La intervención del factor económico para interpretar a los pueblos prehispánicos, como quedó dicho, es una novedad en la historiografía tradicional, según la cual era suficiente para explicarlos mencionar la concurrencia de la economía agrícola, de la religión y del gobierno en un sistema teocrático, en que la división de las clases era consecuencia del grado de desarrollo de los grupos que los formaban. Así, dice Teja rectificando, la clase poseedora de la cultura, dominante políticamente por su propio poder, pesa sobre las clases formadas por los elementos de culturas inferiores; y este dominio está basado en la posesión de la tierra y de los medios de la producción, de los conocimientos científicos, de las fórmulas del derecho y de la religión y de la fuerza de la organización militar.

Tanto en sus obras generales sobre historia de México, como en el ensayo particularmente referido a *La Cultura Mexicana Primitiva*, la caracterización cultural está hecha con informaciones de otros autores que no menciona expresamente, pero que sintetiza con claridad y con sencilla precisión. Lo mismo sucede con la historia política y con la cronología disponibles que aprovecha tal cual eran conocidas, pues

1) *La Cultura Mexicana Primitiva...*, p. 16.

las investigaciones de mayor alcance apenas se iniciaban y no había mentalidad ampliamente inquisidora, ni interés para penetrar más hondo en esos temas.

La importancia del mejor conocimiento de la época prehispanica reside pues, para Teja, en que es el antecedente, el elemento básico de la futura nacionalidad mexicana, al que habrá de superponerse, con la Conquista la cultura occidental personificada en los españoles: "el mexicano no es solamente mezcla de español e indio, o de castellano y mexicano. El español es también andaluz, catalán, vascongado; tiene influencias árabes y germánicas, por los moros y los godos. Su genealogía arranca desde los celtas y los iberos hasta tocar los límites del mundo grecolatino, entroncando a su vez con el oriente asiático, persa, caucásico, indostánico. El indio de América se remonta por su ascendencia hasta lejanas, pero efectivas afinidades mongólicas y polinesias". (2). Entonces, el tradicional consenso de una historia mexicana mestiza como simple fusión de lo español e indio, no es justificado por completo; el fenómeno de la combinación cultural es más complejo, y así venía ya siendo considerado por otros autores antes de Teja Zabre, de quienes recoge sus aportes y los repite con variantes y retoques.

Del mismo modo y como se dijo al tratarse de los héroes, en su descripción del descubrimiento de América, su propósito manifiesto es depurar la figura de Cristóbal Colón despojándolo de atributos exaltados que lo transfiguran en semidios, sin restarle los méritos auténticos que le niega el apasionamiento contrario. No sale adelante su intención y puede decirse que sucumbe ante el peso de los enjuiciamientos habituales cuando dice: "Por mucho tiempo todavía, la tradición seguirá viva entre las muchedumbres, y cuando se haya cumplido la obra lenta de la depuración, la parte de la verdad accesible a los humanos será favorable para la gloria del marinero que no sabía navegar, ni manejar el cuadrante, el oscuro dibujante de mapas que dió fama a los nombres de sus padres, Domingo Colombo y Susana Fontana Rosa". (3).

Muestra lo anterior que Teja Zabre sigue, en general, los cauces habituales del pensamiento sobre el mundo primitivo mexicano, sin atreverse demasiado a remover lo que se ha aceptado como verdad establecida. No es así cuando trata la Conquista.

2) *El Régimen Colonial...*, p. 56.

3) *El Descubrimiento y la Conquista...*, p. 7.

Mezcla y mestizaje.

“Dos náufragos, uno militar y otro religioso, comenzaron sin saberlo la empresa de fusión de razas y culturas en la Nueva España”, dice de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, miembros de la expedición fracasada frente a las costas de Yucatán en 1512 que se salvaron y vivieron entre los mayas. Desde esta mención sobresale la idea de mezcla de cultras en su interpretación del choque de los hombres que las representaban, choque en el que “. . . triunfó la espada, y más aún, las escopetas y las balletas. Los indios huyeron y los españoles pudieron llegar a unos adoratorios en donde encontraron ídolos de barro y piezas de oro. En este primer episodio esta esbozada en pequeño la Conquista”. (4).

El mestizaje resultante de la fusión de dos pueblos en la historia de México no es, desde luego, una apreciación original de Teja Zabre. Tiene antecedentes en *México a través de los siglos* y más próximos en Justo Sierra, quien rectificando el esquema de los historiadores del siglo XIX que presentaban dos pueblos yuxtapuestos y enemigos, quiere hacer ver en la Conquista el hecho esencialmente creador de la nacionalidad mexicana: “El día que nació el primer hijo de Marina y Hernán Cortés, surgió la nacionalidad mexicana, producto de la unión del conquistador con el conquistado, y apareció en la historia un pueblo que se ha desarrollado de una manera especial”. (5).

En el pensamiento de Justo Sierra creer o juzgar la Conquista como un mal es solemne desatino o paradoja, porque con ello se denuncia a México que es el resultado de esa conquista y del período colonial que le siguió.

Teja, por su parte, que no fue discípulo de don Justo Sierra, pero conoció con amplitud su modo de pensar, recoge del maestro la idea del mestizaje de la historia mexicana en principio y su acuerdo lo induce a publicar dos de sus discursos pronunciados en España, donde fundamentalmente se reconoce la legitimidad del hecho combinatorio que produce un nuevo ser nacional. Acepta la pauta hermenéutica, pero la aclara y enriquece. El procedimiento de la conquista, dice, y las necesidades del medio obligaron primero al cruzamiento de la raza y posteriormente al mestizaje cultural. El primero se efectuó

4) *Ibid.* p. 22 y 27.

5) Justo Sierra. “Lección de Historia de México”, en *La Estatua de don Justo Sierra. Dos Lecciones del Maestro.* p. 42-43.

entre el hombre europeo y la mujer indígena, favorecido, o más bien provocado, por la falta de mujeres europeas: "Esta clase de matrimonio con elemento dominador masculino y elemento femenino humillado, tiene gran importancia para la fundación de la nacionalidad. Las funciones de la mujer en la creación de la familia, la transmisión de las tradiciones y el arreglo de la estructura social, tienen aspecto muy característico en la Nueva España, con posibles resonancias y consecuencias que no se han investigado todavía, ni mucho menos en su fase de importancia material y de psicología colectiva". (6). Así se anticipaba, abriendo un camino y, acaso estimulándola —lo anterior fue escrito en 1934—, a la preocupación posterior de diseñar la autenticidad del mexicano en especulaciones proliferadas desde la iniciación de Samuel Ramos, para localizar "lo mexicano" en nosotros, en nuestras respuestas de conducta y en las peculiaridades de lo que hacemos y queremos. En 1959 habríamos de contar ya con Octavio Paz, dibujante literario seguro, elegante y recio, con presentaciones teóricas sobre psicología del mexicano, basadas en nuestro origen histórico, la fusión de razas, de temperamentos, subrayando el combinado del elemento masculino dominador y el elemento femenino dominado por violencia, no como simple concurrencia genética reproductora, sino como principio de explicación psicosomática del ser y del modo de ser del mexicano; sin contar, claro, porque no es el caso, con estudios en los que se han puesto en práctica las más modernas técnicas de investigación social para tipificarnos, pero que no inciden en lo histórico. (7).

No estamos autorizados para afirmar que esa corriente de afa- nes intelectuales para entender y comprender lo mexicano tenga su punto de partida en las observaciones de Teja Zabre, pero sí es interesante constatar que los resultados positivos del pensamiento son acumulativos con el tiempo y con las aportaciones de diversas mentalidades, intenciones y puntos de vista entre los que cuenta el suyo.

No piensa la conquista como la fusión simplificada de español e indio, se dijo anteriormente; uno y otro traían influencias de sangre y de contacto con razas ancestrales en complejidad creciente hacia atrás "hasta el infinito" que concurrieron en nuestro país al formar una nueva familia de mestizaje plural. En la formación de este mestizaje no puede atenderse solamente a los rasgos esenciales de raza, en su connotación estricta, podría decirse biológica, si es que se quie-

6) *El Régimen Colonial*. . . p. 55.

7) *Cfr. Octavio Paz, El Laberinto de la Soledad. Vid. Supra.*

re llegar a una comprensión cabal del fenómeno generador. "Para encontrar los rasgos comunes que indican uniformidad, cohesión y solidaridad, sentido de patria y verdadera raza, será necesario más tarde descubrir la influencia moldeadora de la tierra, que ha juntado y fundido en un complejo criollo a los factores hispánicos y americanos"; y "...para buscar sus diferencias y sus divergencias, más que a los rasgos de raza, es preciso atender a sus condiciones funcionales de posición económica y social". (8). Lo que significa, a nuestra manera de entender, un nuevo elemento de juicio en la interpretación de la conquista. Si con Justo Sierra se oficializa la reivindicación de la conquista al reconocer al español como uno de los elementos formativos de nuestra nacionalidad y con Vasconcelos adquiere una significación trascendente por cuanto por el conducto de España se continúa en América la cultura latina para proyectarse hacia la plasmación de la Raza Cósmica, Teja, con menos resonancias emocionales, señala la ingerencia del factor colectivo (social y económico) y la necesidad de tomarle en cuenta para explicarse la parte y las formas que de las culturas en fusión llegaron a integrarse, en un planteamiento más preciso de interpretación en que participan las opiniones anteriores.

En la Conquista está también el héroe encarnado por Cuauhtémoc que surge con caracteres excepcionales y con perfiles de grandeza dramática dentro de la aún indescifrada historia prehispánica. Pero la imagen del último gobernante mexica, en la mente del historiador que lo retrata no tiene los caracteres del odio pasional contra el conquistador, ni la resignación y lamentación extemporánea de la "raza vencida" que representa. Es la figura noble y gigante que por sus dimensiones en cotejo con el adversario, rescata de la ignominia al conquistador al reconocerle calidades heroicas —que también las tiene—, siguiendo de ese modo el sentido reivindicativo de la violencia imprescindible para la generación de un pueblo nuevo. En visión imaginaria supone que Cortés, al enterarse de la elección del joven Tlacatecuhtli "...respiró más fuerte y se enderezó para recorrer con una mirada imperiosa el Valle de los Volcanes, satisfecho por sentir la inminencia de un adversario digno de combatir. Su gloria habría sido apenas reputación de hábil comerciante y mañoso logrero si hubiera hecho la conquista simplemente engañando a Moctezuma y apoderándose furtivamente del Imperio Mexicano. La lucha de Cuauhtémoc contra Cortés hizo de la Conquista de México una pelea de se

8) *El Régimen Colonial...*, p. 55.

midioses". (9). Junto a ellos Moctezuma se opaca y es la figura de un vencido sin gloria, representativo de un imperio en decadencia, ablandado y debilitado por su mismo poderío.

Decir, como dice, que en la última etapa de la existencia de "la nacionalidad primitiva" Cuauhtémoc se convierte en símbolo de un pueblo que defiende su libertad con energía llevada hasta la desesperación, es repetir las versiones habituales provenientes de cronistas historiadores-actores de la conquista y conocedores de la personalidad del joven azteca; no se contaba con más información. Pero afirmar que Cuauhtémoc actuó como partícipe directo en la formación del pueblo mexicano cuando relata las últimas funciones del Tlacatecuhtli con su categoría de jefe de hombres, a pesar de encontrarse ya prisionero, eso sí es ver en el símbolo la intervención de uno de los componentes del nuevo ser colectivo que es el pueblo de México. "Pidió a Cortés que permitiera la salida de los supervivientes, para no dejarlos agonizar entre el fango, la peste y el hambre. . . También usó Cuauhtémoc los restos de su poder para contribuir a la fundación de la nueva ciudad de México: por su orden se limpiaron las caños de Chapultepec, se limpiaron las calles y plazas, se enterraron las cabezas y despojos humanos y se inició la reconstrucción de las casas y palacios. . . Así pudo participar en el nacimiento de una nueva nacionalidad, después de presidir hasta lo último el funeral de su pueblo". (10).

El otro símbolo de los factores que originan la nacionalidad mexicana es Hernán Cortés, el conquistador que tantas veces se ha querido engrandecer frente a Cuauhtémoc para exaltarlo como portador de una civilización desarrollada, o para denostarlo como personificación del ímpetu destructor de las maravillosas culturas prehispánicas. Los unos y los otros se equivocan, dice Teja, porque no se dan cuenta que la grandeza del español puede ser tanta como la de Cuauhtémoc. El error ha sido pretender enfrentarlos, cuando a ambos se les puede considerar como los únicos héroes "a la altura del arte". "...No se deben dar golpes de piqueta al monumento de Cuauhtémoc para levantar otro al Conquistador. Cada uno es grande a su manera. En la historia del mundo, Cortés puede estar a la altura de Alejandro, de César y de Bonaparte, mientras Cuauhtémoc tendrá la compañía de Viriato, Vercingetórix, Santa Juana de Arco y Kosciusko. . .". Si Cuauhtémoc es el símbolo de la patria geográfica, si representa el

9) *Historia y Tragedia de Cuauhtémoc...*, p. 32.

10) *El Descubrimiento y la Conquista...*, p. 58-59.

sentido de la tierra, Cortés es la personificación de la expansión de la cultura, en su origen grecolatina y ahora universal; la contienda entre el indio y el español no puede mantenerse abierta una vez que con la independencia, los mestizos y los criollos han unido el concepto geográfico de patria con el de cultura occidental; "...sólo debe quedar la pugna de Cortés y Cuauhtémoc para la historia y para el arte. Y ni la historia ni el arte deben mancharse ni obscurecerse por el odio, que es la más vil de todas las pasiones". (11).

El aspecto religioso, de gran importancia como factor de transculturación espiritual, debe ser incluido en su interpretación de la Conquista. Justo Sierra lo había considerado ya como causa del crecimiento irregular de la nacionalidad mexicana desde que fue declarada la minoría de edad del indígena. Teja Zabre, por su parte en su obra póstuma *Lecciones de California* (1962), principalmente, atribuye a la autoridad religiosa el haber dado a la conquista un carácter especial justificando la ocupación de las tierras al amparo de la evangelización con el sistema de misiones como instrumento. Si se piensa que el indígena salió perdiendo con la Conquista, porque con ella se inició su rápida extinción, es justo reconocer también que con la labor de los misioneros y la influencia de la iglesia se inició lo que ahora se llama indigenismo, con la protección de los aborígenes frente a los sistemas de reducción, aprovechamiento o destrucción de los pobladores primitivos por los conquistadores. En el proceso de conquista y colonización se fueron aplicando los mismos sistemas y procedimientos de dominación y de introducción de las formas de la cultura española en todas partes, con las variantes requeridas por las condiciones locales. Por eso, la organización política de las colonias de España llevaba consigo un desequilibrio funcional con la intervención de la iglesia, un Estado dentro del Estado en la práctica, que produjo constantes conflictos en la época colonial. De cualquier manera, la obra de los misioneros fue de gran valor, sobre todo si se la mira en sus justos límites humanos. "comprobando la superioridad humana, material y espiritual de algunos de ellos, y la grandeza excepcional del conjunto, que no tiene igual en la historia de las empresas civilizadoras o conquistadoras que registra la historia". (12).

Vida superpuesta y reflejada.

En la primera edición de la *Vida de Morelos* (1917) se afirma

11) *Historia y Tragedia...*, p. 89-91.

12) *Lecciones de California...*, p. 147.

que los errores de los Constituyentes de Apatzingán no son estrictamente tales, porque "...obedecieron a su conciencia patriótica y su espíritu era el fruto de la cultura de su tiempo, oscurecida por el sistema colonial, que hizo de los libros materia de contrabando y de la Nueva España un claustro intelectual". (13).

Se advierte desde luego, en lo anterior, el influjo del liberalismo jacobino que en su furor anticlerical —justificado en buena parte—, arremetía contra todo lo que tuviera signo español, incluida la religión católica, presentando la época colonial como un régimen de obscuridad y de tinieblas, de tiranía absoluta y opresión mental, criterio dominante en muchas de las versiones históricas contemporáneas cuya vigencia es subsistente todavía.

Los intentos que Teja Zabre hace para darle un valor "en sí" a la vida colonial dando beligerancia en sus explicaciones a los factores económico y social, se esfuman ante su convencimiento de ser la Colonia una *causa* de la Independencia, un compás de espera —larguísima espera—, tramo histórico de menor importancia entre los acontecimientos decisivos de México: la Conquista y la Independencia. Pero el señalamiento de la situación económica y de la situación social como fundamento de la superestructura, abre una perspectiva a la aún no iniciada y difícil tarea de interpretación justiciera y ponderada de un lapso histórico que no está, seguramente, desierto de significaciones y motivos de estudio.

La Colonia se inicia como un fenómeno típicamente feudal, es decir, con violencia y dominación por la fuerza de las armas. Pero este dinamismo de la Conquista de actividad intensa, de sucesos violentos y de hazañas memorables de individualidades brillantes, se apaga al establecerse un gobierno sobre el país pacificado en que el advenimiento histórico se desarrolla con lentitud; en vez de las batallas y los actos de heroísmo y de crueldad, se registran sucesos sin gloria, como inundaciones y epidemias, funcionarios que llegan o que salen, sin dejar huellas de su paso, fundación de escuelas, reformas industriales o comerciales y renovación de estilos en el arte. La actividad política tiene en los nombres de virreyes su punto de convergencia y en los conflictos internos provocados por los intereses de las clases sociales que se iban definiendo, su contenido. Son frecuentes las disputas entre el gobierno civil, el clero y los propietarios de haciendas, así como las dificultades entre los comerciantes ricos o los prós-

13) *Vida de Morelos*. (Edición de 1916), p. 61.

peros mineros y las masas indígenas y mestizas que apenas manifiestan impulsos desorganizados de rebeldía. (14). En esta circunstancia, la obra de los Virreyes no tiene relieve personal por las limitaciones de su jurisdicción, los recursos efectivos de su poder, el sistema hacendario de monopolios y estancos, y el tiempo perentorio y las dificultades para gobernar enormes extensiones territoriales y pueblos en dispersión.

En general, la época refleja el fenómeno histórico europeo, opina Teja; primero, en su transición del feudalismo a la monarquía absoluta y luego, en el aparente estancamiento de ésta. Por ello es que la esencia de las instituciones es en principio militar y teocrática, por cuanto que la Iglesia dicta los principios de propaganda moral y espiritual. La ideología religiosa "es dogmática, exclusiva, intolerante y en gran parte sujeta a la influencia del espíritu militante, combativo, en actitud de conquista de almas y dominación espiritual y temporal. Es al mismo tiempo primitiva y elemental, sin libertades de dialéctica ni de examen o interpretación; violenta en la destrucción de idolatrías, y de signos de las religiones indígenas. . ." (15). El panorama cultural se encuentra bajo la absoluta dominación de la iglesia y muy especialmente en el área de la acción educativa se percibe la desigualdad ofensiva de castas y de clases. Los indios, que durante la Conquista recibieron la influencia benéfica de los misioneros, quedan finalmente relegados de la corriente cultural, al igual que los peninsulares que cifraron su misión en el desempeño de puestos políticos o en acumular fortunas personales cuantiosas. "Separadamente, pues, de las demás clases. los criollos y los mestizos —aquellos principalmente—, elaboraron la cultura". (16).

Insistimos en nuestra aseveración de que el estudio de las condiciones económicas y sociales, resultado de una seria y concienzuda investigación que muestra el cuadro de la economía colonial —presentado ya en capítulo anterior—, y que en forma breve y concisa explica las transformaciones de los últimos años del periodo colonial, haciendo posible la comprensión de la etapa preindependiente, después

14) Pueden mencionarse, como ejemplos: la conspiración del 24 de septiembre de 1537, las rebeliones de las tribus vaquis, en abril de 1610; el motín popular por carestía de viveres (junio 8, 1692); el motín de trabajadores de la fábrica de tabaco por exceso de trabajo (enero 13, 1794) y las va conocidas de Canek, en Yucatán (noviembre 10, de 1765) y del indio Mariano, en el Norte, (enero 10, 1801).

15) *El Régimen Colonial* . . . , p. 10.

16) *Ibid.* p. 151.

de reseñar la evolución económica de la Nueva España a lo largo de su desarrollo, constituye una aportación apreciable de Teja Zabre al examen del régimen colonial. La interacción de la economía y la sociedad es particularmente notable en la segunda mitad de la Colonia, en la que "...lo mismo la plebe de las ciudades, que la masa campesina desposeída y los trabajadores de las minas, siguen formando el conjunto de la fuerza de trabajo sin compensación equitativa, en plena desorganización... Por otra parte, los grupos o subclases que disfrutaban los privilegios en la posesión de los instrumentos productivos de riqueza, se combaten mutuamente en su esfuerzo de concentración. La corona resta fuerzas a la Iglesia y los grandes propietarios se resisten contra las expoliaciones fiscales o el excesivo poder de las corporaciones religiosas, que absorben la riqueza pública. Y en estos combates se debilitan mutuamente. La autoridad monárquica se funda a su vez en el derecho divino, y al expulsar a los jesuitas o restringir los fueros de la Iglesia se quita algo de su propio prestigio y desconoce el fundamento de su propia autoridad. Los grandes propietarios a su vez se declaran oprimidos por los impuestos o por las hipotecas que aumentan a favor de la Iglesia, cuando su misma propiedad emana de mercedes del rey y se conserva gracias a la protección militar y civil de las autoridades. Y por último la Iglesia, al transformarse y reclamar su independencia frente a la Corona, ataca los cimientos del régimen y abre la puerta a las nuevas corrientes de ideología que traen nuevas formas de mística social y el principio de la Revolución". (17). Larga cita en la que se sintetiza definida y concretamente la imagen de México en el marco colonial en el que se destacan las condiciones económicas y sociales de donde saldrán las fuerzas y su dirección de la revolución de Independencia y de la vida autónoma de nuestro país.

La evolución cultural que en la Nueva España se realizó en el arte, en la educación y en el pensamiento, vinculadas y sujetas a la religión, sin poder por ello seguir el ritmo de las transformaciones del mundo, particularmente del mundo europeo, son temas que Teja trata con brevedad.

Mayor interés le merecen las misiones colonizadoras, materia que se halla contenida en las *Lecciones de California*, obra monográfica de historia regional en la que glosa las obras de algunos historiado-

17) *Ibid.* p. 171.

res, no publicadas, y que considera de importancia para el conocimiento de México. (18).

Las misiones, dice, fueron instituciones cuyas realizaciones deben acreditarse en su mayor parte a los criollos, a los mexicanos, porque sin desconocer su impulso inicial puede decirse que el material humano, los recursos económicos, la mano de obra, fueron donados por gente criolla, india y mestiza de la Nueva España; a pesar de lo cual las misiones no tuvieron un éxito verdadero; en su propósito fundamental y en su justificación política y humana, fueron un doloroso fracaso. La redención de los indígenas se convirtió en su explotación, no por culpa de las misiones sino por las condiciones de debilidad de los grupos autóctonos que sucumbieron en el proceso de transculturación. Es cierto que en un momento las misiones fueron prósperos centros de producción agraria, con los auxilios enviados por el centro de la Nueva España, pero despertaron con ello recelos y ambiciones. Y por eso es que el fin de las misiones habría de coincidir con el fin del dominio español en América, cuando la independencia de los países americanos no es sólo una separación política, sino un cambio básico económico y social, y como consecuencia también del desgarramiento total del imperio español. Eran, las misiones "una institución espiritual admirable, una forma de vida pastoral y divina, pero por eso mismo incompatible con los requerimientos de la existencia vulgar y humildemente humana". (19).

Morelos y la Revolución de Independencia.

Sin lugar a dudas la Independencia es uno de los acontecimientos decisivos en el desenvolvimiento del pueblo mexicano, si bien el

18) Son las siguientes: *A History of California. The Spanish Period*, de Charles E. Chapman; *La Propiedad territorial en California*, de William W. Robinson; *From Wilderness to Empire*, de Robert Glass Cleland; y una narración titulada *El Viaje de la Llama*, que se publicó bajo el pseudónimo de Alfonso Trueba. Menciona también la *Historia de California*, de Hubert H. Bancroft. *Las Misiones Franciscanas de California* de John A. Berges; la *Historia de la Baja California*, de Pablo L. Martínez, *Las Fronteras Españolas*, de Herbert H. Bolton; y *California, Tierra Perdida*, de Alfonso Trueba. Se citan también algunos documentos sobre la locura del visitador don José de Gálvez, que pueden ser atribuidos, dice, a don Francisco de Roma y Rosell, autor también de los *Apuntes sobre el gobierno de América*, que junto con los documentos mencionados aparecieron en un legajo titulado *América, memorias y representaciones relativas a aquellos dominios y clasificados en el Archivo de Indias en la Sección de Estado*, leg. 42.

19) *Lecciones de California...* p. 151.

sentido, el grado y los alcances de su importancia son diferentes en el juicio de cada uno de los historiadores.

Para Teja Zabre es tópicos de gran relevancia entre los grandes temas de su quehacer intelectual, como la vida de Morelos que, por estar plenamente imbuída en los hechos que lo configuraron, se convierte para él en señal y guía de sus características capitales.

La revolución de Independencia se integra a la historia universal, porque refleja el fenómeno transformador del mundo en aquel tiempo, con los cambios, retrasos y deformaciones debidos a la distancia, a oportunidad y a las distintas condiciones en que se produce. La causa radical, el motivo profundo del movimiento de 1810 es el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de la producción, y la ruptura del equilibrio y la armonía entre esas relaciones y las formas políticas inadecuadas a las necesidades del momento. Las revoluciones anteriores de Inglaterra (1648), de Francia (1789) y de Estados Unidos (1778), no tuvieron en sus consecuencias un carácter puramente nacional; trascendieron al ámbito mundial e influyeron de manera determinante en la vida de los dominios hispánicos. Así se explica que Teja, en su interpretación de la Independencia, la conceptúe como una *Revolución* y que puedan identificarse en ella las etapas del proceso revolucionario. El proceso comienza con la fase ideológica conformadora del grupo insurgente, portador de la nueva fórmula social, se sigue con la etapa militar y política que se cumple en parte con el relativo triunfo de 1821 que no es más que independencia formalista y apenas parcial renovación, y se continúa en sus otras fases a lo largo del siglo XIX, en la Reforma, para proseguir con la restauración de la República, su fase técnica de consumación, realización y decadencia, para entrar entonces al nuevo ciclo de la Revolución social, que marca otro rango histórico nacional e internacional.

Las clases dominantes en todas partes del mundo, incluso México, han perdido fuerza por su propio crecimiento y sus encontradas tendencias de concentración y centralización, y por eso el movimiento democrático alcanza triunfos políticos en Inglaterra —donde además se establecen los cimientos de un nuevo régimen de gobierno constitucional—, en los Estados Unidos y posteriormente en Francia. Entre nosotros, la Independencia mexicana es continuación de la evolución de la nacionalidad y refleja la renovación de las culturas que se integran; es una etapa más de la vida de México, de su crecimiento, uno de los acontecimientos de mayor significación en tanto que tiene el valor de la autonomía, o sea, la asunción de la responsabilidad de la propia vida.

“La Independencia, como todas las magnas obras sociales, no fue tarea de un solo hombre, ni idea que saliera completa y redonda de un solo cerebro...” (20); es decir, que no fue un suceso planeado de antemano, que respondiera a lineamientos trazados previamente por sus dirigentes, sino un hecho que, como se verá, tiene las características de la realidad circunstancial de la que surge. Por lo cual se hace necesario ahondar en su estudio, ya que generalmente se le ha visto sólo en sus aspectos militar, político o incluso anecdótico, sin penetrar en sus raíces sociales y económicas, en sus complicaciones internacionales y en su afinidad con los movimientos similares de la emancipación hispanoamericana. Teja señala esta necesidad y empieza a realizar la tarea en su primera parte.

Existe en la revolución de Independencia la evidencia de un nuevo espíritu nacional enraizado en el núcleo de civilización de los aborígenes, los mestizos, los criollos, los desarraigados de España, de tal manera que su aspecto guerrero ha de entenderse como síntoma de una honda necesidad social. El espíritu nacional existe, pero no se concreta en forma de planes y programas; se presenta como lucha entre núcleos confusos, como un combate entre dos debilidades: una colonia no organizada completamente todavía y una metrópoli en crisis de postración y decadencia. “La lucha civil no es solamente de colonos contra españoles, sino de minorías de ambos grupos que arrastran de un lado y otro fragmentos de masa proletaria.” (21). Es cierto que el conflicto se inicia como una querrela civil de las colonias contra el gobierno español, pero se complicó por las presiones extranjeras y se desarrolló después como un conflicto de clases por la creación de una nueva estructura económica, social y política. En un principio, son los criollos, principalmente los de condición inferior, quienes encabezan el movimiento; están apoyados por las “masas proletarias” campesinas, de mineros y de las ciudades; pero todo lo que esta fuerza pudiera significar se pierde en la desorganización y la falta de recursos, la dispersión de los grupos rebeldes y la falta de comunicaciones, y así puede ser fácilmente vencida por la fuerza todavía sólida del régimen colonial.

La segunda etapa de la revolución se cubre y se caracteriza con la presencia de Morelos, quien otorga sentido y organización precisos al ímpetu desordenado, y concreta, además, la significación profunda, el fundamento social de la Independencia. “La presencia

20) *Vida de Morelos*. (Ed. 1916) p. 156.

21) *Morelos, caudillo de la Independencia...* (1934) p. 8.

de Morelos comenzó a encauzar el torbellino. Por su empeño, los planes palíticos se hicieron más definidos y más amplios; las operaciones militares se desarrollaron con más precisión y disciplina y la destrucción de vidas y riquezas, que no podía ser directamente provechosa, ni mucho menos cristiana y piadosa, se hizo cuando menos relativamente ordenada y justificable como represalia y defensa." Es así que la mayor parte de las ideas de Teja Zabre sobre la Independencia giran alrededor de la figura de Morelos, o más bien dicho, en él se inspiran, ya que lo considera el representativo, el organizador, el "caudillo que está echando los cimientos de la nueva nacionalidad." (22).

El movimiento independentista se originó en la ilegitimidad del gobierno español en América. El fundamento de la autoridad gubernamental había sido la Conquista, y este hecho fue considerado injusto por Morelos. No se trata, entonces, de una contienda civil simplemente, sino de la promoción de una nueva nacionalidad. Es decir, que de por sí era ya una nacionalidad, y sobre ella se había impuesto la del régimen español, en superposición forzada. Luego, la Independencia ha de verse como la liberación de esa imposición forzosa y como el intento de construir una autonomía nacional, fundada en el principio de la soberanía dimanada del pueblo y en el principio de la igualdad ante la ley, que posteriormente demostraría su ineficacia práctica. Glosando un escrito de Morelos después de la toma de Chilapa, Teja Zabre dice: "...ya no sólo se dice 'conquista', a manera de reacción o reivindicación. Y aunque la idea no se formule con exactitud, revela un impulso instintivo y profundo que dió un carácter especial a la guerra de Independencia, y se prolongó tal vez hasta la reforma del siglo XIX y la revolución contemporánea." (23).

En relación con los posibles asomos socialistas en la ideología de Morelos que le atribuye Lucas Alamán, Teja solamente dice que

22) *Vida de Morelos*. (Ed. 1959) p. 11 y 61.

23) *Ibid.* p. 64. Son ilustrativos a este respecto los siguientes puntos comprendidos en los *Sentimientos de la Nación*: "5o. La Soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarle en sus representantes dividiendo los Poderes de ella en Legislativo, Ejecutivo y Judiciario... 12º Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia, y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto... 13º Que las leyes generales comprendan a todos, sin excepción de cuerpos privilegiados, y que éstos sólo lo sean en cuanto al uso de su ministerio..." p. 188.

un movimiento político que se inspiraba en las declaraciones sobre los derechos del hombre y del ciudadano, que suprimía la esclavitud y la servidumbre, que quería librarse de una casta dominante y opresora y sustituir el poder de los españoles europeos por el de los criollos, tenía que buscar el apoyo de la masa proletaria, que en este caso está representada por los indios desposeídos; y para lograrlo habría de recurrirse a todas las medidas que ofrecieron reivindicaciones inmediatas, ya que los resultados a larga distancia no podían preverse, ni hubieran significado garantía alguna del apoyo que se buscaba. Don Lucas Alamán creía reconocer evidentemente en los *Sentimientos de la Nación*, que concretan el pensamiento de Morelos, algunos principios comunistas y socialistas como propensión doctrinaria de su ideología. La idea de simplificar el sistema fiscal suprimiendo alcabalas, estancos y tributos, y aun las mismas ideas de igualdad, libertad y democracia, eran medidas de emergencia ante la imposibilidad de promover reformas a fondo en las condiciones críticas que había de confrontar la nueva administración e ideales direccionales de las acciones del momento. Además, el *Proyecto para la confiscación de intereses de europeos y americanos adictos al gobierno español. Medidas políticas que deben tomar los jefes de los ejércitos americanos para lograr su fin por medios llanos y seguros, evitando la efusión de sangre de una y otra parte, incluido entre los planes de Morelos en la historia de Alamán*, es de autenticidad dudosa. Teja aclara que el mismo Alamán declara que el *Proyecto*, más comunmente conocido como "*Plan de Devastación*", se hallaba agregado a la causa de Rayón, tomado de un original que él no había visto y en el cual se dijo que estaba la firma de Morelos. Lo cierto es que el calificativo aplicado al documento "...para aquellos tiempos, y en buena parte para los siguientes y aun los actuales, equivale a una marca de fuego sin remisión." (24).

El alamanismo historiográfico es una manera parcial e interesada de interpretar el Plan; la que privó durante todo el siglo XIX y parte del actual, en que la historia de México influida del romanticismo y de las conveniencias de los partidos militantes, cuando los héroes habían de ser mitos intocables. Después de la Revolución Mexicana en que los motivos sociales adquieren beligerancia primordial en la conciencia de situación histórica y los métodos de investigación vuelven a dar valimiento al análisis documental, el Proyecto readquiere actualidad, pero visto a contraluz como anticipo genial del socialismo contemporáneo.

24) *Ibid.* p. 201.

Dos puntos de vista, en su contradicción afanosa demuestran la trascendencia de la persona y de los hechos para el presente, a un siglo de distancia; Teja ejemplifica ese afán y el interés de ahora en las opiniones divergentes de don Ezequiel A. Chávez y del doctor Pedro de Alba. Ambos aceptan que en el discutido documento se pueden descubrir las ideas señeras del Generalísimo, pero mientras Chávez trata con denuedo de liberar al Caudillo de toda responsabilidad socializante, el Dr. de Alba acepta la autenticidad del Proyecto y lo aprecia como "...el más precioso que calzara la firma de Morelos", por haberse propuesto "...la realización de reformas necesarias que un siglo después apenas comenzamos a implantar". "Esta diferencia de criterio —opina por su parte Teja—, a primera vista inexplicable, puede comprenderse si se advierte que procede de una inversión de valores, de puntos de vista colocados en los extremos contrarios de la derecha y la izquierda, no solamente por la razón, sino por la pasión..." (25); tomar en cuenta —agregaríamos nosotros—, además de la legitimidad documental de los acontecimientos, la postura política y social del sujeto que los analiza y juzga para penetrar en las motivaciones interpretativas personales. Con ese criterio Teja tercia en el debate diciendo que para satisfacer aunque sólo sea parcialmente la inquietud que provoca la abundancia de argumentos sobre el tan discutido *Proyecto*, y para juzgarlo en sus verdaderas dimensiones, es preciso que se defina el verdadero carácter, el alcance, la intención efectiva que tuvo. No es posible que hubiera sido expresión de las ideas sociales de Morelos. Fue un plan de guerra, de carácter militar, y sólo ocasionalmente, y como consecuencia, tuvo proyecciones sociales. El Plan de Devastación estaba destinado a buscar recursos de ataque y de defensa. Si el Virrey Calleja o quienquiera que lo hubiera conocido desde la posición realista, hubiera dicho de él que era un engendro infernal, se habría acercado a la verdad, porque lo tomó como es, un instrumento de guerra, y la guerra es siempre infernal. En la historia de todas las guerras, que casi es tanto como decir la historia de la humanidad, se multiplican los ejemplos de estos planes de devastación, que en ocasiones llegan a ser mucho más radicales. "Si Cortés o alguno de sus lugartenientes hubieran trazado un plan para la conquista de las embrionarias nacionalidades indígenas, tendría que haber sido más riguroso y devastador que el imaginado para la reconquista." (26).

De todos modos, debe repetirse que las medidas que han ser-

25) *Ibid.* p. 206-207.

26) *Ibid.* p. 211.

vido para hacer a Morelos la imputación de comunista y que fundamentalmente consistían en la confiscación de los bienes de los hacendados, no eran más que un procedimiento primitivo para procurarse recursos, y el reparto de los mismos —especialmente las tierras de los latifundios—, un medio para atraerse a los aliados naturales. El Plan de Devastación, considerado así como un plan de guerra, no puede juzgarse por sus resultados inmediatos; al final de cuentas, su calificación depende del carácter de la guerra misma que "puede ser justa o injusta, de agresión o de defensa, de pueblo oprimido contra gobierno despótico, para civilizar o para esclavizar, o como en la guerra de Independencia, para defender los intereses de castas privilegiadas contra mayorías desposeídas y resentidas." (27) Lo que sí resulta interesante de ser corroborado —al margen de los detalles de técnica historiográfica que suprimirían dudas sobre la autenticidad del documento—, es que si la paternidad del plan ha sido atribuida a Morelos es porque se encuentra notable coincidencia entre las ideas ahí expresadas y las expuestas en otras muchas manifestaciones del caudillo suriano. Después de todo, la certeza sobre si fue o no Morelos el autor del documento pasa a un segundo plano al notarse que en el fondo del empeño en discutirlo está el propósito de no inmiscuirlo dentro de una ideología revolucionaria radical. Mas para ello, piensa Teja, sería necesario borrar también otras manifestaciones claras y evidentes de la orientación ideológica del héroe.

En efecto, sus ideas fueron más radicales en el aspecto social que todas las que hasta entonces se habían exhibido como programa de la lucha por la Independencia. Lo que no quiere decir que la ideología del caudillo constituyera necesariamente una anticipación del socialismo que, en su connotación estricta y como doctrina de acción revolucionaria, llegaría a México bastantes años más tarde. Fundamentalmente, y en especial, en los comienzos de su acción guerrera, Morelos se atuvo al ideario de Hidalgo, apoyándose en su nombre y en su autoridad para reiterar medidas como la abolición de la esclavitud, la posibilidad de elecciones libres en los pueblos de indios, la supresión de tributos, servicios forzosos y cajas de comunidades, todas ellas dentro de la línea de sus tendencias de pensamiento democrático e igualitario, que se utilizaron para atraer prosélitos y para adquirir recursos. Consecuentemente, no deben tomarse como puntos de un programa definitivo de reconstrucción social.

Sin menoscabo de los rasgos encendidos de su fisonomía heroica

27) *Ibid.* p. 212.

ca —como sus campañas militares, su relación con los demás jefes de la Independencia, su trato con el enemigo—, la obra cumbre de Morelos es la organización del Congreso de Chilpancingo y la Constitución de Apatzingán de 1814.

“Morelos no sólo tuvo visión política, sino prodigiosas anticipaciones económicas y sociales”. Pudo pensar en la destrucción total del antiguo régimen al mismo tiempo que en la erección de un sistema original, adaptado a las costumbres y necesidades del país. Algo de este propósito alcanza a poner en práctica al organizar las provincias que pudo dominar, primero; después, al organizar un sistema tributario y proyectar la formación de un cuerpo de gobierno con autoridad y prestigio para ordenar lo reconquistado. Sin embargo, sigue opinando Teja, Morelos no pudo encontrar en el Congreso el poder vigoroso y ordenador que buscaba. En el fondo, el empeño de reunir un Congreso, tenía la finalidad de reafirmar el concepto de soberanía nacional, fundamentalmente para declarar la independencia definitiva, suprimiendo el nombre de Fernando VII de las banderas de la revolución; pero además, confirmar legalmente las disposiciones relativas a reparto de la propiedad, supresión de la esclavitud y de las castas, distribución de impuestos, y en general, todas las disposiciones sobre igualdad, libertad y proyectos para un régimen republicano.

Los propósitos de formación de ese cuerpo legislativo no habrían de cumplirse necesariamente, puesto que la misma idea de su establecimiento no era aún precisa y detallada en los comienzos de la lucha independentista. Desde que se inició su realización aparecieron nuevos elementos que desviaron su camino. Para cumplir con la idea de Morelos de consolidar el mando militar sin perjuicio de las funciones políticas y administrativas del gobierno, hubo de integrarse el Congreso con civiles, pasando al primer plano los profesionales que en la etapa violenta de la revolución habían asumido papeles de auxiliares, secretarios redactores de programas y de propaganda, algunos de ellos con brillantez individual destacada; pero en general, su intervención vino a estorbar, dice Teja, el impulso revolucionario con el mecanismo de una Constitución imposible; pues “...era prematura la instalación de un cuerpo que no podía contar ni con el terreno necesario para deliberar sobre una Constitución.” (28).

En el reglamento para los trabajos preliminares del Congreso del 11 de septiembre de 1813, Morelos fijó algunos de los principios

28) *Ibid.* p. 196.

fundamentales de su ideología otorgándole efectivamente una personalidad a la Nación; y al darle una estructura jurídica independiente con el Congreso de Chilpancingo, cumplió en parte esos principios iniciando un procedimiento democrático con el sentido del postulado republicano: *la soberanía reside en el pueblo*. Pero esa misma asamblea legislativa produjo la Constitución de 1814 que el Generalísimo no previó y que desaprobó categóricamente por impracticable e inoportuna. Ciertamente, del análisis del documento se concluye con Teja Zabre que la forma de gobierno ahí establecida fue la causa de muchos de los fracasos del propio Morelos, y de la incoherencia y debilidad posterior de la revolución de Independencia.

En efecto, los sucesos finales del movimiento independentista, no aclarados plenamente, aparecen como una complicación de maniobras políticas; las conspiraciones, tramas, intrigas personalistas y actividades de logías masónicas y de partidos en formación presentan esta etapa de la historia de México como una crónica de aventuras, más bien que como registro de hechos históricos. Puede decirse que fue una energía compulsiva sin programa, puesto que no proviene del planteamiento consciente de los problemas de la realidad social. El trabajo de integración nacional se desarrolla paulatina y angustiosamente en luchas internas y externas, primero orientado por las directivas de Morelos, y más tarde en órganos políticos y en instituciones que se configuran lenta y dramáticamente; "la época que comprende desde 1821 hasta 1867 es tan confusa y agitada, que no permite distinguir netamente las diversas fases de la evolución social y económica, en la confusión provocada por la enorme crisis interna de producción, de política, reajuste de clases y nuevas fórmulas de pensamiento, arte y costumbres." (29) Ahora bien; si no es posible la delimitación de etapas en el desarrollo mexicano posterior a la Independencia, dice Teja, sí se puede en cambio seguir una línea de evolución para encontrar el ciclo de desarrollo de las nuevas formas culturales.

Advierte con agudeza que los sucesos finales de la guerra de Independencia y las medidas liberales previas al movimiento de Reforma afianzaron en realidad lo que pretendían destruir: dos grandes fracciones de la clase dominante durante el período colonial quedan en mejor posición, al conservar la Iglesia todos sus bienes y privilegios, viéndose libre de las obligaciones y funciones que antes la sujetaban, mientras que los grandes propietarios, comerciantes y bur-

29) *Historia de México, una Moderna Interpretación...*, p. 301.

gueses no sólo aseguran sus derechos de propiedad, sino que los refuerzan. Esta situación se ve claramente expresada en el Plan de Iguala, en el que a la vez empiezan a fijarse los problemas que han de caracterizar la historia de todo el siglo XIX: desigualdad económica y social y división ideológica en dos bandos —centralistas y federalistas o liberales y conservadores—, representantes de un “drama de actos repetidos” que seguirá viéndose por muchos años.

Agréguese el problema de la presión exterior —especialmente por la vecindad norteamericana—, que en México provoca las pugnas por el poder político, no como problema de instituciones o de administración solamente, sino como diferencias partidistas de programa social, político y económico para el gobierno. Es así que los intereses de los capitales extranjeros llegan a ser determinantes en nuestra historia, causando incluso momentos angustiosos como los de las intervenciones, que se resuelven en el debilitamiento de México. A pesar de lo cual “. . .después de la anarquía, miseria, motines y cuartelazos, del desquiciamiento causado por las guerras de invasión, la pérdida de territorio y del desgaste de energías, la transformación iniciada en 1810 con la guerra de Independencia, se consumó plenamente con la restauración de la República de forma federal y democrática, y el predominio de un grupo de la clase media, apoyado por las masas proletarias. Las guerras de la Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio, terminaron la empresa iniciada por Hidalgo y Morelos.” (30).

Si en la Conquista se conjuntan en colisión los elementos de los que han de dimanar las características de la nación mexicana, éstos sólo se integran en una nueva personalidad distinta cuando se desprende de las ligas que la unen a entidades preexistentes en el tiempo —las nacionalidades indígenas prehispánicas—, o en otro espacio y otro tiempo —el dominio español—. Esta es la honda significación de la Independencia, fenómeno histórico que marca el surgimiento de una diferente entidad nacional que es la nacionalidad mexicana.

Así se corrobora —creemos— el concepto de Teja Zabre sobre la historia de México; más aún, sobre México mismo, que apuntamos en capítulo anterior cuando comparamos el periodo prehispánico y el colonial con la infancia y la adolescencia del hombre individual que sólo alcanza fisonomía de persona definida cuando logra la autono-

30) *Ibid.* p. 301-303.

mía de sus acciones sin dependencia inmediata de los factores genéticos que lo crearon, pero sin que pueda negarlos o desconocerlos, pues los lleva como componentes de su propio ser, que es otro ser.

La Independencia, en fin, no es un fenómeno relampagueante que se da en un momento determinado y desaparece también súbitamente. La Independencia es un proceso que empieza a gestarse desde la Conquista, estalla con violencia en 1810, y se prolonga en continuidad de desprendimiento político, económico y social, para proseguir hasta nuestros días. Esta es, así lo estamos afirmando, la contribución novedosa de Teja Zabre: la prolongación activa del pasado en el presente mexicano que además se continuará en su vida del futuro, modalizándose con la reorientación del sentido en cada caso.

Independentismo reformista.

Ante la dificultad de marcar con seguridad el principio y el fin de cada etapa histórica, por sus conexiones con el antes y el después de su desarrollo traslapado en las transiciones, Teja Zabre indica que el nombre de reforma sólo debería aplicarse al momento que corresponde a la expedición de las leyes que basifican la Constitución de 1857 y a los tres años de lucha provocados por esos fundamentos constitucionales; porque si bien es cierto que el movimiento reformista puede ser considerado como continuación de la Independencia, en realidad su identidad está definida por las Leyes de Reforma, aún cuando su promulgación puede estar conectada con otros "subperíodos" de su desarrollo irregular y espasmódico, como la revolución de Ayutla, o las guerras de intervención.

La historia mexicana del siglo XIX parece desenvolverse entre contradicciones y saltos trágicos que resultan perfectamente explicables si se atiende a sus orígenes: "la subdivisión, la pulverización de las energías colectivas, el vacío producido entre el Estado colonial casi muerto y el estado republicano apenas naciente, hizo que el conflicto se desarrollara en un ambiente primitivo, sin leyes, sin normas, sin reglas fijas de conducta y sin organización racional". Este desorden comenzó en una revolución, la de Independencia, apenas salida de su etapa violenta, y continuó con las otras fases de su trayectoria. El país, añade Teja, no estaba dividido solamente en dos bandos; en el seno de cada uno se multiplicaban los intereses contradictorios y hostiles; "los criollos no constituían un sector compacto, sino que se distinguían entre los "criollos señores", afiliados por su posición econó-

mica y social a la minoría privilegiada, y los criollos desposeídos o inclinados por simpatía hacia la masa mayoritaria impulsada por el hambre o el resentimiento". (31). Con certera visión se da cuenta de que los problemas del México postindependiente no pueden generalizarse como una lucha entre dos partidos —a los que justamente llama "dos grandes debilidades"—, sino que se hace necesario atender a otros factores circunstanciales —económico, social, presión extranjera—, para llegar a una cabal comprensión de ese periodo. Debilidades humanas por falta de recursos, ya que "Para hacer la guerra se necesitaba dinero y hombres, y cada grupo se veía obligado a vivir sobre la tierra, a sostenerse por préstamos y exacciones, a juntar tropas por medio del reclutamiento forzado... y sobre todo a descender en la pelea casi a la crueldad y la ferocidad de una lucha de tribus salvajes... Solamente podemos hallar una comparación legítima si en esos torbellinos de horror y de muerte podemos discernir algunos rasgos de videncia política, de pensamiento superior, de adhesión a los principios permanentes de libertad y de justicia". (32).

La guerra de Reforma, según Teja, debería llamarse más bien guerra Constitucional, puesto que fue realmente provocada por las fuerzas que propugnaban por establecer o por anular los principios jurídicos del liberalismo. La Constitución fue en efecto una Ley básica para la organización del Estado mexicano, porque estableció el principio de legalidad, que era parte de la ideología que animó al movimiento reformista: "la imitación de la Carta Magna norteamericana se refleja ciertamente en la técnica administrativa, en la organización formal y la división de poderes; en la etiqueta de federalismo, los proyectos de jurado popular y los sistemas electorales. Pero la Declaración de los Derechos del Hombre, la proclamación de las garantías individuales y el tono declarativo y gradilocuente del articulado anuncian la influencia doctrinal de la Revolución Francesa". (33). Y si la influencia venía de fuera, ciertamente era difícil que se adaptara a las condiciones reales del país, porque "...la Constitución escrita no podía cambiar la constitución efectiva...", además de que "el programa político de la Reforma, que no sólo era suficiente, sino radical para el principio del siglo, ya no estaba de acuerdo con las transformaciones de la nueva ideología mundial ni con las realidades del medio". (34). Es decir, que aún cuando la existencia de la Constitución como

31) *Leandro Valle, un liberal romántico...*, p. 55-56.

32) *Ibid.* p. 56.

33) *Ibid.* p. 73.

34) *Historia de México, una Moderna...*, p. 333 y 345.

ley suprema se hallara asegurada, las condiciones de la economía, la política, la educación, no variaban. El cultivo atrasado, las malas comunicaciones las tiendas de raya perjudiciales para la agricultura, se agravaron más con la supresión de la propiedad colectiva de los ejidos y comunidades indígenas; el desequilibrio entre las clases continuaba en aumento, mientras crecía la deuda extranjera y la presión de las fuerzas del exterior para abrirse mercados y áreas de influencia; "...el individualismo exaltado, las formas románticas de la política jacobina y la confianza en las fórmulas de libertad, no dejaron ver las realidades del problema social, y económico..." (35).

Los principios de la Reforma estaban ya, latentes o presentes, desde en los comienzos de la Revolución de Independencia, y fueron contenido originario del impulso popular que fue la base del movimiento dándole razón de ser al triunfo. El respeto a las instituciones republicanas, las aspiraciones de progreso y de cultura, la desamortización de bienes de manos muertas, la libertad de cultos como instrumento para abrir las puertas del país a la corriente fecunda de la civilización europea, el mejoramiento industrial, la tendencia económica a levantar el nivel de las clases desvalidas y la perspectiva de un régimen de justicia, son los principios que animaron el movimiento reformista. Pero las ideas no triunfan ni se realizan por sí solas; es necesaria la promoción del hombre para que cristalicen en fórmulas prácticas de aplicación. Teja Zabre opina que un sistema político que ha logrado prevalecer a través de un siglo no es postizo y artificial; responde a una motivación popular que imprime dirección y encauza posteriormente las fuerzas sociales. El movimiento de Reforma se produjo por la necesidad de encontrar soluciones a los problemas que fueron consecuencia de la emancipación política; pero las formas de resolverlos, inspiradas en la Constitución de los Estados Unidos y en los postulados de la Revolución Francesa, resultaron inapropiadas para las situaciones de hecho diferentes que México afrontaba.

La Reforma, dice Teja, fue como "...un brazo de niño con una espada demasiado grande...". No obstante, y a pesar de la discordancia entre la norma legal y la realidad, se lograron hacer efectivos mandatos de trascendencia como la desmortización de bienes de las comunidades religiosas, de audacia extraordinaria, y que le parece el principio de la redención económica de México; "no existe quizás en toda nuestra historia de pueblo independiente, una resolución más importante...; si sus autores sólo alcanzaron la época de la destrucción

35) *Ibid.* p. 346.

y no gozaron sus frutos, es difícil saber hasta qué punto las consecuencias de esta gran medida sirvieron para facilitar después, cuando la lucha se hubo calmado, la creación del México industrial, comercial y próspero..." de nuestros días. (36).

La iniciativa y la aplicación de estas medidas por los liberales reformistas son juzgados aquí, del mismo modo que en otros casos, en la correlación unitaria de individuo y ambiente y medio históricos. Porque el movimiento de Reforma aparece correspondiendo en cierta forma a la energética de un grupo de hombres que pudieron haber tenido grandes errores, haber sido políticos sin experiencia, o militares improvisados, pero no se dejaron aplastar por la adversidad de las situaciones. "Ya sabemos que no todos fueron héroes, ni los caudillos son perfectos y sin mancha. Pero juzgados como hombres, todavía pueden sufrir la prueba como guías y representativos". (37). La Generación de la Reforma estuvo integrada por hombres superiores a su medio por la voluntad, la inteligencia y la probidad; tal vez podrían ser considerados también como individuos fuera de su tiempo, porque su visión se adelantó al momento en que se movieron; fueron inquebrantables quienes quisieron y supieron dirigir la lucha y despertar la fuerza latente de las masas. Parece confirmarse que a veces resulta preferible confiar más en un pequeño conjunto de hombres íntegros que en el impulso masivo del pueblo. "¡Aquellos hombres de la Reforma! Los más románticos, los más puros, los más altos que se encuentran en la historia de México. Tenían su Dulcinea en la democracia. Amaban a su patria como una novia y a su novia como a Dulcinea. Podían permitirse los arrebatos líricos que la muerte o la gloria respaldaron más tarde..." No es desviación literaria hablar de romanticismo en los reformadores; es una forma de expresar "...la tendencia que ha removido al mundo, cuando menos en la época moderna: la fuerza motriz de las mayorías impulsadas por instintos y necesidades primordiales manejadas por las minorías que se guían por motivos intelectuales, doctrinales o espirituales. En los políticos y en los estadistas predomina el sentido práctico y racional y en los doctrinarios el sentimiento y la emoción. Por eso hemos señalado en el movimiento de la Reforma la influencia de los románticos...", y por ello alcanzan la categoría de héroes en el acontecer histórico mexicano; categoría que se concede a quienes, como es su caso, están vinculados a una causa de grandes alcances nacionales; y "...esto no puede negarse en la historia de México a la Reforma. Y esto ex-

36) *Ibid.* p. 332-333.

37) *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana...*, p. 189.

plica también por qué los héroes de la Reforma han podido resistir a la historia crítica que a veces ha quebrantado su prestigio personal, pero no ha destruido el prestigio reflejo que los hombres reciben de la causa que sirvieron". (38).

La forma de ser tratado el tema de las intervenciones extranjeras en nuestro territorio ha sido siempre índice del criterio general de los historiadores mexicanos. Teja las ve como efecto de la guerra civil: "No podemos ignorar, para vergüenza y escarmiento, la parte que hubo en la guerra de Reforma, lo mismo que en otras contiendas civiles, de presión extranjera. Pero debemos cuidarnos de las exageraciones tendenciosas, tanto en los hechos mismos como en su calificación". (39). En efecto, continúa, las guerras intestinas en todas las naciones son siempre destructivas y devoradoras, y en todas ellas se recurre siempre a empréstitos, contribuciones extraordinarias, alianzas internacionales, y aun a inversiones de especulación y tráfico de piratería para procurarse medios para la lucha; pero en nuestro país, la carestía de recursos y la ausencia de instituciones permanentes hicieron más grave la situación, y los efectos de la pelea, mostrados al desnudo, tuvieron tanta trascendencia que todavía el mexicano de hoy está contribuyendo a cubrir los gastos de aquellas guerras. El tráfico de armas y el préstamo de recursos monetarios fueron la parte visible de toda una serie de intereses de las grandes potencias capitalistas de la época, que se tradujeron finalmente en intervenciones armadas, que desgarraron aún más al ya tan maltrecho pueblo, y cuyas consecuencias no fueron peores gracias a circunstancias fortuitas en cada caso, y a la gran fe y cohesión de los elementos liberales.

Así como son las figuras representativas de la Conquista Cuauhtémoc, y de la Independencia Morelos, el "espíritu nacional" de la Reforma estuvo personificado por Benito Juárez, cabeza eminente de la causa republicana. Es sorprendente, por lo menos interesante, que el "Benemérito de las Américas" no haya sido tema particular de estudio en la obra de Teja Zabre. Quizá la explicación sólo sea su inveterado romanticismo estimulado por la aureola patriótica de Leandro Valle o los cadetes del Colegio Militar; o tal vez, porque encontrara mejor simbolizado el sentido de la Reforma en ideólogos como Ocampo, Ramírez, Gómez Farías... y el pueblo. "El nombre de Juárez tiene el privilegio de encabezar la lista de honor donde están inscritos Zaragoza, González Ortega, Porfirio Díaz, Escobedo, Ne-

38) *Leandro Valle...*, p. 154.

39) *Ibid.* p. 105.

grete y la falange de héroes humildes que se llaman: Lanceros de Oaxaca, Cazadores de Morelia, Rifleros de San Luis, Guardias Nacionales de Puebla, Dispersos de Acultzingo, Guerrilleros sin nombre y sin Miedo; Zacapoaxtlas de la Sierra, Jinetes Mixtecos, Oficiales Fronterizos, Infantes del Bajío; toda la carne de cañón reclutada entre la masa proletaria y dirigida por los jefes de la Revolución liberal". (40). Otra vez la individualidad señera en unitaria relación activa con las masas, el pueblo, el héroe anónimo, unidad protagonista de la historia que ya fue subrayada como característica del historiador Teja desde sus primeras expresiones intelectuales, y que no se pierde a lo largo de toda su producción, ni en su obra póstuma; lo que indica una profunda y bien arraigada conciencia popular, que es una constante de su pensamiento.

La restauración republicana parecía volver al país a la tranquilidad dando la impresión de que los principios liberales empezaban a surtir efecto en la organización del desorden anterior bajo los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada. Pero sólo era la apariencia. Los conflictos subsistían, agravados ahora por largos años de desgarramiento bélico; "...otros nombres deberían surgir como representativos de una época de paz y de progreso material, y por otros caminos habría de continuar la obra educativa reformista..." (41). Se atisba el Porfiriato; se vislumbran sus inicios.

La Reforma es, en términos generales, lo que también a nosotros nos parece ajustado a la verdad: continuación de una propensión histórica de libertad que tiene su punto de arranque en la Revolución de Independencia. No el arribo a la mayoría de edad de México como se venía asentando por los liberales de fines de siglo y aún los del presente. La Reforma es prosecución del proceso colectivo de liberación de la dependencia tradicional, que no se alcanzó totalmente, porque fue interferido por otra dependencia ideológica cuyas fórmulas al ser aplicadas a problemas de contenido y dimensiones distintos a los de su origen, no tuvieron eficacia. No obstante lo inadecuado de sus formas estructurales, debe ser considerada como una etapa positiva en la trayectoria revolucionaria de México. Combatió y derrotó a las clases poderosas de la política y de la economía y estableció las libertades individuales para garantizar el funcionamiento de un Estado ahora liberal, substituyendo un régimen feudal con una organización de libertad legal declarada y consagrada en la Constitución.

40) *Historia de México, una Moderna...*, p. 343.

41) *Ibid.* p. 346.

Discontinuidad y retroceso.

Por sus antecedentes, por su prestigio de buen administrador, amante de la civilización —ferrocarriles, capitales extranjeros, colonización—, con autoridad personal y ánimo de conciliación y de orden, Porfirio Díaz fue considerado por sus partidarios como el Hombre de México, y como tal llegó al poder que se prolongó en un régimen de treinta años en que se fraguan las determinantes próximas del México actual.

Teja Zabre ve en el porfiriato la total negación de los principios liberales de la Reforma, ya que las clases dominantes de épocas anteriores resultaron beneficiadas con la política de conciliación de Díaz, pues “en vez de afirmar y continuar la Reforma, se siguió un camino de retroceso en ese sentido, y el clero católico, lo mismo que las familias poseedoras de grandes haciendas, dinero, crédito, casas y rentas, recobraron en gran parte su posición y sus ventajas. Las leyes de Reforma se nulificaron de hecho, y fueron burladas, contando con la benevolencia del gobierno”. (42). Pero en realidad, añade, sólo fueron nulificadas en parte —la parte positiva—, puesto que la negativa fue precisamente la que se aplicó, suprimiendo la propiedad de las comunidades indígenas, y agregando nuevas clases privilegiadas a las ya existentes con las castas de políticos y militares servidores del gobierno, que recibieron concesiones y beneficios para formar cacicazgos y aumentar el número de los antiguos hacendados. Además, un problema de mayores consecuencias para el futuro mexicano se gestó durante este régimen; el de los capitales extranjeros que recibieron decidida protección de las autoridades que permitían a los capitalistas conservar y aumentar sus beneficios a costa de la fuerza de trabajo nacional.

Este esquema situacional se fue analizando paulatinamente y con la concurrencia de diversos factores que actuaron en interrelación hasta producir contradicciones de hecho que necesariamente habían de desembocar en el estallido violento de la Revolución de 1910. Uno de estos factores, la introducción y el crecimiento de un sistema de ferrocarriles al territorio nacional, tuvo como primera consecuencia, por la necesidad de vías férreas, el aumento del valor de la propiedad territorial, que se tradujo en un despojo más abierto e intenso de las tierras y aumentó la servidumbre del campesinado; la segunda, el encajecimiento de la vida en el campo. “Las clases trabajadoras se en-

42) *Ibid.* p. 353.

contraron frente a dos problemas diversos: por un lado el alza del precio de la tierra hacía cada vez más difícil su emancipación económica, y por otro el encarecimiento de la vida redujo al mínimo las posibilidades para su conservación". (43). Otro de esos factores fue la acción de las compañías deslindadoras, que contribuyeron a la anulación de la pequeña propiedad. La clase obrera, apenas naciente, vivía ya en condiciones propicias para la formación de grupos de resistencia; pero estos no se constituyeron, piensa Teja, por que los obreros no gozaban de garantías de clase, ni el estado de su ideología era suficientemente propicio para que tuvieran la conciencia de clase necesaria para la revolución obrera. En un resumen, por cierto muy bueno, de la situación económica durante el Porfiriato, Teja glosa algunos párrafos de Andrés Volsky (Pestkovsky), representante diplomático de la U.R.S.S. en México, quien dice: "...los ramos principales del transporte, industria y comercio, así como una considerable parte de las tierras cultivables pasaron a manos de capitalistas extranjeros en condiciones desfavorables para el gobierno mexicano", que gozaba sólo en mínima parte del provecho obtenido por aquellos; "la clase mexicana más avanzada hasta entonces, los intelectuales liberales, estaban en decadencia de ideas y de actividades. Los intelectuales perdieron la capacidad de crear y organizar sociedades o grupos políticos convirtiéndose, como la burguesía extranjera, en un grupo social parasitario; pero carecían de la fuerza social y política que poseía la burguesía extranjera y eran incapaces de tomar participación alguna en el desarrollo material de su país...; a pesar de que... el área del sistema fue ampliado, los cultivos agrícolas quedaban en el mismo nivel de la época colonial debido a la baratura del esfuerzo obrero y a la explotación de los campesinos; ...el 90% de la población campesina y obrera vivía en la miseria y en grados de cultura no muy superiores a los que tenía en los tiempos coloniales". (44).

Por otra parte, la negación de las tradiciones liberales no solamente era notable en esos aspectos; era más grave aún en cuanto se refería a las libertades individuales de palabra y de expresión. Pocos fueron los intelectuales que pudieron sostener un criterio independiente frente al grupo de los Científicos, a pesar de lo cual se dejaron oír voces de protesta. "La dictadura no apagaba, pero reprimía el timbre de su voz", dice Teja refiriéndose a don Justo Sierra, una de las principales opiniones disidentes en ciertos momentos del gobierno porfirista.

43) *Panorama Histórico de la Revolución...*, p. 75-76.

44) *Ibid.* p. 170-171.

Es cierto también que al amparo del progreso material pudieron llegar a México conocimientos y obras de arte que estimularon la creación de una cultura moderna, burguesa, y la aparición de individualidades notables "dignas de figurar entre los más claros varones que haya producido la civilización greco-latina en América". (45); el propio Sierra, Amado Nervo, Manuel José Othón, Jacinto Pallares, Jesús Urueta, Salvador Díaz Mirón... , toda una generación, los modernistas, que el individualismo exagerado convirtió —dice— de concierto magnífico en música de solistas y virtuosos que señalan el punto preciso de cierre de una época histórica. Porque, en efecto, "en México podemos seguir la renovación de las figuras representativas que marcan el punto de la curva en el momento de cerrarse un ciclo histórico: el aparente esplendor material y la potencia de las viejas instituciones políticas, la paz de tipo borbónico, la penetración imperialista regando sus primeros beneficios engañosos, la máquina de vapor clamando como un bello monstruo con el acompañamiento acelerado de sus émbolos, visiones de fotografía en daguerrotipo, arte naturalista, ciencia de observación, positivismo dogmático, y el rumor vasto de las cataratas preso en los millones de filamentos que fueron insertando su red nerviosa y eléctrica en el cuerpo de la civilización mundial". (46).

Pero las ideas, como la historia, no pueden detenerse, y siguieron evolucionando, o casi revolucionando al ritmo mismo que marcaban los sucesos críticos del momento. Del positivismo se pasa al espiritualismo, cada vez con mayor precisión. Don Justo Sierra, espíritu claro y sincero, pues era consecuente con la trayectoria de su propio pensamiento, dejaba de ser jacobino y comtista para volverse tolerante y bergsonian. El cambio en las ideas seguía el compás y el camino de un evidente cambio en la realidad; las contradicciones del régimen pronto habrían de hacer explosión en la violencia dramática de la Revolución.

Se avecina una nueva etapa crítica, decisiva, en el devenir histórico de México. ¿No lo es ya el régimen porfiriano? Según Teja, no lo es; porque el régimen de Díaz es una época de transición, un lapso en que se concretan problemas subyacentes o evidentes en el precedente histórico; un paso —de discontinuidad y retroceso— que media entre la consecución de la independencia política y la revolución social que habrá de dar a nuestro pueblo nueva fisonomía. El porfiriato es, en suma, la causa inmediata de la Revolución.

45) *Historia de México, una Moderna...*, p. 349.

46) *Panorama Histórico de la Revolución...*, p. 195.

Pensamiento comprometido.

“El estudio de la Revolución de 1910, en su aspecto histórico, se hace difícil por tres razones principales: I. Es un hecho muy reciente, que en nuestros propios días aún se está desarrollando en diversas fases de su evolución. II. Los hombres que tomaron parte en ella, para iniciarla, para realizarla, para resistirla o desviarla, no han pasado todavía a la historia para ser definitivamente juzgados, porque están demasiado cerca de nosotros, y el ambiente en que se movieron todavía está agitado por pasiones calientes y luchas personales y políticas. III. Y por último, los hechos históricos, por su excesiva proximidad, no han sido todavía sujetos a estudio sereno; los documentos y testimonios no se conocen todavía plenamente, y no llega aún el tiempo de la depuración desapasionada y completa”. (47).

Con este criterio limitativo Teja Zabre se avoca al estudio, no completo, de la Revolución de 1910 que *estamos viviendo*; de un hecho que no está dado, que ya haya sucedido y se encuentre definitivamente consumado; sino de un acontecimiento histórico en proceso del que no se percibe que *esté haciendo* o conformando al mexicano. Es la prolongación o continuación complementaria del desenvolvimiento general de un pueblo que ha de llegar a una meta final para consumir el sentido de su evolución. Y ese sentido y esa meta la interpreta con la idea marxista de que un movimiento revolucionario del proletariado tendrá como resultado el establecimiento de un Estado socialista como panacea de todos los males, sin plantearse el problema de dilucidar la prosecución histórica, el *después de eso qué* en el advenir de los nuevos módulos sociales, constriñéndose a averiguar las consecuencias, hasta el momento que le tocó vivir, de la Revolución del presente siglo en México. (48).

El antecedente inmediato de la Revolución es el régimen porfiriano. Es juzgado como el de un gran cacique que se hace amigo

47) *Historia de México, una Moderna...*, p. 361.

48) Sus apreciaciones de la Revolución Mexicana se hallan principalmente en la *Teoría de la Revolución*, en la que ejemplifica con este movimiento sus conceptos generales de Revolución; la *Historia de México, una Moderna Interpretación*, en la parte final correspondiente, en donde se esbozan por primera vez sus ideas respecto al movimiento de 1910; y finalmente en el *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*, en que se propone concretar de modo definitivo tales ideas, si bien agrega poco a lo dicho anteriormente; lo que adiciona se refiere fundamentalmente a la llamada “Étapa constructiva de la Revolución”, que concluye con el gobierno de Lázaro Cárdenas.

de la iglesia, protege a los capitalistas, y aunque en efecto ayuda con el orden y la moderación administrativa a la mejoría de las finanzas y a la elevación de la riqueza pública y privada, por otra parte suprime el funcionamiento de la vida política, convirtiendo a la Constitución en fórmula y a la ley en letra muerta cuya aplicación depende del arbitrio del presidente. Sin embargo, acuerda Teja con pensadores sociales posteriores en que las causas de la Revolución Mexicana, como las de todo movimiento social, no pueden ser generalizadas y simplificadas; deben definirse previamente las características del régimen económico a que obedecen esas causas para explicar, de acuerdo con el sistema de producción económica y los medios de la producción, en qué medida estos determinaron las normas jurídicas, políticas y morales a que estaba sometida la población. En forma breve y concisa intenta el análisis, pero solamente presenta los factores económicos sin esclarecer la incoherencia de las formas de la cultura con el sistema económico. Una vez más refleja el escritor el fenómeno de toma de conciencia del mexicano cuando dice que es necesario el estudio de la cultura y de la historia para entender a México, pero sin encontrar el camino y el modo de ese entendimiento en todos los momentos de su desarrollo. En ocasiones, como ha sido señalado anteriormente, apunta aciertos anticipados y sus prevenciones lo aproximan a la concepción circunstancionalista de la historia, pero por falta de penetración suficiente, sus interpretaciones resultan un tanto superficiales, como en el caso del porfiriato visto como causa inmediata de la Revolución.

La administración de justicia es otro de los aspectos del régimen de Díaz señalado como antecedente del movimiento de 1910, pues considera que "pudo haber sido salvadora si los tribunales de aquel tiempo hubieran tenido suficiente previsión y alteza de miras para comprender la importancia de su intervención en el conflicto social que se aproximaba". (49). Lo cual nos parece extraño en verdad; porque en la afirmación está implicado el criterio de que la administración de justicia podía ser independiente de la voluntad de los gobernantes y que hubiera podido haber recursos legales para defender a los despojados, en vez de atenerse a la letra de las leyes para solapar injusticias y arbitrariedades. Esta insistencia machacante en la administración de justicia como determinante de los acontecimientos posteriores nos recuerda a los liberales del siglo pasado que confiaban ciegamente en la Ley como remedio universal de los problemas de la sociedad; además de que se contradice con su propia des-

49) *Panorama Histórico de la Revolución...*, p. 195.

cripción de la circunstancia histórica cuando antes había afirmado que la Ley dependía de la palabra presidencial. Fuera de la ortodoxia marxista, supone que la superestructura jurídica puede ser independiente de la estructura económica de la que es consecuencia, y se pone a flote otra vez el sumergido pensamiento liberal que lo coloca en desacuerdo consigo mismo —seguramente sin que lo advierta—, cuando asienta en otra parte que la pura ley es insuficiente para resolver las situaciones conflictivas de la realidad. Con lo que se confirma lo difícil que resulta la aplicación total y sin distingos de las ideologías a la elaboración historiográfica.

En lo que se refiere a la etapa violenta de la Revolución no hace crónica pormenorizada de los acontecimientos. Los enfoca desde un punto de vista panorámico y de conjunto para ver la orientación de su ideología, su desarrollo, el sentido de su evolución y las modalidades que les imprime la realidad ante lo que llama los requerimientos de las nuevas doctrinas. En principio, dice acertadamente, el movimiento de 1910 está encadenado directamente a todos los sucesos anteriores de la evolución de México, y en especial guarda afinidades y semejanzas con los de la Independencia y la Reforma del siglo anterior, puesto que los tres fenómenos tienen su origen en causas semejantes.

Mayor interés presenta el estudio de la etapa constructiva que sigue a la anterior, que a su modo de percibirla, comienza desde el gobierno de Venustiano Carranza que domina la tendencia reaccionaria y vence la anarquía, iniciando la formalización de la ideología revolucionaria al incluir en el sistema democrático, mayoritario, individualista, burgués y liberal de la Constitución, la tendencia que él llama socialista que implicaban los artículos 27, 28, 123 y 130, obra del Constituyente de Querétaro de 1917.

Los gobiernos de Obregón y Calles son, de hecho, la reconstrucción, por cuanto —especialmente el de Calles— establecen las formas políticas actuales que limitan los antiguos procedimientos de democracia teórica y dictadura efectiva. La obra del gobierno atiende fundamentalmente a la consolidación de las conquistas revolucionarias dictando leyes agrarias y obreras; a la depuración de la administración, de la justicia y de las finanzas; a la organización de la educación para hacerla funcional y eficiente; al saneamiento del ejército; a la defensa de la integridad territorial nacional frente a las presiones extranjeras, presentes siempre en nuestras luchas, y a la adaptación de las ideas revolucionarias a la realidad, empeñándose en con-

cretar principios y doctrinas para plasmarlas en normas legales. La cristalización de la acción política ha sido la obra más ardua.

Otra escisión entre los caudillos de la post-revolución inicia la siguiente etapa, cuando en junio de 1935 se rompe la vinculación de los generales Cárdenas y Calles y éste tiene que salir al extranjero. Teja señala el acontecimiento, pero sin comentarlo. Efectivamente la inmediatez de los hechos impide el enjuiciamiento. No es así, en cambio, al tratarse del régimen de mayor euforia revolucionaria, el de mayor radicalismo, —el gobierno cardenista—, cuya obra la resume en unas cuantas líneas, comentando los aspectos más importantes de sus realizaciones. Lo más viable de la obra cardenista, dice, ha sido: "Orientación radical y obrerista y realización acelerada de la reforma agraria. Tendencias análogas en educación pública. Campaña para la reincorporación de Baja California y Quintana Roo. Respeto a la libertad de palabra y de prensa. Amnistía para los delincuentes políticos. Derecho de asilo para refugiados políticos extranjeros. Creación de Asociaciones de Productores para regularizar la producción y afirmar la economía dirigida. Fomento de Sociedades Cooperativas de Producción. Chicleros de Quintana Roo, salineros, mineros, gambusinos, etc. La Reforma Agraria en la Laguna y en Yucatán. Entrega de los Ferrocarriles Nacionales a los trabajadores. Política internacional definida en los problemas de la Liga de las Naciones, en el apoyo del gobierno republicano de España y en la controversia sobre indemnizaciones agrarias. Expropiación de las Compañías Petroleras y sus derivaciones internacionales y económicas". (50).

De los anteriores aspectos destaca la mayor significación de la Reforma Agraria y la expropiación petrolera, aunque concede importancia a las cuestiones extranjeras y la educación nacional. El alcance del ideario gubernamental fue visto por Teja a través de las ideas expresadas por el propio Cárdenas durante su campaña electoral para la Presidencia de la República.

Al referirse a la expropiación menciona las condiciones de la explotación del petróleo en el transcurso de la historia de México, especialmente dentro de los regímenes de gobierno revolucionarios. Novedosa y útil aportación de datos por cuanto tienen de antecedente necesario para entender la resonancia internacional e interna de la acción. La actitud de los trabajadores petroleros es considerada como

50) *Ibid.* p. 137-138.

indicativa de nacionalismo patriótico, pero también como muestra de uno de los problemas en los que se encuentran comprometidos los intereses de todo el proletariado de América y del mundo. Otro acercamiento a la interpretación marxista de Teja en esta apreciación.

La educación pública fue tema relevante en la preocupación del gobierno cardenista por la orientación socialista que se pretendió dar a la enseñanza, respecto a lo cual Teja no emite opinión alguna y otorga con su silencio su adhesión a la tendencia socializante del artículo tercero de la Constitución, limitándose a expresar las mismas ideas oficiales en materia educativa.

Del ideario revolucionario y de lo que con sus principios o por su inspiración se hizo en la post-revolución, Teja opina que una guerra revolucionaria es siempre la manera más ruda de poner la realidad frente a nuestros ojos y de enfrentarnos a los problemas de la vida verdadera para intentar encontrarles una solución. "Muchos de nosotros creíamos que la guerra y la revolución podrían librar al mundo de la tiranía, la injusticia, el odio y el hambre. Democracia y libertad fueron ofrecidas como remedio. Pero la experiencia fue desilusión. El desorden económico ha prevalecido con las guerras que derrochan la riqueza industrial y las materias primas, las guerras de tarifas, de dinero, de fronteras y de finanzas, las guerras sin fin". (51) . La misma actitud en estas palabras de muchos intelectuales revolucionarios que se repliegan de las primeras filas de la acción política, al contemplar que las aspiraciones por el mejoramiento popular no llegan a realizarse, al menos con la rapidez con que lo esperaban y ven con escepticismo los sucesos que transcurren frente a ellos sin el signo de sus entusiasmos retraídos.

¿Cuáles eran las esperanzas que se habían confiado a la Revolución? Teja contesta que en el régimen económico deben cambiarse los principios de la libre concurrencia por el de la intervención del Estado en la producción para controlar, vigilar y establecer el equilibrio; transformarse el concepto de la propiedad privada sin limitaciones, derecho de propiedad privada absoluto, por el del derecho de propiedad como función social; reconocerse la organización de los trabajadores y su participación en las funciones directivas de la industria. En suma: "I.—Civilización y cultura son el resultado del trabajo del hombre sobre la naturaleza. II.—El trabajo es la causa fundamental y la medida más aproximada del valor de las cosas útiles. III.—La estructura social tiene como base la organización del trabajo,

51) *Teoría de la Revolución...*, p. 169.

o sea la técnica de la producción. IV.—El factor histórico principal es la lucha de clases. V.—Las clases sociales se forman según su posición y sus funciones en el trabajo organizado de la producción económica. VI.—La lucha o contradicción es, en lo general, por el dominio de los medios e instrumentos de la producción y el aprovechamiento de la plusvalía, y, en consecuencia, contra la explotación del hombre por el hombre. VII.—La acción directa en esta lucha se dirige en contra de toda riqueza amortizada por concentración y absorción: bienes de manos muertas de corporaciones religiosas, de latifundistas y capitalismo de explotación". (52); en una palabra, Socialismo. Es decir, que la doctrina que se deriva de la Revolución Mexicana y que la expresa ideológicamente es el socialismo marxista; postura que resulta congruente con la manera de pensar de Teja —si bien no la compartimos por completo—, sobre todo en razón de los caracteres configurantes del momento que se vive.

Es de lamentarse en realidad no haber podido encontrar mayores ampliaciones de su opinión sobre el movimiento de 1910, pues en el *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana* donde es abordado el tema con mayor extensión sólo glosa los discursos de la campaña política presidencial de Cárdenas y comenta las obras de su gobierno. No nos atreveríamos a afirmar que elogia sin medida pensamiento y actuación cardenista, pero sí que está de tal manera impregnado de su aliento que no tiene posibilidad de ver los hechos con la independencia de criterio con que lo hizo al tratarse de otras épocas de la historia. De otro modo se hubiera apercibido del error que significa ver en el movimiento de 1910 una revolución socialista, cuando en la realidad —se sabe y lo sabía— no tuvo una línea ideológica que impulsara y guiara su desarrollo. Es también desafortunado para nosotros no haber encontrado una obra posterior suya en la que hubiera podido esclarecerse si se mantuvo hasta el final en la misma tesitura radical. Sin embargo, en la última versión de la *Vida de Morelos* se advierte que su afiliación social está atenuada por consideraciones de tipo circunstancialista, más acertada a nuestro juicio. De todos modos su socialismo estuvo firmemente fundamentado y enraizó en su pensamiento; sus convicciones progresistas se mantienen en general a lo largo de su obra; pero su valoración de la Revolución Mexicana está fuertemente influida por la inmediatez de las acciones de las que pudiera decirse que fue juez y parté.

Se acerca más a la verdad cuando se plantea problemas con-

52) *Ibid.* p. 375.

cretos de la realidad para explicarlos al decir que las principales tendencias del pensamiento de la Revolución son las de nacionalismo, indianismo y reforma agraria. El indianismo, dice, pone de manifiesto el hecho de que la gran masa de la población indígena forma parte principal de la cultura de la tierra mexicana, y que no se ha adaptado a las formas de las culturas posteriores. En este sentido, el programa de la Revolución ha de "incorporar la civilización al indio", más que tratar de "incorporar al indio a la civilización". El problema del indio se liga directamente con la cuestión del nacionalismo, base fundamental de la ideología revolucionaria; nacionalismo que ha de entenderse como "...la defensa de los intereses de la patria y de la cultura nacional", que "...obligan a procedimientos especiales en la acción política, limitando el carácter internacional de la Revolución, juzgándola condicionada a las necesidades de nuestro propio medio y nuestras propias complicaciones internacionales." (53). Así, el nacionalismo atenderá la promoción de la independencia económica, protegiendo a la industria y solucionando los conflictos entre el capital extranjero y el trabajo mexicano, y se traducirá en la necesidad de adoptar una actitud defensiva para resistir la presión de los nacionalismos extraños y del imperialismo capitalista, así como acercarse más a los pueblos de afinidad histórica, racial y social —los hispanoamericanos—, cuidando además de conservar la propia cultura, arraigada a la tierra.

Las realizaciones revolucionarias aún no se cumplen totalmente cuando Teja se refiere a ellas. En lo que respecta a la Reforma Agraria, por medio del ejido reaparece el régimen comunal; pero el ejido no puede servir como puente a la socialización de la tierra, y por eso, por las condiciones de cada región o comunidad agraria, se ha establecido un sistema mixto de transacciones y composiciones. "Se cumple una ley histórica de superposición y supervivencia de distintas formas sociales y económicas"; y al dividirse el ejido en parcelas individuales, "se convierte en un mínimo con el que habrán de conformarse los menos avisados, en un paso hacia un sistema en el que predominará la propiedad privada." (54). En la realidad las ideas gobiernistas, tomadas del Plan Sexenal de Lázaro Cárdenas, contradicen en cierta medida la teoría socialista que Teja dice ser la teoría de la Revolución. Es consciente de que la solución del problema agrario se encuentra todavía lejos; "más bien que un problema bancario estamos en presencia de una cuestión de educación pública";

53) *Ibid.* p. 376.

54) *Panorama Histórico de la Revolución...*, p. 11 y 113.

por eso, si lo que se ha hecho hasta el momento no parece tener gran importancia ello se debe "...al intento del Gobierno de concebir el sistema de crédito como parte de un programa más amplio; el de educar a las masas campesinas para que salgan de la economía primitiva de consumo y prepararlas para que entren en un sistema cooperativo que permita a México mejorar el standard de vida de su población, sin arrojarse ciegamente al capitalismo absoluto." (55).

El nacionalismo es la índole del problema en materia obrera, puesto que lo más importante es la pugna entre el capital extranjero y el trabajo, mexicano. La inclusión de un Título sobre derechos del trabajador para proteger su vida y su trabajo en la Ley Suprema es un gran avance en la concepción de los derechos humanos con lo que se responde a la exigencia real de garantías sociales. "El artículo 123 marca un momento decisivo en la historia del derecho del trabajo. No se puede afirmar que haya servido de modelo a otras legislaciones, ni que sea una obra original, sino tan sólo, que es el paso más importante dado por un país para satisfacer las demandas de la clase trabajadora." Pero el auxilio del Estado en la protección del trabajador, y más aún, su intervención en general en la economía industrial, no son tan necesarias y urgentes como en la cuestión agraria; "No es posible socializar los instrumentos y medios de producción industrial como se intenta en cuanto es factible con la tierra; ni las masas obreras necesitan de la intervención del Estado para perfeccionar su organización y asegurar sus propias conquistas." (56).

La última y culminante de las realizaciones de la Revolución que Teja analiza es la cultura. El sentido nacionalista del movimiento de 1910 propició la configuración de una cultura propiamente mexicana, si bien ligada estrechamente con la hispanoamericana, con la ibérica y con todas las que han concurrido de algún modo para constituir el patrimonio de la humanidad actual. Teja vive ya dentro de la atmósfera intelectual de la mexicanidad y le parece, por eso mismo, que en ningún sitio más que en el arte y la cultura la Revolución haya logrado alcanzar más cumplidamente su tendencia nacional. "Las voces y los refranes del pueblo suben al arte, se ensancha la respiración de la música vernácula, y los artistas se inspiran en los motivos de raigambre popular." (57). Es el deslumbramiento del colorido popular: todas las fragancias y sabores del México recién des-

55) *Ibid.* p. 112-113.

56) *Ibid.* p. 131 y 141.

57) *Ibid.* p. 198.

cubierto, y por el que aún no se realiza una penetración profunda; estamos apenas en la superficie, y el panorama es optimista.

El balance definitivo de la Revolución, en su concepto, no puede hacerse todavía, aunque sí decirse de ella que "... fue el estallido violento del pueblo secularmente explotado por la burguesía semifeudal del país y por el imperialismo" y que, consecuentemente, el programa de acción futura ha de ser "... un programa revolucionario y anti-imperialista, que encierre el propósito de lograr la autonomía económica de México y la liberación material, política y moral de su pueblo". "Los métodos antiguos están anulados y muertos. Hemos aprendido que la política no es retórica, ni debe limitarse a negocios privados o racketerismo. Antes que nada debe ser economía política y su primer problema es la técnica de la producción. Por lo tanto, los nuevos planes y plataformas deben deducirse de la vida misma, de la vida de familia, de las corporaciones, de los centros de trabajo, del campo y las fábricas, de las masas y del pueblo (58).

Su balance de la Revolución es positivo, sin ser definitivo como lo advierte. Desde la cima del mayor radicalismo en las realizaciones revolucionarias se vislumbra el porvenir con optimismo; y sin embargo nuevos problemas asoman su evidencia; el camino de la transformación aparece menos recto y despejado de lo que se esperaba. Nuestro autor seguramente lo percibe, pero prefiere mantenerse al margen y no emite juicios al respecto. Si le producen desilusión, como sucedió a muchos otros pensadores mexicanos, no lo sabemos con certeza porque se mantiene en silencio. Un párrafo del *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana* es el único indicio de su estado de ánimo y de la reacción de su pensamiento frente a esta situación: "El contraste de la acción renovadora con la resistencia de los intereses creados, el aumento de los precios para compensar el aumento de salarios y costos; las desviaciones de la política y la adaptación a la realidad, pertenecen ya más bien a la historia futura..." (59).

En fin, la jerarquización o evaluación en diverso grado de las distintas etapas del desenvolvimiento histórico mexicano depende, como hemos tratado de hacerlo ver, de la idea de México que el historiógrafo tenga. Lo cual, aunque pareciera obvio, no lo es si se piensa

58) *Ibid.* p. 178.

59) *Ibid.* p. 133.

que, como también lo dijimos en capítulo anterior, el objeto de conocimiento, o mejor dicho, el concepto que del objeto sirva de base a la valoración histórica de los acontecimientos varían con el sujeto y por consecuencia las interpretaciones también son diversas y hasta contradictorias.

Nuestra afirmación anterior en el sentido de que Teja Zabre hace una interpretación antropomórfica de la historia de México hará posible una visión de conjunto de su valoración jerárquica. Sitúa el nacimiento de México en el momento mismo de la Conquista, para presentar a la cultura latina —a través de la hispánica—, y a las culturas indígenas como los padres del nuevo ser al que transmiten sus herencias biológicas y culturales, determinando una personalidad distinta. El pequeño México ve transcurrir el período de su infancia —la Colonia—, bajo la hispana tutela paterna, al mismo tiempo que sabe de la existencia de su madre —la cultura indígena—, en un plano subyacente, de humillación y pasivo desenvolvimiento. Así, al llegar el momento de la rebelión contra el padre, del desprendimiento tutelar de la adolescencia, se enfrenta con decisión a la autoridad, renegando de ella para buscar autónomo fundamento y perspectivas de su vida en el futuro. La adolescencia de México es inquieta y penosa, y se prolonga a lo largo de todo un siglo de conflictos internos. Sus problemas se agravan con el crecimiento, hasta llegar a resolverse en crisis interna —la Revolución de 1910—, que ha de obligar a México, en plena juventud, a volver los ojos hacia su interior, hacia sí mismo, para buscar y hallar ahí los elementos constitutivos y determinantes de su propia personalidad, tratando de afirmarse en la comunidad con los países jóvenes del mundo, cuya situación es semejante, para construir su existencia, ahora propia y abierta a los mejores augurios del porvenir. "Nuestra República es joven y ya tiene alas... Si su historia de cuatro siglos muestra páginas rojas y tristes, trescientos años de clausura lenta, cien años de inquietudes y desgarramientos de entrañas, no importa; nosotros hemos de hacer para la historia futura páginas aladas, vibrantes de pasión y de trabajo. Si los años de paz en la superficie no han producido la paz profunda de las conciencias y los corazones, no importa; nosotros trabajaremos por conquistar una paz alada y ascendente, no sostenida por columnas de hierro y oro, sino por indestructibles pilares, de fuerza en el derecho, de amor a la justicia. Si las duras guerras cainitas y las fiebres de revolución no han servido como remedios heroicos, no importa; nosotros haremos la gran guerra civil, la revolución alada que reforma en los parlamentos, previene en las univer-

sidades, construye en los talleres, siembra con libros y cosecha en campo viviente de las generaciones juveniles." (60).

De la concepción total de la historia de México será lógico deducir que los momentos capitales de su desarrollo, los instantes clave de su vida, son el del nacimiento en primer lugar —la Conquista—; el de su liberación de la tutela "familiar" después —la Independencia—, y por último, el de la asunción de la propia personalidad, y por tanto, de la responsabilidad autónoma de la propia vida —la Revolución. Destacar los acontecimientos cruciales no significa que los demás no tengan contenido trascendente y carezcan de importancia. Del mismo modo que para la vida individual cada momento transcurrido, cada vivencia pasada se incorpora activamente, consciente o inconscientemente, en el desarrollo de la existencia tienen y mantienen operancia desde las herencias ancestrales, pasando por las experiencias que se producen en la secuela de su desenvolvimiento, hasta los hechos de hoy que vive o que presencia nuestro pueblo. La vida de México es —según Alfonso Teja Zabre— un PROCESO y así hemos intentado demostrarlo; pero no un proceso que lo va constituyendo, sino el conjunto de acontecimientos en sucesión o en concomitancia que *le suceden*, transformando o configurando su personalidad y le dan rumbo y sentido a su vivir sin alterarlo esencialmente. Su esencia está dada de antemano, si bien no llegamos a saber a través de la lectura de sus obras, cuál es esa esencialidad de México. Su mentalidad esencialista no se pierde, no desaparece ni ante las nuevas ideas historiográficas que sólo llegan a apuntar en sus apreciaciones en el concepto de proceso y en el valor histórico que da a las circunstancias en la interpretación de cada época.

60) *Alas Abiertas*, Novela. México, Andrés Botas e hijo, /s.f./ p. 208.

CONCLUSIONES

- 1.—La depuración de la historia de México puede ser emprendida con la iniciación del estudio analítico de las ideas básicas, las formas de su aplicación y el método de investigación que sirvieron para escribirla; con lo que la historiografía adquiere importancia primaria en la revisión rectificadora. El pensamiento del historiógrafo Alfonso Teja Zabre, entonces, es legítimo objeto de conocimiento para aclarar el estado de la historiografía mexicana contemporánea.
- 2.—Si en la comprensión de la obra intelectual debe tomarse en cuenta la época en que se produce como condición imprescindible para captar los motivos por ella sugeridos y las características de su desarrollo, ha de tenerse presente que Teja Zabre vivió una de las etapas de la evolución de México en que la actividad cognoscitiva en general y particularmente en el ámbito de la Historia, se halla aparentemente retraída en razón de la urgencia de encontrar soluciones a problemas vitales de suficiencia económica y de organización política y social de nuestro pueblo, y que se reaviva y cobra impulso renovado cuando de esos mismos problemas surge imperativa la necesidad de saber *lo que somos por lo que hemos sido* como único camino racionalmente indicado.
- 3.—Cultivador empeñoso de su vocación Teja Zabre se enfrenta a las interrogantes de la historiografía sin responder a todas las cuestiones, participe como es de la confusión epocal dominante dentro de la que atisba formas distintas del pensar y del saber sin desprenderse del influjo persistente de los esquemas tradicionales que no asimila por completo, pero que supera en cierto modo.
- 4.—Su desenvolvimiento intelectual no es del todo coincidente con la trayectoria cultural de su momento. Situado inicialmente den-

tro del positivismo por su formación académica, alcanza a percibir el circunstancialismo histórico en los últimos años de su vida. En el lapso intermedio sigue un ritmo de adaptaciones al proceso crítico y dinámico de la época, por lo que su propio pensamiento no manifiesta una orientación definida, decididamente aceptada y conformada en un molde establecido. Puede decirse que se trata, en su caso, de un eclecticismo ideológico en el grado y modo en que reúne elementos doctrinales en apariencia ajenos y diversos, atendiendo a la posibilidad de conciliarlos para salvar a su manera la discontinuidad de pasado y futuro. Ejemplifica así una parte de la historiografía mexicana y el resultado final del balance de su obra es positivo por el esfuerzo de aportar soluciones a la problemática de su tiempo, desde su propio punto de vista, así sean juzgados ciertos o equivocados o incompletos los conceptos en que se concreta su trabajo.

- 5.—Balance positivo, reafirmamos, porque cumple con la responsabilidad de hombre que tiene conciencia de situación adjudicándose la tarea de resolver las interrogantes de su ambiente y a su hora, sin la pretensión de establecer verdades absolutamente valideras y unánimemente acatadas; es decir, pensando y actuando de acuerdo con una *filosofía de la acción*.
- 6.—Su idea de la historia como forma del conocimiento que tiene por objeto el pasado humano, cambiante y múltiple, que se prolonga siempre en el presente y en que la única constante es el cambio mismo, implica la aceptación de que toda interpretación histórica está condicionada por el complejo de ideas vigentes en el momento y sitio en que se producen los acontecimientos. Por eso pretende crear “una obra viva y eficaz” que puede no tener validez universal, pero que, ligada a conceptos anteriores, se integra en sistemas de más alta jerarquía vivificándose posteriormente en sucesivas reelaboraciones.
- 7.—El método de investigación utilizado lo conduce a la interpretación del acontecer histórico partiendo de su real objetividad. Toma como punto de partida la base definitiva de los hechos escuetos y continúa por el rumbo de la dialéctica hegeliana y marxista, modificando ésta convenientemente y eludiendo utilizar la doctrina como sistema cerrado e inobjetable, para llegar a una “mecánica ondulatoria en la interpretación”. Es así como, en su manera de ver, el fenómeno histórico ha de estudiarse di-

námicamente, como fuerzas de grupos e instituciones en donde el factor económico y el factor biológico tienen preponderancia, ya que son en buena parte el origen energético de la sociedad.

- 8.—Su idea de México se finca en el concepto esencialista de la Historia, pues considera que cada momento de su evolución es un proceso que “le acontece” sin alterar la constitución de su ser; evolucionismo peculiar, podría decirse accidental, que lo aproxima al historicismo en cuanto que las etapas históricas tienen una realidad circunstancial que deja abierto el futuro a la continuidad del ser que es México, si bien proponiéndole objetivos finales consecuentes con su ideología política, el marxismo.
- 9.—Por su manera de entender el socialismo, útil como método de investigación y de interpretación, sin dogmatismo y con las adaptaciones y atenuantes a que obligue la realidad, puede ser considerado como “marxista creador”, ya que su punto de vista es el de que la doctrina ha de adoptarse en su plena función vital, evitando la tendencia a encontrar soluciones hechas a los problemas que son vivos y actuales. El marxismo es “una creación del hombre y para el hombre”, consecuentemente con un gran fondo de espiritualidad y sentimiento evidenciados en su ansiedad por el mejoramiento humano y en su interés por los demás, que involucra un nuevo humanismo y que, fusionado con sus entusiasmos conciliatorios y pacifistas personales, lo lleva hasta a hacerlo coincidir con el cristianismo primitivo.
- 10.—El concepto de la lucha de clases ha de tomarse asimismo como instrumento de comprensión y análisis, como categoría del conocimiento histórico. Los choques clasistas son factores de fundamental importancia en la progresión histórica, puesto que se originan en el “complejo de inferioridad social” que se convierte en afán de mejoramiento que rebasa la esfera individual para trascender al grupo. La sociedad sin clases del futuro ha de verse como la supresión de la desigualdad artificial cimentada en el privilegio, no como un mundo plano de comunidad mediocre.
- 11.—El concepto de Revolución, “lucha de lo que es mudable por obra espontánea de la naturaleza y por acción del hombre, contra todo lo que pretende ser permanente solamente por la voluntad del hombre”, es también incorporado por Teja Zabre a la interpretación de la historia de México, y con él analiza los mo-

vimientos transformadores, especialmente los de Independencia y de 1910. Como la Revolución se inicia en la realidad material para ascender hasta el plano espiritual donde ha de hacerse sentir también para completar su acción, la Revolución de 1910, que pasa por todas las fases de su desarrollo, se encuentra en plena realización al haber llegado hasta la revolución cultural.

Cuando la realidad del hecho histórico contradice sus formas hermenéuticas, Teja Zabre se ve obligado a modificarlas para ser congruente con sus propósitos de estudio circunstancial histórico. Pero también es cierto que en ocasiones la teoría interpretativa —como en el caso del concepto de Revolución—, surge de una realidad determinada y así le es posible aplicarla a la situación social en que se encuentra.

- 12.—El imperialismo no es solamente “la fase superior del capitalismo” de la postura leninista. En una reducción patriótica y nacionalista, Teja Zabre lo concibe como la actuación del poder de dominación de un país vecino y poderoso que cuenta a su favor con la fatalidad geográfica de otro pueblo menos desarrollado al que somete a sus designios. El “anti-imperialismo intelectual”, que repudia el dominio de los pueblos como hecho universal, en él se convierte en actitud de enjuiciamiento condenatorio del hecho localizado en los límites de la soberanía de su patria, y quiere con su verdad histórica coadyuvar a la promoción de otro tipo de relación internacional que ya no sea la de dependencia, con lo que aplica en profundidad el verdadero espíritu del marxismo-leninismo.
- 13.—Es nuestra convicción que la forma de aprehender y presentar el conocimiento histórico está determinada por el “sistema valor-actitud” de la persona; es decir, por sus ideas personales y las condicionantes de la situación intelectual y social dentro de las que aquellas se generan, creando la propensión a desentrañar de los acontecimientos significaciones relativamente interesadas y parciales. El proceso histórico es captado por el historiador y traducido a juicios que dependen del sistema de ideas en que se encuentra comprendida su mentalidad, tanto como de las características peculiares del espacio-tiempo en el que vive.
- 14.—Por eso el interés de la historia prehispánica reside para Teja en que representa el elemento básico componente de la nacionalidad mexicana, al que se agregan otras entidades culturales,

principalmente la española, cuya fusión se realiza en la Conquista. Adopta y amplía criterios anteriores para presentar la conquista como el fenómeno integrador de la nacionalidad, en el que deben apreciarse y tomarse en cuenta las influencias remotas y el valor de cada una de las individualidades protagonistas, sin menoscabar los méritos de ninguna. La Colonia, interesante sólo por sus condiciones económicas, que Teja Zabre estudia, es antecedente causal de la Independencia, cuyo desarrollo se continúa hasta el presente, como todo proceso histórico. El espíritu nacional toma forma definida a través del desprendimiento de México de entidades históricas ya existentes a las que se encuentra vinculado a la hora de su nacimiento, y éste es el significado de la Independencia. La Reforma es continuación del proceso independentista que no llegó a realizarse plenamente y, puesto que prosigue con el mismo impulso hacia la libertad, debe ser considerada como etapa positiva de nuestra historia. En el Porfiriato, etapa transicional, se definen los antecedentes determinantes del tercer fenómeno de mayor trascendencia de la vida mexicana, la Revolución de 1910. Captado con el criterio socialista, este movimiento revolucionario es entendido como la prolongación de un proceso total que conduce a México a una meta final, sin presentar la posibilidad de la continuación del proceso evolutivo en el futuro, y sin percatarse siquiera de la interrogante que deja sin respuesta.

- 15.—En suma, Teja Zabre hace una interpretación antropomórfica de la historia de México, identificando todos y cada uno de los acontecimientos de su desarrollo con los estudios vitales del ser humano individual.
- 16.—En el momento en que él escribe, México se enfrenta a la responsabilidad y a la libertad de hacer su propia vida, partiendo de un ensimismamiento, de una autenticación que ha de proseguirse con la integración a lo universal por medio del socialismo. Y en la magna tarea de "ser nosotros mismos" el "héroe anónimo" es el pueblo. Las individualidades destacadas, las personalidades heroicas que representaron en un instante los valores nuevos, simbolizaron los ideales o condensaron situaciones críticas, no son determinantes en la historia, a pesar de lo excepcional de sus dimensiones humanas.
- 17.—No se encuentra en la obra de Alfonso Teja Zabre la fuerza transformadora revolucionaria de las ideas explosivas o de las

construcciones teóricas acabadas y excluyentes, pero sí la combinación o síntesis de elementos doctrinarios válidos y útiles por él conocidos, con cuya aplicación contribuyó a la formación del *ethos* nacional, de la conciencia de la solidaridad histórica, al reconocimiento del mexicano por la difusión de su pasado que le da sentido a su presente. "Toda acción, intención, persecución o búsqueda —dice Erich Kahler— lleva significado como propósito. . . y lo que tiene significado sólo lo tiene para *alguien*, sólo para la mente humana que lo comprende y, comprendiéndolo, de hecho lo crea; aquel que capta un significado por vez primera *crea algo nuevo*; por su nuevo acto de comprender cambia el cuadro de su mundo. . ." (1).

1) Erich Kahler. *¿Qué es la Historia?* México, Fondo de Cultura Económica, 1966, (Breviarios. No. 187). p. 17.

OBRAS DE ALFONSO TEJA ZABRE

- Los Héroes Anónimos.* Poesía premiada en el Concurso Histórico Literario abierto por el Museo Nacional con motivo del Primer Centenario de la Independencia, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, 1911, 8 p.
- Vida de Morelos.* México, Andrés Botas, editor, 1916, 223 p.
2a. Ed.: 1921.
Ediciones sucesivas de la misma obra, en diferentes casas aditoras.
- Morelos, caudillo de la Independencia Mexicana.* Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1934, 266 p. Ils. (Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo VIX. No. 43).
- Morelos.* Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1946, 211 p. Ils. (Col. Austral, No. 553).
En esta misma editorial: 2a. ed.: 1946. 3a. ed.: 1956.
- Vida de Morelos.* Nueva Versión. México, U.N.A.M., Dirección General de Publicaciones, 1959, 311 p., Ils. (Publicaciones del Instituto de Historia. Primera Serie. No. 48).
- ¿Quién fue José María Morelos?* México, Editorial Novaro-México, S. A., 1959, 180 p. (Colección "Quiero Saber..." No. 21).
- Alas Abiertas.* Novela. México, Andrés Botas e hijo, (s.a.) 212 p. (¿1920?)
- La Esperanza y Hatí-Ké.* Novela mexicana. México, D. F., Compañía Latinoamericana, (s.a.), XII-137 p. (¿1922?)
- Historia y Tragedia de Cuauhtémoc.* México, Ediciones Botas, 1929, 192 p. Ils.
En 1934, la misma editorial publica por separado la *Historia...*, 100 p. y la *Tragedia...*, p. 103-192 (paginación corrida).
- Código Penal para el Distrito y Territorios Federales.* México, Ediciones Botas, 1931, 240 p.
- Código de Procedimientos Penales para el Distrito y Territorios Federales y para toda la República en materia de Fuero Federal.* México, Ediciones Botas, 1931, 240 p.
- Ley Federal del Trabajo.* Ed. con notas, consultas de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, Jurisprudencia de las Juntas de Conciliación y Arbitraje, e índice especial, arreglada por... México, Ediciones Botas, 1931, 240 p.

- Influencia del Seguro Social en la mortalidad y morbilidad del pueblo mexicano.* México, Edit. Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 1932, 27 p.
- Historia de México. Introducción y Sinopsis. La Biografía de México.* México, Universidad Nacional de México, 1933. 105 p. 2a. ed.: en el mismo año.
- Historia de México. Anales y Efemérides.* México, Universidad Nacional de México, 1933, 78 p.
- Historia de México, La Cultura Mexicana Primitiva.* México, Universidad Nacional de México, 1933, 72 p.
- Historia de México. El Descubrimiento y la Conquista.* México, Universidad Nacional de México, 1933, 63 p.
- Historia de México. El Régimen Colonial.* México, Ediciones Botas, 1934, 176 p.
- Historia de México. La Independencia.* México, Ediciones Botas, 1934, 93 p.
- Breve Historia de México, Texto para Escuelas Rurales y Primarias.* México, Secretaría de Educación Pública, 1934, 262 p. IIs.
2a. ed., corregida y aumentada, 1940, 263 p., IIs.
3a. ed., corregida y aumentada, México, Ediciones Botas, 1946, 262 p.
- Historia de México, Una Moderna Interpretación.* México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935, XII-399 p. IIs.
2a. ed.: 1945.
3a. ed., corregida y puesta al día, México, Ediciones Botas, 1951, 401 p. IIs.
- Teoría de la Revolución.* México, Ediciones Botas, 1936, 179 p.
2a. ed.: 1947.
- Monterrey, historia y poesía; juegos florales de mayo.* México, U.N.A.M., 1937, 37 p.
- Murió por la Patria. Los Niños Héroe de Chapultepec.* Guión cinemático. México, Ediciones Botas, 1938, 124 p.
- Panorama Histórico de la Revolución Mexicana.* México, Ediciones Botas, 1939, 220 p.
- El Adiós a Rubén Darío.* México, [s.e.], 1941, 60 p. (Cuadernos de Letras, No. 1).
- La Estatua de don Justo Sierra. Dos Lecciones del Maestro.* Ensayo Preliminar por Alfonso Teja Zabre. México, Cuadernos de Letras, 1942, 84 p. (Cuadernos de Letras No. 3).
- Dinámica de la Historia y Frontera Interamericana.* México, Ediciones Botas, 1947, 190 p.
- Umbriel. Ensayos de Ilusión y Desilusión.* México, Cuadernos de Letras, 1953. 152 p. (Cuadernos de Letras, No. 7).
- Leandro Valle, Un Liberal Romántico.* México, U.N.A.M., Instituto de Historia, 1956, 161 p. IIs., (Ediciones del Centenario de la Constitución de 1857. Publicaciones del Instituto de Historia, No. 36).

"La Locura de don José de Gálvez". Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, leído por el Lic. Don Alfonso Teja Zabre, el día 8 de mayo de 1961, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, correspondiente de la Real de Madrid. Trimestral. T. XX, Julio-Septiembre de 1961, No. 3, p. 213-232.

Lecciones de California. México, U.N.A.M., Instituto de Historia, 1962, 163 p. (Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie, No 63).

OBRAS DE REFERENCIA

ARNAIZ y Freg, Arturo. "Discurso de Contestación y Bienvenida". *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, correspondiente de la Real de Madrid. Trimestral, T. XX, Julio-Septiembre de 1961, No. 3, p. 233-241.

— "Don Alfonso Teja Zabre, el Historiador". *Excelsior*, Diario, 2 de marzo de 1962, p. 7.

ARREGUIN, Enrique. *A Morelos. Importantes Revelaciones Históricas. Autógrafos desconocidos de positivo interés. Inauguración del Gran Monumento en memoria del Héroe Inmortal*. Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar, 1913, 177 p.

AZUELA, Salvador. "Alfonso Teja Zabre". *El Universal*. Diario. 10 de marzo de 1962, p. 3 y 22.

CARRERA Stampa, Manuel. "Necrológicas. Alfonso Teja Zabre". *Revista Historia de América*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

CASO (Antonio) - LOMBARDO (Toledano, Vicente). *Idealismo vs. Materialismo Dialéctico*. 1933-1963. 2a. ed., México, Universidad Obrera de México, 1963, 177 p.

COLE, George Douglas Howard. *Historia del Pensamiento Socialista*. México, Fondo de Cultura Económica. 1957. T. I: Los Precusores; T. II: Marxismo y Anarquismo; T. III: La Segunda Internacional.

DIAZ Thomé, Hugo. "El Mexicano y su Historia". *Historia Mexicana*. Trimestral, El Colegio de México, v. II, No. 2, Octubre Diciembre, 1952, p. 248-258.

GAOS, José "La Filosofía en México". *Letras de México*, Mensual, México, v. II, No. 6, Junio, 1939, p. 1-2.

GARRIDO, Luis "Una Figura Eminente". *El Universal*. Diario, México, 9 de marzo de 1962, p. 3.

HERNANDEZ y Dávalos, Juan E. *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México, de 1808 a 1821*. vs. I y V, México, José Ma. Sandoval, Impresor, 1877. (Biblioteca de "El Sistema Postal de la República Mexicana".)

IGUINIZ, Juan B. *Bibliografía Biográfica Mexicana: T. I*, México, Monografías Bibliográficas Mexicanas publicadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930, No. 18, 546 p.

- KRAUZE de Kolteniuk, Rosa. *La Filosofía de Antonio Caso*. México, U.N.A.M., 1961, 378 p.
- LOMBARDO Toledano, Vicente. "El Sentido Humanista de la Revolución Mexicana". *Universidad de México*. Mensual, México, t. I, No. 2, Diciembre de 1930, p. 91-109.
- MARTINEZ, José Luis. *Literatura Mexicana. Siglo XX. 1910-1949*. Primera Parte. México, Antigua Librería Robredo, 1949, XV-360 p. (Clásicos y Modernos. Creación Crítica y Literaria. 3).
- MILLS, C. Wright. *Los Marxistas*. México, Ediciones ERA, S. A., 1964, 429 p.
- MIRA y López, Emilio. *Problemas Psicológicos Actuales*. Buenos Aires, Editorial "El Ateneo", 1941, 300 p.
- O'GORMAN, Edmundo. *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*. México, Imprenta Universitaria, 1947, 349 p.
—*Seis Estudios Históricos de Tema Mexicano*. Jalapa, México. Universidad Veracruzana, 1960, 220 p. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras).
- ORTEGA y Gasset, José. *¿Qué es Filosofía?* (Obras inéditas). Madrid, Revista de Occidente, 1958, 264 p.
- PAZ, Octavio. *El Laberinto de la Soledad*. 2a. ed., revisada y aumentada, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1959, 191 p. (Vida y Pensamiento de México).
- RAMOS, Samuel. *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*. 2a. ed., aumentada. México, Editorial Pedro Robredo, 1938, 182 p.
- RESEÑA Histórica e Índices de los Anales del Museo Nacional. México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1923, XIV-63 p.
- REVISTA Mexicana de Estudios Antropológicos. Anual, México, D. F., t. VIII, Nos. 1, 2 y 3, Enero-Diciembre, 1946.
- RIOS Méndez, Norma de los. *Tres Concepciones sobre la Dictadura en México*. Tesis. México, Universidad Iberoamericana, Historia, 1963, 112 p.
- SABINE, George Holland. *Historia de la Teoría Política*. 2a. ed. en esp., Trad. Vicente Herrero México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963, 667 p.
- SALAZAR Mallén, Rubén. "Vidas que se apagan". *El Universal*. Diario, México, 3 de marzo de 1962, p. 3.
- VILLORO, Luis. "La Cultura Mexicana de 1910 a 1960". *Historia Mexicana*. México, El Colegio de México, v. X, No. 2, Octubre-Diciembre, 1960, p. 196-219.
- VILLEGAS, Abelardo. *La Filosofía de lo Mexicano*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, 234 p.

I N D I C E

PROLOGO	5
INTRODUCCION	7
CAPITULO I	
TEJA ZABRE Y SU EPOCA	13
CAPITULO II	
IDEA Y METODO DE LA HISTORIA	37
CAPITULO III	
"SISTEMA VALOR-ACTITUD"	73
CAPITULO IV	
INTERPRETACION JERARQUIZANTE	119
CONCLUSIONES	161
BIBLIOGRAFIA	167